



IMPEDIMENTA

PENELOPE FITZGERALD

Voces humanas

Traducción de Eduardo Moga



VOCES HUMANAS



PENELOPE FITZGERALD

*Traducción del inglés a cargo de
Eduardo Moga*



IMPEDIMENTA

Título original: *Human Voices*

Edición en ebook: abril de 2019

Originally published in the English language by HarperCollins Publishers Ltd.
under the title *Human Voices*

© The estate of Penelope Fitzgerald, 1980

Copyright de la traducción © Eduardo Moga, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-19-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Humor, amor, pasión y drama. Vuelve la autora de «La librería» con una novela inolvidable, aguda y tierna, sobre la BBC en el período más oscuro de la guerra.

«Cómica por momentos, y en ocasiones extraordinariamente triste.»

A. S. Byatt, TLS

«Estamos ante una de las novelas más divertidas de Penelope Fitzgerald.»

The Times

«De todas las novelistas del último cuarto de siglo, Fitzgerald es sin duda la más grande. Podemos considerarnos afortunados por haber sido sus contemporáneos.»

Philip Hensher, Spectator

1

En la Broadcasting House, al departamento de Programas Grabados se lo llamaba a veces el Serrallo, porque a su director le parecía que trabajaba mejor rodeado de jovencitas. Era un hábito comprensible y bastante inocuo, aunque, a decir verdad, el DPG nunca se había planteado si era inocuo o no. Para que hubiera llegado a ocurrírsele algo así, tendrían que haberlo obligado. Mientras tanto, las chicas asumían que, en los tres turnos en que se dividían las veinticuatro horas de aquellos tiempos de guerra, podía ocurrir que le sobreviniera la irresistible necesidad de confiarle sus problemas a alguna de ellas, o quizá a todas, pero nunca a dos al mismo tiempo. Lo cual recordaba asimismo la disciplina de un serrallo, pero habría sido injusto deducir, como hacían en ocasiones algunos veteranos del Ente, que aquella era la única ocupación de las ayudantes temporales junior de Programas Grabados. Muy al contrario, les incumbía la angustiosa tarea de encargarse de las cinco mil grabaciones que se utilizaban cada semana. Las procesadas por el departamento iban al Archivo Sonoro de la guerra, mientras que los recortes se abandonaban a un silencio definitivo.

—No se me ocurre de qué serviría que el señor Brooks hablara conmigo —dijo Lise, que llevaba reclutada solo tres días—. Yo no sé nada.

Vi replicó que los puestos de responsabilidad, como el de DGP, eran duros para quienes los desempeñaban si no bebían ni se confesaban.

—¿Así que eres católica?

—No, pero se lo he oído decir a la gente.

Vi solo llevaba seis meses en la Broadcasting House, pero, como pronto cumpliría diecinueve, a menudo le pedían que les explicara las cosas a los que

aún sabían menos.

—Diría que lo has malinterpretado —añadió, mostrando paciencia con Lise, que contaba con cierta gracia, pero no tenía formas, se arreglaba poco y parecía triste—. No te saltará encima. Solo hay que escuchar.

—¿No tiene secretaria?

—Sí, la señora Milne, pero es una veterana.

Esto sí lo entendía Lise, aunque solo llevara tres días.

—¿Y mujer? ¿No está casado?

—Por supuesto que está casado. Vive en Streatham; tiene una casa preciosa en Streatham Common, aunque va poco por allí. Ninguno de los jefazos va mucho a casa. Hacen jornada continua, al parecer.

—¿Has visto alguna vez a la señora Brooks?

—No.

—¿Cómo sabes entonces que tiene una casa preciosa?

Vi no contestó, y Lise empezó a darle vueltas a la información que le había proporcionado.

—Pues me parece un egoísta de mierda.

—Ya te he dicho cómo es. Cree que la gente de menos de veinte años es más receptiva. No sé por qué piensa así. Simplemente, vuelca sus preocupaciones en nosotras, por turnos.

—¿Lo ha hecho con Della?

—Bueno, con Della quizá no.

—¿Y qué pasa si no se te da bien escuchar? ¿Se libra de ti?

Vi explicó que algunas chicas habían pedido el traslado, porque preferían ser técnicas junior de programación y colaborar en Transmisiones. Pero eso no había sido de ningún modo culpa del DPG. Como no deseaba tener que explicar cosas que solo la experiencia, si acaso, podía esclarecer, Vi miró la hora primero en su reloj y luego en el de pared. Había que entregar un extracto del primer ministro para el noticiario del mediodía, de 1 min 42 s, con la entrada *La humanidad, antes que la legalidad, ha de ser nuestra guía*.

—Por cierto, te dirá que tu cara (de una belleza elusiva, muy elusiva, de hecho) le recuerda a otra que ha visto en alguna parte: en un cuadro contemplado aquí o allá, en una fotografía, en algún personaje histórico; algo, en cualquier caso, que no sabe precisar.

Lise pareció animarse un poco.

—¿Y no se acuerda nunca?

—A veces recurre a la señora Milne, pero ella tampoco lo sabe. No, su memoria no lo ayuda. Pero probablemente te ponga en la Lista del Personal Indispensable para Emergencias del departamento. Ahí está la gente que quiere tener cerca en caso de invasión. Si eso ocurriera, nos sitiarían, ¿te das cuenta? Pondrían barricadas en ambos extremos de Langham Place. Si te metiera en la lista, te trasladarían a las Oficinas de Defensa, en el subsótano, donde te proporcionarían un juego de toalla, jabón y ropa de cama para lo que durase la invasión. Luego recibirías la circular sobre bombas de mano.

Lise abrió mucho los ojos y soltó unas lágrimas, sin que ello le restara belleza. Vi, en cambio, era amplia de miras: aquello no le preocupaba.

—Mi novio está en la marina mercante —dijo, dándose cuenta de la verdadera naturaleza del problema—. ¿Y el tuyo?

—En Francia, con el ejército francés. Es francés.

—Eso no es bueno.

El pensamiento se les fue a las dos adonde no debía irseles: olas inermes de carne batiendo contra el metal y el agua salada. Vi imaginó la silenciosa caída de un telegrama en el buzón. Su madre diría que era como la última vez, pero peor, porque en aquellos días la gente parecía más humana, y el cartero era un amigo de verdad y conocía a todos los vecinos de su ronda.

—¿Y cómo se llama?

—Frédé. Yo misma soy medio francesa. ¿No te lo han dicho?

—Bueno, eso ahora ya no tiene remedio. —Vi buscaba un consuelo adecuado—. No te preocupes si te ponen en la Lista del Personal Indispensable para Emergencias. No te quedarás mucho. Siempre hay cambios.

La señora Milne llamó por teléfono.

—¿Está la señorita Bernard? ¿Se llama así, por cierto? Esto parece ya la Sociedad de las Naciones. Como es nueva en el departamento, al DPG le gustaría verla un momento cuando acabe el turno.

—Ni siquiera lo habíamos comenzado todavía.

La señora Milne estaba acostumbrada a relajarse un poco con Vi.

—Está siendo un día agotador con tantas directrices. ¿Por qué no dejarán que nos ocupemos tranquilamente de nuestros asuntos, que conocemos como la

palma de la mano? Dile a la señorita Bernard que no se preocupe por la cena. Me han pedido que me encargue de que traigan sándwiches.

Lise no estaba escuchando, pero volvió con Vi al punto que había entendido mejor.

—Si el señor Brooks dice que le parezco guapa, ¿será en serio?

—Todo lo que dice, lo dice en serio en ese momento.

Siempre había tiempo para conversaciones de este tipo, y de todo tipo, en la Broadcasting House. La idea misma de Continuidad, palabras y música que se sucedían sin interrupción, salvo por una tos, unos pies que se arrastraban o algún error recibido con delectación por un público indulgente, parecía afectar a todos, hasta a los más humildes empleados, los que archivaban los guiones de las emisiones y los que llenaban los vasos de agua, de forma que siempre estaban formando corros, en el comedor, en los pasillos de las siete plantas, junto a las teleimpresoras del sótano, en los lavabos, en los estudios, y hablaban, hablaban unos con otros, por lo general unos de otros, hasta el último momento, cuando lo prohibía la señal SILENCIO: EN EL AIRE.

La charla de aquellas siete cubiertas aumentaba el parecido del enorme edificio con un transatlántico, como habían pretendido sus diseñadores. La Broadcasting House se mantenía invariablemente rumbo al sur. Con los mejores técnicos del mundo, y una tripulación que comprendía desde los muy respetables hasta los apenas cuerdos, parecía despreciar todo desastre de una escala inferior a la del *Titanic*. Desde el estallido de la guerra, estaba rodeado de sacos terreros mojados, pero, una vez dentro, las puertas de bronce y los olores a comida provenientes de abajo hacían pensar, más que nunca, en un crucero en el *Queen Mary*. Por la noche, cuando ya se habían cegado los brillantes ojos de buey, se elevaba por sobre una flotilla de taxis, de cada uno de los cuales salían un locutor o dos.

En la primavera de 1940 había habido unos cuantos naufragos. En las primeras semanas de evacuación, Variedades, Documentales y Teatro habían ido a parar a rincones remotos del país, y el majestuoso cuartel general se había dedicado a radiar instrucciones de guerra, discursos, debates y noticias.

Como en marzo, por economía, se habían clausurado los ascensores hasta el tercer piso, las escaleras de las tres primeras plantas se habían convertido también en lugar de reunión. Desde entonces, a pocos se los localizaba en sus

despachos. El instinto, o quizá cierta habilidad rápidamente adquirida, decía a los empleados dónde encontrarse. Por otra parte, con aquella circulación constante se perdía de todo. Los pasillos estaban llenos de realizadores sin locutores, de locutores sin guiones, de guiones que, por un error de transcripción, decían cosas equi-vocadas o no decían nada. El aire vibraba de urgencia y preocupación.

Las grabaciones eran lo que más probabilidades tenía de extraviarse. Todas se parecían: discos de aluminio, de 78 revoluciones, con una cara revestida de acetato, cuya penetrante fetidez era el verdadero olor de la guerra en la BBC. Se rumoreaba que los alemanes grababan en cintas recubiertas de óxido de hierro, algo que quizá tuviera posibilidades comerciales en el futuro, pero solo los técnicos del departamento y el propio DPG se lo creían.

—No cuajarán —le dijo el supervisor de la oficina a la señora Milne—. Es imposible encariñarse con ellas.

—Es verdad —dijo la señora Milne—. Me encantaba el disco de Charles Trenet donde cantaba *J'ai ta main*. Me quería morir cuando se me cayó al río en Henley. No se puede sentir lo mismo por unos metros de cinta.

Pero los discos del departamento, aunque bien cuidados y archivados de acuerdo con sistemas que se cambiaban con frecuencia, eran difíciles de encontrar. Reclamados con urgencia para los noticiarios, se perdían de camino al estudio. Les ponían tazas de té encima y se deshacían. Las unidades móviles los llevaban de un sitio a otro y, cuando apretaba el frío, se congelaban y había que resucitarlos con delicadeza. Apenas había día en que no desaparecieran uno o dos.

Vi estaba buscando *La humanidad, antes que la legalidad, ha de ser nuestra guía*, de Churchill, con la desmayada ayuda de Lise. Puede que acabara revelándose incapaz. Ya se habían rendido con Para Transmisiones y ahora escudriñaban en lo que sabían era un lugar equivocado, Procesados, cuyas etiquetas, escritas con la caligrafía redonda, propia de quienes habían dejado los estudios, de los ayudantes de Programas Grabados, ofrecían «Primer día de guerra: sirena antiaérea», «Falsa alarma: gritos de júbilo con entrecuchar de tazas de té», «Refugiados polacos en Escocia», «Cantos nacionales», «Sin traducción».

—No encontraréis nada ahí —dijo Della, con ostentación—. Eso es todo Ambiente.

—Lo necesitan en la sala de montaje. ¿Crees que se lo habrán llevado los del Noticiario Radiofónico?

—¿Por qué no se lo preguntas a los chicos?

Tres de los ayudantes junior de Programas Grabados eran chicos, y el DPG, aunque los apreciaba, no sentía tanta necesidad de confiarse a ellos. Cuanto más crecía el departamento, más chicas se contrataban.

—¡Cuánta caza vamos a tener! —dijo Teddy, relajándose con Willie Sharpe en la bruma grasienta del comedor. Willie solo pagaba dos peniques por el café, porque era un menor—. No me das ninguna envidia —continuó Teddy—. Es un mero accidente de nacimiento. Y me pregunto cómo piensas reconciliarlo con lo que no dejas de decir: que estarás aprendiendo a pilotar un Spitfire a finales de 1940.

—Me está cambiando la cara —replicó Willie—. Volviendo de Oxford Circus el miércoles, me crucé con una conocida mía de hace unos años, y no me reconoció.

Teddy lo miró con pena.

—Aún piden el certificado escolar de matemáticas... —dijo.

—Pronto les dará igual y cogerán a cualquiera de piloto.

—Pero seguirán queriendo a gente que parezca mayor de doce años.

Willie casi nunca se ofendía, ni se rendía jamás.

—Hitler fue trabajador manual, ¿sabes? No le hizo falta ningún certificado del colegio para capitanear las hordas nazis.

—No, pero tampoco sabe volar —señaló Teddy.

Los oídos de los muchachos, aunque delicadamente sintonizados para captar diferencias de tono y compresión, se adaptaban sin dificultad al horrisono estruendo de las bandejas metálicas del comedor. A diferencia del personal administrativo, no tenían necesidad de gritar. Teddy estaba sentado de espaldas al mostrador para poder ver a las chicas que entraban —a Della, quizá, aunque con ella no había nada que hacer— y, al mismo tiempo, hojeaba una revista yanqui, en la que brillaban las pieles blancas y los encajes negros. Las revistas como aquella escaseaban. Se la había pasado el marino mercante de Vi, que hacía la ruta del Atlántico.

—¿Sabes, Willie? Necesito dinero para lo que quiero hacer. Francamente,

la clase de mujer que tengo en mente es inalcanzable con 378 libras al año.

—Tienes nublado el pensamiento, Teddy.

—Solo respondo de una octava parte de él —protestó Teddy.

—Ya, pero puedes aumentar el porcentaje con fuerza de voluntad. En cualquier caso, tal como yo lo veo, cuando el conflicto haya acabado, ya no estaremos a merced de nada que se nos imponga artificialmente, tanto si proviene del exterior como del interior. El hambre será cosa del pasado, porque a la raza humana le resultará intolerable, el apareamiento seguirá un instinto comprensible, y no se tendrá deferencia alguna para con el estatus social ni el dinero. Necesitaremos entonces individuos con mucha fuerza de voluntad.

Ni a Teddy ni a nadie le parecía ridículo que Willie hablase así, aunque a menudo se preguntaran qué iba a ser de él. Pero su nobleza era innegable. Su libreta contenía, además de una detallada relación de las obligaciones con las que había de cumplir durante su turno, un nuevo proyecto para la organización de la humanidad. También Teddy tenía una libreta, cuyas últimas hojas reservaba para las medidas que les calculaba a las integrantes del Serrallo.

—Esta Lise Bernard debe de tener 86-63-96. ¿Estás de acuerdo?

—No estoy seguro —dijo Willie, dubitativo—. Por cierto, llora mucho.

—Tiene sangre francesa. Quizá por eso sea más emocional.

—No todos los extranjeros son emocionales. Depende de que vengan del norte o del sur. Mira a Tad.

Tadeus Zagorski, el tercero de los ayudantes junior de Programas Grabados (varón), había llegado al país en octubre con sus padres. ¿Cómo se las había arreglado para aprender inglés tan rápido y, aunque fuese nuevo en el departamento y no mucho mayor que los demás, deslumbrarlos con su eficacia y comprensión?

—No acabo de hacerme a que me guste... —dijo Teddy—. Lo ha pasado mal, lo sé, pero qué le vamos a hacer. Quiere ser locutor de noticias, ¿sabes?

—Yo creo —replicó Willie— que hará carrera en este mundo, quiero decir, tal como lo conocemos hoy. Es posible que le tengamos envidia. Deberíamos evitarlo.

Tad, de hecho, estaba ya a la cabeza de la cola del mostrador, donde, con gesto de orgullo, removía el café con la cucharilla comunitaria, atada con una cuerda a la caja registradora. Debía de haber hecho Mensajes de las Fuerzas

Armadas.

—Mi tía recibió uno de esos mensajes —dijo Willie—. Era de mi tío, en la marina, cantando *When the Deep Purple Falls*. Pero, cuando por fin se emitió, estaba desaparecido; se lo daba por muerto.

—¿Y se disgustó?

—En realidad, no llegó a oírlo. Trabaja en una furgoneta de reparto.

El joven polaco estaba junto a su mesa, con la taza de café en la mano y sumido en hondas meditaciones, allí arriba.

—Deberías haber salido hace diez minutos —dijo Teddy.

Tad se sentó entre ambos, justo en el medio de la silla, con aquella camisa blanca que llevaba sin una arruga. Los chicos se incomodaron. Parecía víctima de una excitación mal reprimida.

—¿Quién es aquel tipo? —preguntó de repente.

Willie levantó la mirada; Teddy se giró alargando el cuello. Un hombre de cara pálida y aspecto desastrado se acercaba a la barra.

El hombre pidió, en voz baja, un whisky doble; Tad lo miraba. El barman parecía nervioso. De hecho, habían autorizado al comedor a servir bebidas alcohólicas a principios de año, confiando en que los locutores de noticias no se tomarían más de dos cervezas antes de empezar el trabajo, y la sombra de la desaprobación aún pendía sobre ello. Se esperaba que los jefazos se tomaran las copas en Langham, pero este no lo había hecho.

—Te pregunto por ese tipo —dijo Tad— porque es el que acaba de entrar en el Estudio LG14. Yo estaba ordenando los Mensajes para devolverlos al archivo y le he preguntado qué hacía en los estudios, porque todas las precauciones son pocas en las actuales circunstancias. Me ha contestado que ocupaba un puesto administrativo en la BBC y, como parecía de fiar, le he explicado las rutinas establecidas. Creo que siempre deberíamos encontrar un momento para explicarles las cosas a quienes estén deseosos de aprenderlas.

—Querías impresionarlo —dijo Teddy—. ¿Qué le dijiste?

—Le expuse las normas para escribir bien las noticias: «la primera frase ha de interesar; la segunda, informar». Luego le señalé el reloj sin horas, esa insólita característica de nuestros estudios, y le hice una demostración de los «diez segundos desde ahora».

Aquellas palabras familiares sonaban dramáticas, incluso trágicas.

—¿Y qué hizo?

—Asintió y mostró interés.

—¿Pero no dijo nada?

—En voz baja, dijo: «Cuéntame más». —La confianza en sí mismo de Tad flaqueaba—. No parece el mismo que antes. ¿Quién es?

—Es Jeffrey Haggard —dijo Willie—, el director de Planificación de Programas.

Tad se quedó callado un momento.

—¿Entonces estará familiarizado con la entrada de diez segundos?

—La inventó él. Se llama la entrada de Haggard, o hacer un Jeff, a veces —se rio Teddy, haciendo más ruido que una vajilla—. Hoy me has hecho feliz, Tad. Por los clavos de Cristo, vas y le explicas la entrada de diez segundos al DPP...

La mesa temblaba. Tad, inmóvil, sujetaba la taza.

—Le habré parecido ridículo al señor Haggard.

—Todo el mundo le parece ridículo —se apresuró a decir Willie.

Teddy no dejaba de reírse: no podía parar, aunque no pretendía molestar. No se reiría así si fuera polaco, pensó Willie. Sin embargo, creía que en el futuro no habría fronteras ni países.

El director de Planificación de Programas pidió otro doble con voz seca, tranquila, desconcertante. Probablemente nunca, en toda su vida, había tenido que pedir nada dos veces. El barman, que sabía, como la mayoría de gente, que el señor Haggard había pasado por tres esposas y que aquello le había estropeado la digestión, se preguntó cómo sonaría si estuviera enfadado.

El whisky, aunque sin efectos visibles, estaba calculado exactamente para que el DPP se sobrepusiera a su desesperación y pudiese afrontar el resto de la jornada. Cuando se lo acabó, volvió al despacho, donde se las apañaba sin secretaria y con muy poco personal, y llamó al DPG.

—Señora Milne, pásame con Sam. Lo oigo gritar, supongo que en la habitación de al lado.

Al teléfono aún hablaba más bajo, como con una sombra de voz. Esperó, mirando con desgana los horarios colgados en las paredes, las tablas de «Audiencia» y «Hábitos para la cena», y los gráficos, facilitados por el

Ministerio de Información, de la moral de la nación.

Le pasaron con el DPG.

—Jeff, quiero que oigas mi caso.

El DPP llevaba oyéndolo más de diez años. Pero, para ser justo con su amigo, nunca se trataba de lo mismo. A Sam Brooks el mundo le parecía renacer cada día; no albergaba ningún resentimiento ni apenas recuerdos de lo sufrido la vigilia.

—Jeff, Personal ha insinuado que pido demasiadas chicas.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Saben que me gusta rodearme de mujeres; saben que las necesito. He preparado una respuesta, sin decir nada, ya ves, de los cinco mil discos por semana, o de que demos servicio a todos los demás departamentos del Ente. A ver qué te parece cómo lo he hecho. Empiezo, sencillamente, preguntándoles si se dan cuenta de que, gracias a los conocimientos del técnico de grabación, el sonido se transforma de aire en cera, algo que, en los siglos precedentes, solo habían podido hacer las abejas. Constituye una transferencia de modelos, ¿sabes?, algo que, sin duda, dice mucho a favor de la mente humana. No te olvides de que Mozart compuso un terceto mientras jugaba al billar.

—Sam, hoy he tenido una reunión.

—¿Sobre qué?

—Sobre el uso de grabaciones en los boletines de noticias.

—¿Por qué no me han invitado también a mí?

Pero a Sam nunca lo invitaban a las reuniones.

—Había dos directores y tres ministerios: el de Guerra, el de Información y el de Suministros. La habían convocado, muy adecuadamente, a mi juicio, en interés de la verdad.

La palabra había dejado huella. La Broadcasting House se dedicaba, de hecho, al proyecto más extraño de la guerra, de cualquier guerra, esto es, decir la verdad. Por iniciativa propia, la BBC había decidido que la verdad era más importante que el consuelo y que, a la larga, resultaría más efectiva. Pero no había ninguna garantía. La verdad lleva a la confianza, pero no a la victoria y ni siquiera a la felicidad. No obstante, la BBC se había aferrado a su idea inicial, exponiendo con sosiego, desde el amanecer hasta el anochecer, en la medida de lo posible, exactamente lo que había pasado. Una idea tan insólita

estaba condenada a desagradar a muchas autoridades, pero se habían acostumbrado poco a poco, y los oyentes confiaban en que siguiera llevándose a cabo.

—El objeto de la reunión era reducir el número de grabaciones en las transmisiones de noticias (en interés de la verdad, como decían). Hay que utilizar, siempre que se pueda, la voz humana directa. Y, si no, hay que decirle al público qué es lo que acaban de escuchar: el programa debe anunciarse como grabado, es decir, «No en riguroso directo».

El departamento de Sam estaba siendo atacado, y, con él, todos los técnicos de grabación, todos los ayudantes de Programas Grabados, todos los equipos con los que contaba, todos los TD7, mezcladores y atenuadores, y todos los encerados y surcos que hubiese en el edificio. Como protector y defensor de todo aquello, lo arrebató la pasión.

—¿Dieron ejemplos concretos? ¿Pudieron encontrar uno solo?

—Empezaron con el Big Ben. Tiene que retransmitirse siempre en directo desde Westminster, nunca en disco; ha de ser real. Y eso ha de quedar grabado a fuego en la mente de la audiencia. Así, si el Big Ben no suena, el público sabrá que la guerra ha dado un giro decididamente desagradable.

—El escape del Big Ben se huela con el frío.

—Eso tendremos que dejárselo al Ministerio de Obras.

—Y el tartamudeo del rey... ¿Qué hacemos con eso? Mis grabaciones en reserva de sus alocuciones a la nación. Su Majestad sin tartamudeo, en caso de emergencia.

—Sobre todo, esas no.

—Y Churchill...

—Algunas cosas tienen que hacerse. Así se había decidido en una conversación preliminar, mucho antes de que yo llegara. En caso contrario, no sería más que una directriz general, y de esas ya hemos tenido bastantes. No afecta a la cantidad total de grabación. Si quieres trabajar de más, no tienes de qué preocuparte.

Sam dijo que aceptaba que ninguno de los presentes hubiera tenido nunca la menor idea del trabajo de su departamento, pero que le parecía muy muy extraño que jamás, en ninguna instancia, hubieran intentado siquiera tener en cuenta su punto de vista.

—Ojalá se hubiera podido razonar con él, Jeff. Quizá esto que se me ha

ocurrido sobre las abejas...

—Protesté contra los recortes en vuestras unidades móviles de grabación. Conseguí salvar vuestros coches.

—¡Los Wolseley!

—No tenéis otra cosa, Sam.

—Las carrozas. Llevo dos años pidiendo que las cambien. Solo sirven ya para llevar a comer al oficial de Estado Mayor, esperar a que se desplome por los excesos y trasladarlo al cementerio. Y he tenido que mandar dos a Francia... Jeff, ¿te han pedido que me lo comunicaras?

—En cierto modo. —Al acabar la reunión, uno de los directores había hecho un aparte con él y le había pedido que evitara mencionar las nuevas recomendaciones al DPG tanto tiempo como fuera posible.

Sam se debatía en su recién adquirido cúmulo de agravios.

—Sin la menor educación siquiera... Las reservas, eliminadas... Los coches, bueno, supongo que ahí lo has hecho lo mejor que has podido... Mis chicas...

—En mi opinión, puedes arreglártelas con el personal que tienes —dijo Jeff—. He estado hablando con uno de tus ayudantes de grabación hace un rato, y ha sido de gran ayuda.

Jeff ya había hecho lo que había podido, y salió del edificio. Muy pocas veces tenía que enseñar el pase. Su cara, con aquellas cejas negras, como las de un cómico, pero uno que había que tomar en serio, era la más conocida de la BBC. Se paró un momento, flanqueado por las sombras alargadas del suelo y los sacos terreros apilados, que, con la llegada de la primavera, habían empezado a pudrirse y ya comenzaba a recubrir la hierba.

El DPP era una persona sin hogar, en el sentido de que tenía varias casas, pero ninguna preferida. Tenía a su disposición una habitación en el Langham, y también había dos o tres mujeres con las que mantenía una relación muy poco apasionada, pero que no lamentaban verlo aparecer. Nunca iba a su domicilio, porque su tercera mujer aún vivía allí. En cualquier caso, un taxi lo esperaba todas las noches en una esquina, en Riding House Street. Casi nunca lo utilizaba, pero era la prueba de que, si quería, podía largarse al instante.

El DPG parecía haberse olvidado de irse a casa. Al darle las buenas noches, la señora Milne hizo por sugerírselo. Su máquina de escribir dormía

bajo una cubierta de polipiel. Él no dio ninguna señal de haberla oído.

Mucho antes de que oscureciera, hombres con monos marrones rodeaban la Broadcasting House y tapiaban las ventanas. Se movían en dirección contraria a los miembros de la plantilla, que bajaban por las escaleras, mientras que los locutores de noticias se desviaban a los lados para consultar con Pronunciación, perseguidos por los editores, que les llevaban mensajes de última hora en tarjetas rosas. El trajín era complejo, y también, en consecuencia, los horarios. Ninguna hora de trabajo de nadie coincidía con el ciclo vital de la Broadcasting House, que llegaba al clímax seis veces cada veinticuatro horas con las Noticias Nacionales, hasta las nueve en punto, cuando el país se sentaba para escuchar y el edificio reunía todas sus fuerzas y descargaba el golpe. El mundo nocturno era aún peor que el diurno. Cuando Lise Bernard se detuvo, titubeante, frente a la puerta del despacho del DPG, vio a su jefe de departamento andando de arriba abajo como un oso perdido en la pálida arboleda del mobiliario de la BBC, chapado de madera Imperio. Llevaba una chaqueta de *tweed*, pantalones grises y una de las espantosas corbatas de la BBC, de color azul marino con lámparas termoiónicas rojas. Evidentemente, se ponía lo primero que encontraba. Casi toda la habitación estaba ocupada por un banco de tocadiscos y un armario lleno de camisas limpias.

Cuando la reconoció, dejó de pasearse y se quitó las gafas, convirtiéndose, así, de una criatura que veía, en una criatura que tenía fe. Lise, la oficina abarrotada, los sándwiches de ángulos bien delimitados y la bandeja con ropa blanca apropiada para los directores y jefes se volvieron manchas de luz y sombra. Para Lise, que miraba aquellos ojos de avellana, los ojos de un niño resuelto a no parpadear por miedo a perderse algo, se transformó en alguien que no podía hacerle daño y que pedía protección para que no le hicieran daño. El efecto, sin embargo, no estaba planeado: lo producía inconscientemente. Los viejos bragueteros y babosos del edificio envidiaban el éxito al que él parecía dar muy poca importancia.

—Les llora en el hombro, ¿sabes? —decían—. Pero creo que es ingeniero de formación.

—Siéntese, señorita Bernard. Aquí tiene sándwiches. Parece hambrienta. —Cuando se puso otra vez las gafas, no pudo seguir con aquello: Lise estaba

decididamente gorda—. Me gusta conocer cuanto antes a todos los que vienen a trabajar para mí; en cierto modo, es parte de la responsabilidad que siento por ustedes. Y la forma más rápida de hacerlo que he encontrado consiste, por extraño que parezca, en contarle la maldita, idiota, absoluta y abrumadora incomprensión a que se enfrenta nuestro departamento cada minuto del día.

Lise permanecía sentada sin comprender y sin comer. Él suspiró y cogió el teléfono.

—Comedor, tengo aquí a una ayudante, nueva en el Ente, que no se puede comer vuestros sándwiches.

—Es Queso Nacional, señor Brooks. Los productores han acordado unir sus marcas mientras dure la guerra, en interés del esfuerzo bélico aliado.

—Diría que lleva esperando todo el día para soltar eso.

—No quiero nada, señor Brooks, de verdad que no —gimoteó Lise.

—No son suficientemente buenos para ti. —Miró la ventana con ira: no podía tirarlos por allí porque estaba tapiada. Luego se sentó delante de la chica y la examinó con detenimiento—. ¿Sabes?, aunque solo te viera unos minutos en la entrevista, me impresionó la separación de tus ojos. Algo parecido se observa en los retratos de..., bueno, estoy seguro de que sabes a cuáles me refiero. Es una señal segura de cierto tipo de inteligencia; yo la llamaría inteligencia emocional. —Lise deseó que hubiese un espejo en la habitación—. A algunos puede parecerles difícil de entender lo que intento decir, porque yo dejo ir las ideas una detrás de otra, tal como vienen. Pero la gente con los ojos tan separados como tú no tendrá esa dificultad. —Le cogió la mano, pero la sostuvo distraídamente—. Quizá encuentres la Broadcasting House extraña al principio, pero yo no soy nada raro, excepto por esto, claro: todas mis energías se concentran, siempre se han concentrado y siempre se concentrarán en una sola cosa: la grabación del sonido y la voz humana. Eso no implica una vida fácil, ¿comprendes? Quizá sepas lo que es tener una preocupación que no deja ni puede dejar sitio en la mente para nada más, y que no te da descanso, ni de día ni de noche, ni un solo instante.

Pero algo no iba como estaba programado. Lise empezó a sollozar. Aquellas lágrimas no eran de las que se podían manejar, y la nariz se le puso roja. Como no llevaba pañuelo, se levantó y salió con dificultad de la habitación.

—¿Malas noticias? —preguntó Teddy, que se la encontró en el pasillo.

Ella, corriendo hacia el lavabo, se limitó a mover la cabeza. Por fin el DPG ha ido a por una de ellas, pensó él. Vaya, no lo culpo. Pero Della, experta en el comportamiento humano, lo consideraba imposible.

—¿Por qué? —preguntó Teddy—. Es muy capaz.

—Si fuera eso, no estaría llorando.

Al principio, que Lise no volviera confundió un poco a Sam, pero luego se olvidó de ella. No obstante, lo seguía agobiando la injusticia que se había cometido con él en nombre de la verdad, y también en nombre del patriotismo, con los sándwiches de queso, más la tropelía añadida de que lo dejaran abandonado sin nadie que lo escuchase. Al final hubo de recurrir a Vi, que estaba demasiado ocupada y quizá demasiado acostumbrada a su forma de hacer las cosas como para satisfacerlo, pero que no lloraba y en la que siempre se podía confiar. Sin embargo, llevaba resolviendo problemas administrativos y técnicos desde las cinco de la mañana, y estaba agotado. Le puso la cabeza en el hombro, como se rumoreaba que hacía siempre, se quitó las gafas y se quedó dormido en el acto.

Pasaron veinte minutos. Llegaba la hora de las noticias de las nueve.

—¿No te estás excediendo en tus obligaciones? —dijo uno de los técnicos de grabación, asomando la cabeza por la puerta—. Tienes un problema en las manos.

—Si es así como llamas a un calambre... —dijo Vi.

2

El segundo año de la guerra no fue una época en la que el personal de la Broadcasting House pensara mucho en hacer carrera. Pero, aun así, resultaba extraño que Jeff Haggard y Sam Brooks, que, aunque difícilmente podía calificárseles de veteranos, llevaban más de diez años demostrando una lealtad inquebrantable, solo fuesen DPP y DPG. Era cierto: nadie más podía hacer su trabajo, pero Sam parecía demasiado ocupado como para darse cuenta, y Jeff, demasiado indiferente como para preocuparse. Resultaba fácil imaginárselos allí para siempre.

Pero, si habían de trasladarse o abandonar, debería ser juntos. Aun sin entender ni a su cordial e irrazonable DPG ni a su sardónico DPP, la BBC lo sabía a ciencia cierta. El vínculo que los unía se percibía como un consuelo: era útil tener cerca a Haggard cuando había que resolver los problemas de Brooks. Esto bastaba en la práctica, pero a Jeff le habría gustado poder explicarlo un poco mejor. Era egoísta por naturaleza. Había dejado a su primera mujer porque había encontrado a su segunda mujer más atractiva, y su segunda mujer lo había dejado porque, como les dijo a sus abogados, era incapaz de hacer que su marido levantara la voz. Iba, pues, contra su naturaleza, y constituía un procedimiento de lo más inseguro, encargarle que ayudara a un amigo, y aún peor que lo hiciese durante tanto tiempo. Su larga relación parecía una adicción —una debilidad por los débiles, en lo que a Jeff se refiere— o una respuesta a la petición de ayuda de los obsesivos e indefensos. Por supuesto, si esa petición fracasara, la raza humana tendría dificultades para reproducirse.

Quizá si Sam hubiera previsto alguna vez las consecuencias de sus actos, o hubiera abrigado la menor sospecha de que no era del todo autosuficiente, el hechizo se habría roto; o acaso eso podría haber sucedido en algún momento

del pasado.

«Debería haber parado en 1938 —pensó Jeff—. Como un buen inglés.» Cuando el Pacto de Múnich, se había enviado un memorándum para que se grabara, con urgencia, el legado de nuestro país. Se encabezaba así: *Para que no se olvide nuestra condición de ingleses*. Sam había desaparecido más de dos semanas en uno de los Wolseley, bastante perjudicado ya en aquella época, con un técnico y un viejo refugiado alemán, el doctor Vogel: el doctor Vogel, completamente encorvado, sordo de un oído, pero conocido como el mayor experto de Europa en grabación de ambientes.

No había demasiadas esperanzas de que prevaleciera el sentido común. El doctor Vogel, a pesar de su buena educación y sus amables *ganz meinerseits*, era un obseso al que se había visto agarrar del brazo a los transeúntes, con aquellas manos huesudas suyas, y rogarles que le dejaran grabar su respiración, porque deseaba captar el resuello de Inglaterra antes de que llegaran las nieblas del otoño:

—Tenga la bondad, señor, de toser un poco en mi aparato. —Sam pensaba que era una idea excelente.

La expedición a la campiña inglesa volvió cargada de discos. El técnico que los había acompañado no dijo nada y se largó enseguida a beber algo. Fue probablemente mala suerte que los controladores estuviesen tan interesados en el proyecto que solicitaran una audición inmediata. Por lo general, dejaban pasar un tiempo razonable antes de expresar cualquier opinión, pero esta vez no fue así.

—Lo que hemos escuchado (pacientemente, siempre con la esperanza de que hubiese algo más) no son más que seiscientas bandas de crujidos. Para ser exactos, algunas son una mezcla de chirridos y crujidos.

—Todas son de la iglesia parroquial de Hither Lickington —explicó Sam con entusiasmo—. Programación Religiosa nos los recomendó: era el lugar perfecto en los condados vecinos de Londres. Lo que habéis oído son los goznes de la puerta y la puerta misma, que se abre y se cierra al paso de las ancianas que entran en el templo, una tras otra, con su contribución al Festival de la Cosecha. La calidad es soberbia, especialmente en las treinta y cinco últimas bandas, más o menos. Algunas van muy cargadas, así que hay que abrir más la puerta. Entonces es cuando se oyen los chirridos.

—¡Escucha! ¡Ahí viene el calabacín! —gritó el doctor Vogel, con la

cabeza ladeada, muy contento.

Durante varias semanas, el departamento de Programas Grabados corrió un grave peligro de reorganización total, puesto que la BBC formaba y reformaba fácilmente sus secciones. Al DPP se le planteó, en calidad de consulta, que, aunque el DPG manejaba con éxito equipos que valían cientos de miles de libras, y su nivel técnico era irreprochable...

—Os parece que se interesa demasiado por los crujidos de las puertas...
—dijo Jeff.

—Es un irresponsable.

—Oh, yo no diría eso.

—Se hizo una inversión considerable en este proyecto, y Brooks sabía perfectamente que se iban a enterrar copias de las grabaciones a varias brazas de profundidad como legado para las generaciones venideras.

—Aún podríais hacerlo —replicó Jeff—. Para entonces puede que ya no haya puertas que crujan. La mía no lo hace. —Todas las puertas de la Broadcasting House estaban equipadas con irritantes dispositivos de autocerrado.

Jeff no acostumbraba a suavizar las cosas, pero, como siempre, la defensa que hizo de su amigo, solo un paso más allá de la indiferencia, pero cada vez más seria, se demostró efectiva. Sam nunca se enteró de estas discusiones. Seguía como un sonámbulo, que nunca sabe qué obstáculos se le apartan del camino, ni quién los retira.

Y Sam no era el único miembro del Ente que confiaba en Jeff. Lo cual resultaba sorprendente, considerando su aspecto imperturbable, que solo producía un eco pétreo, genuino y seco ante las quejas de los demás. Pero sus consejos eran excelentes, y se podía estar seguro —cosa que podía decirse de muy pocos— de que no esperaría a que se diera una circunstancia adecuada para exponer sus propias quejas. Quizá no tenía ninguna, ciertamente no las admitía ante nadie. Su calma era, en realidad, intranquilidad, la del jugador que cree que ya no queda nada valioso por lo que apostar. A su vez, no era probable que aquello lo hiciera popular. Los que apreciaban su sensatez cuando lo necesitaban se sentían molestos cuando no era el caso. Ver al director de Planificación de Programas cometer un error de cálculo podía ser un alivio, pero durante los primeros nueve meses de guerra no hubo ningún

indicio de que pudiera darse tal caso... Nunca, hasta el asunto del general Pinard.

—Parece que tu chico va a volver —le dijo Della a Lise. Una postura firme era lo mejor, a su modo de ver. Todo el mundo sabía que Lise se consideraba prometida y que Frédé era una especie de electricista en el Primer Ejército Francés. Tal como iban las cosas, tendrían que trasladar a los franceses a la isla. No tenían otro sitio adonde ir.

—Pero eso es imposible —dijo Tad, probándose el mapa—. Subestimáis el obstáculo del canal de la Mancha.

—En ese caso, y si quieres mi consejo, harías mejor en olvidarlo —dijo Della—. Después de todo, aún no te ha dado el anillo, ¿verdad?

Lise no había demostrado ser mejor que Della en el trabajo, y aquello establecía una especie de vínculo entre ambas.

El marino mercante de Vi le escribió. Mencionaba, o eso parecía, un permiso para volver a casa, pero la mayor parte de la carta había sido tachada por el censor. Menudo trabajo leer las cartas personales de los demás, pensó Vi, tenían que sentirse incómodos, había que compadecerlos.

El 10 de junio de 1940, el Gobierno francés reconoció que París era indefendible y se trasladó a Burdeos. Entre la *débandade* y la llegada de De Gaulle el 17, hubo un extraño momento de esperanza cuando el Gobierno se enteró de que el general Georges Pinard había huido a Londres, pilotando su propia avioneta y llevándose solo una maletita y a un suboficial con él. Fue derecho al hotel Rembrandt.

Los historiadores aún no han decidido —o más bien han decidido, pero no han acordado— quién envió al general a aquella misión desesperada. Nadie, en efecto, podía ser más bienvenido. Mientras De Gaulle era prácticamente un extraño en Gran Bretaña, a Pinard se lo reconocía de inmediato, con su hirsuto bigote plateado, una bendición para los dibujantes escasos de ideas, y una nariz rota por una caída de caballo y despojada de su afilado francés. Su nombre era uno de los pocos que el público conocía bien y que suscitaba una imagen definida.

El general era hijo de un campesino de la parte más plana, húmeda y carente de pintoresquismo de Francia, donde se juntan las provincias de Aisne

y Somme. Nacido en 1869, creció durante la ocupación prusiana; el ejército lo rescató de cultivar tubérculos y fue ascendiendo a una velocidad moderada. Por improbable que parezca, era romántico, dreyfusista y devoto del aeroplano —de hecho, sus conferencias sobre la relevancia de la fuerza aérea retrasaron su ascenso varios años—. En cambio, le daban completamente igual el Imperio y las ambiciones imposibles; a él solo le importaba, con obstinación, la defensa del suelo patrio. En la Gran Guerra, estaba con una de las únicas dos divisiones que no participaron en la rebelión de 1917. Siempre dormía muy bien, y se decía que sus ordenanzas tenían que despertarlo antes de cada batalla.

Cuando la *École Supérieure de Guerre* reabrió en 1919, Pinard fue uno de los primeros en recibir destino. Se lo veía como un hombre sensato, un contrapeso, con su sangre campesina, del imposible De Gaulle. En 1940, a pesar de su avanzada edad, había conseguido que le dieran el mando de la 5ª División Acorazada, que, a mediados de mayo, había opuesto un último contrataque al avance alemán.

Un romántico, pues, aunque limitado a tierra y aire, pero nada en su carrera militar explicaba su curiosa simpatía por los ingleses. Eso se remontaba a su avispado matrimonio con una mujer muy rica, adicta, como el propio Pinard, a las carreras de caballos. Entre ambas guerras, se había convertido en una figura familiar en las ventas de purasangres, y en Epsom y Ascot. Se lo fotografiaba con frecuencia en aquellas reuniones, y siempre estaba alegre y, más importante aún, casi siempre perdía. Esa era la base de una popularidad que nunca había conseguido en Francia. Con el dinero de su mujer, se hizo anglófilo. Aprendió a amar porque era amado, por primera vez en su vida.

A las ocho y media del 14 de junio, la oficina del director general le dijo al DPP que el general Pinard estaría en el aire en cuanto pudiera organizarse.

—Quiere dirigirse a la nación inglesa, y parece que es un asunto muy urgente. Está todo acordado.

—Bien, los programas de la noche tendrán que hacerle un hueco —dijo Jeff—. Yo me ocuparé.

—Hará falta algo más que eso. Te queremos en el estudio.

—¿Para qué?

—¿Tú no hablas francés?

—¿Y qué?

—Te quiere ahí cuando llegue Pinard.

—El general habla muy bien inglés, con un fuerte acento francés, que es exactamente lo que deseáis.

—La cosa es que el Ministerio de Guerra va a mandar a alguien, y también el de Asuntos Exteriores, y el director general y el subdirector general creen que no queda bien que no podamos exhibir a algún ejecutivo de la Broadcasting House que hable francés.

—¿Y qué queréis que diga?

—Oh, pueden ser algunas frases de bienvenida. Cierta hospitalidad parece apropiada. Supongo que debería haber un poco de ajeno. ¿No es eso lo que beben?

—El general prefiere coñac —dijo Jeff.

—¿Ah, ya lo conoces? Eso puede ser extremadamente útil.

—Lo conocí en una trinchera, detrás de un pueblo llamado Le Quesnoy-en-Santerre, hace veintitrés años.

—Nunca te había oído hablar de tus experiencias en la guerra, Haggard.

—Aquello no fue una experiencia. Se suponía que sustituíamos a los franceses, pero resultó que nos estábamos retirando. Yo era el oficial de cocina y me quedé para ver si los franceses habían dejado algo de brandy; a veces lo hacían. Pinard volvió con la misma idea. Entonces era capitán. No me hago ilusiones de que recuerde el incidente, por cierto.

—Ya veo. En fin, eso no es... ¿Te pareció un buen orador?

—No habló demasiado en aquella ocasión.

—En cierto sentido, importa poco que lo sea o no. Es un discurso para subir la moral. Se espera que vuele a Marruecos para organizar allí la resistencia. Querrá darse ánimos a sí mismo tanto como a nosotros.

El general Pinard llegó cepillado y reluciente, para alivio del realizador, que creía, como en los viejos tiempos, que las apariencias se proyectaban por el micrófono. Su joven y callado ayudante quiso entrar con él en el estudio, pero se lo impidieron en la atestada sala de realización. Pinard se sentó tras el panel de vidrio y posó los ojos un momento en todos y cada uno de los

presentes.

—No se va a poner los cascos —le dijo el realizador de Debates a Jeff—. No le gustan, al parecer. Prefiere que se le hagan señales con la mano.

—No creo que debamos negarle nada.

Se trajo del comedor el brandy, Martell 2 Estrellas, que había sobrado de Navidad. El general levantó la mano en un gesto de suave pero enfático rechazo. Aquello significaba que nadie iba a probarlo; una decepción para todos, excepto para Debates, cuyo presupuesto mensual ya se había agotado. El brandy se reservaría, pues, para el ministro de Defensa Costera, al que se esperaba más tarde esa noche. Pero aquellas consideraciones se desvanecieron ante la imponente presencia del general. Pinard esperaba con immaculada dignidad. Tras él estaban los derrotados ejércitos franceses.

Le pusieron un papel delante. Lo miró y luego lo apartó.

En la sala de realización resultaba casi imposible moverse. El mayor del Ministerio de Guerra, que era el enlace con el Ministerio de Asuntos Exteriores, estaba incómodamente sentado en un taburete alto. El joven ayudante francés permanecía de pie, receloso y alerta. Entonces, de pronto, el subdirector general en funciones entró por la puerta insonorizada y se sumó a los presentes. El DPP estaba en un rincón, mirando al techo.

—No te olvides de que es tu obligación que todo el mundo se encuentre cómodo —le dijo al realizador.

—No ha mirado mis notas y sugerencias. Necesitamos un ensayo.

—No tienes tiempo. He hecho lo que he podido por ti, pero no podemos cambiar el noticiario de las nueve. Estás dentro en 43 segundos.

El realizador apretó el interruptor.

—¿Cómo le gustaría que lo presentáramos, general?

—No lo sé —respondió Pinard—. Llevo uniforme, pero soy un soldado sin destino, un oficial sin autoridad y un francés sin país.

—Los ingleses conocen bien su nombre, señor.

—Úselo, si quiere. Pero deje claro que les hablo a título personal. He de decirles algo que sale del corazón.

—¿Cuánto durará? —preguntó el técnico del programa. Nadie lo sabía. No tenía un tiempo determinado. La desaprobación endureció la cara del técnico.

—Queridos amigos —dijo el general Pinard—, a muchos de cuantos han

ocupado el escenario de la historia se les han perdonado no solo sus errores, sino también los pecados que hubiesen cometido en un momento dado. Ruego eso mismo para mí, porque este será ese momento.

Era la voz serena, conmovedora, de un anciano, con un ligero tono metálico.

—Se me hace extraño hablarles esta noche, y aún más pensar, después de lo que ha pasado estas últimas semanas, que debo decirles la verdad, y que muchos de ustedes desean escucharla. A los viejos soldados les gusta contar historias, y a los viejos generales más que a ninguno. Esta clase de historia se llama *giberne*.

El realizador pasó una nota: «¿Deberíamos traducirlo al final?». El subdirector general en funciones escribió: «Creo que algunas palabras en francés sin traducir ayudan a crear la atmósfera adecuada». Jeff escribió: «No te preocupes. No la va a contar, en cualquier caso».

—No he venido aquí esta noche para permitirme una *giberne*. He venido para contarles lo que vi ayer, y lo que deben hacer mañana. Pero quizá se digan: «Estoy escuchando a un francés. Es francés y yo soy inglés, y no me fío de él, como no me he fiado en los últimos quinientos años. Que hagan las alianzas que quieran. Hoy, por encima de todo, desconfío de él; esta noche desconfío de él, porque su país ha sido derrotado». Saben que las carreteras que conducen al sur son intransitables, porque están llenas no solo de tropas en retirada, sino de familias que huyen, de viejos, enfermos y niños, de sábanas y ollas: de escenas a las que nos hemos acostumbrado, terriblemente, desde la caída de Polonia.

—¿Qué dice de ollas? —le preguntó el técnico a su ayudante—. A lo mejor se viene abajo. Atento al volumen.

—Así que, repito, pensarán: «no me voy a fiar de este hombre...». Y nosotros, los franceses, ¿nos fiamos de los ingleses? La respuesta es: en absoluto. En las últimas semanas, y sobre todo en las últimas veinticuatro horas, he oído cómo los insultaban, y no me refiero solamente a los colegas del Conseil de Guerre, sino a los soldados y a los tenderos en la carretera. Dicen que nos han llevado ustedes a la guerra con Alemania sin que estuviéramos preparados y que después nos han abandonado. Y quizá «en la desgracia de nuestros amigos hay algo que no nos disgusta del todo». Bien, en ese caso tienen ustedes que estar satisfechos. Estamos hundidos, y les echamos

la culpa a ustedes.

»¿Por qué, entonces, cuando he empezado a hablar, los he llamado *amigos*? Es una palabra de tan alto significado que ninguna lengua carece de ella. Yo la utilizo con ustedes, y lo hago de verdad. Lo cierto es que estoy aquí esta noche, a pesar de todo lo que he dicho, porque llevo en el corazón a Inglaterra y a los ingleses.

»¿Es esto un absurdo, o es que el viejo chochea? No se puede pensar en una tarea más impropia de un general, sobre todo de un general de edad, que revelar sus sentimientos. Los que ostentan el poder en Francia en este momento no querían que viniese. Intentaron impedírmelo, pero he venido.

Sin avisar, la voz del general Pinard se elevó hasta el nivel que alcanzaba en la plaza de armas, y el técnico, desprevenido, dejó que ensordeciese a quince millones de oyentes.

—Pero, créanme, no he venido a halagarlos. Ese no es el deber de la amistad. Queridos oyentes, queridos hombres y mujeres de Inglaterra, queridas gentes de la campiña, las calles y los hipódromos que tan bien conozco, he visto a mi país perder la esperanza, y ahora les digo que tampoco hay esperanza para ustedes, *ne vous faites pas aucune illusion*: han perdido la guerra. Esto les digo: no escuchen a sus líderes, ni a los que están listos, como siempre han estado, para abandonar estas costas y marcharse al Canadá, ni al valiente borracho al que han hecho primer ministro.

El realizador miró de una en una todas las caras, con el dedo en el interruptor de censura, a la espera de órdenes. El Ministerio de Asuntos Exteriores consultó al Ministerio de Guerra.

—¿Quién lo para?

—No sé quién lo ha autorizado a hablar. Supongo que el Gabinete de Guerra.

—Voy a hablar con la oficina del primer ministro —dijo el subdirector general en funciones.

—No se atrincheren, queridos ingleses; no empuñen sus oxidadas escopetas. Los franceses siempre se han preocupado por su ejército; ustedes nunca lo han hecho por el suyo. Tengan la certeza de que no va a protegerlos y, sin duda alguna, ustedes no pueden protegerse a sí mismos. Cuando lleguen los alemanes, lo que como mucho sucederá dentro de algunas semanas, no piensen en resistir, no piensen en la historia. Nada es tan desagradecido como la

historia. Piensen en ustedes, en sus casas y jardines, que cuidan con tanto esmero, en el dinero que han ahorrado, en los niños que vivirán para ver todo esto pasar y que sabrán que todos los gobiernos son malos, y el de Hitler, quizá no peor que cualquier otro. Por el afecto que les tengo, les digo lo que Francia ha aprendido a costa de un terrible sacrificio. Ríndanse. Cuando oigan los tanques por las calles de su barrio, dispónganse a rendirse, por duras que sean las condiciones. Ríndanse cuando lleguen los boches. Ríndanse.

Un terrible acceso de tos se volcó en el micrófono.

—Se está sobrecargando —dijo el técnico, presa de la desesperación.

—*Messieurs, brisons là... je crève...*

—¿Qué está diciendo? —preguntó el realizador, desconcertado, agarrando al DPP del brazo.

—¿Tú qué crees que está diciendo? —soltó Jeff—. No se encuentra bien. —La mano derecha del general, que tenía apoyada en la mesa, delante de sí, se abría y se cerraba. Se esforzaba por mantenerse sentado y erguido, pero no podía. La cara, cruzada por aquel espeso mostacho plateado, se le había amoratado.

El joven ayudante estaba a punto de llorar. Había guardado silencio: los suboficiales franceses no hablan en presencia de un superior, pero era evidente que había llegado al límite de su resistencia. Jeff, que sabía moverse con rapidez, cogió la botella de Martell, se llevó al ayudante al otro estudio, vació el vaso de agua de la BBC en el suelo y lo llenó de brandy para el pobre viejo, que temblaba. Con un gesto ahora muy distinto, la mano lo rechazó.

—*Surtout pas ça.*

Llamó el oficial de servicio. Había habido muchas quejas. En los últimos diez minutos, la Red Nacional había estado en silencio absoluto: los quince millones de oyentes no habían oído nada. Pero su reacción no respondía tanto a la sorpresa como a una suerte de alivio, porque la interrupción de los programas era exactamente el tipo de incidente que todo el mundo estaba esperando desde el mismo momento en el que se había declarado la guerra, y que, sin embargo, no había llegado a producirse. Eso había mantenido la atención de los oyentes en una solución sobresaturada que, meses y meses después, aún no había cristalizado. La BBC se había ganado aún más la confianza del público porque durante diez minutos no había podido emitir nada.

—Por supuesto que desconecté al general —dijo Jeff—. Tuve la impresión de que lo que iba a decir, considerado en conjunto, no ayudaría a la nación en las actuales circunstancias.

—¿Y cómo, por los clavos de Cristo, sabías lo que iba a decir? —preguntó el subdirector general en funciones, sacudido y turbado hasta lo más profundo de su condición de veterano.

—No lo sabía. Lo supuse.

—No lo entiendo. Al llegar, me pareció que estaba bastante bien.

—Yo creo que no.

—¿Por qué no?

—Por algo que me dijo en el pasillo, justo antes de llegar a los estudios.

—Yo no me enteré. Llegué luego.

—Me reconoció, después de todo. Debería haber caído en que los generales nunca olvidan una cara. Si no, no llegan a generales.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Voy a repetirle mi antiguo consejo».

—¿Y eso qué significa?

—Ya le he contado lo del frente de San Quintín y el coñac. Había mucho, pero no se podía beber: se había mezclado con los alemanes muertos. Yo estaba dispuesto a ver lo que se podía rescatar, pero Pinard me detuvo. Me dijo: «Soyons réalistes».

—¿Y eso te llevó a actuar por tu cuenta?

—Hay que ser realista... Pensé que sería mejor no correr riesgos.

—Si es así como lo llamas. ¿Por qué, en el nombre de Dios, no me consultaste? En circunstancias normales, no habrías estado en el estudio. Admito, desde luego, que, tal como han ido las cosas, nos hemos evitado un incidente peligrosísimo, que podría haber causado desaliento y pánico, sin contar con que habría dado al Ministerio de Información y al Ministerio de Guerra la oportunidad que estaban esperando para entrometerse, amenazar nuestra independencia e insistir en el control gubernamental. Te lo garantizo. Así que supongo que, en cierto modo, debería felicitarte; quizá esperas que te felicite... —Hizo una pausa. No se sabía que Jeff hubiera esperado nunca nada semejante—. Dejando eso aparte, has actuado sin autoridad y, al haber

manipulado el equipo técnico, siendo personal administrativo, te has arriesgado a una enérgica protesta de los sindicatos. No sé qué decirte. Rodarán cabezas. Era un invitado muy importante. ¿Piensas comportarte así a menudo?

—Espero que no nos encontremos a menudo cerca de la invasión.

—Esto no me gusta, Haggard.

—Acepto retirar el «a menudo».

El subdirector general en funciones había previsto correctamente las reacciones de los ministerios. Nadie, era cierto, podía negar que permitir que la alocución del general Pinard, tan lamentable, tan sentida, llegase a un público desprevenido habría constituido un revés. Del mismo modo, no era incumbencia de nadie, ahora que el general había caído gravemente enfermo, decidir qué clase de revés habría sido ese. El asunto dejaba otros flancos abiertos. A la vista de las reservas que mostraban los Servicios, que creían que, cuanto menos se dijera siempre, mejor, la BBC persistía obstinadamente en decir la verdad, a su manera. Pero esa manera empezaba a parecer irresponsable; una irresponsabilidad que daba vértigo. Y, si los directores de los departamentos participaban en las decisiones que se tomaran sobre asuntos como aquel, ¿qué garantía había de que otros líderes franceses que cruzasen el canal con la esperanza de continuar la lucha no fuesen censurados a su vez? Esta última observación formaba parte de una directriz conjunta de los ministerios, que también sugería la siguiente fórmula: felicitar a Haggard por su presencia de ánimo y a continuación despacharlo a alguna región mientras durase el conflicto. Y sin duda podía crearse un nuevo puesto de trabajo, si era necesario.

La BBC defendió con lealtad a los suyos. Cruce de servicio público, de poderoso referente moral y de compañía *amateur* de teatro que no sabía muy bien de dónde vendría el dinero la semana siguiente, era capaz de utilizar lenguajes distintos y garantizar que saldría triunfante de casi cualquier discusión. Decidida a seguir haciendo lo que creyese mejor sin interferencias oficiales, adujo el temperamento artístico de su DPP, que no podía reprimirse sin correr algún riesgo, y, cuando le preguntaron por qué había puesto a este extravagante productor a cargo de la programación, alegaron los exigentes horarios que se imponía y su férrea devoción por el deber. Entonces, después

de algunos días, se supo que el primer ministro se había enterado de la historia y que la consideraba excelente. Sobre todo, le había gustado la expresión *desconectar a alguien*, que, al parecer, nunca había oído antes.

Se dio carpetazo al asunto Pinard, pero eso no hizo que disminuyeran la distancia o las diferencias entre el DPP y algunos de sus colegas, que percibían su halo de frialdad incluso cuando necesitaban su ayuda. Jeff Haggard era útil porque, si creía que valía la pena abordar un asunto, no le importaba decir lo que fuera ni a quién tuviese que decírselo. ¡Hay que ver todo lo que había hecho, a lo largo de los años, por Sam Brooks! Además, era indudablemente listo. Pero ellos sentían, quizá por instinto de supervivencia, que nadie puede ser bueno y listo al mismo tiempo.

El subdirector general en funciones, con la benevolencia de quien ha sido injusto, creía que Haggard sufría de agotamiento nervioso. Era imposible asumir impunemente la planificación de toda la programación nacional y de las Fuerzas Armadas, con sus delicadas repercusiones.

—Me parece que voy a aconsejarle que lea unos cuantos capítulos de *Cranford* todas las noches antes de acostarse. Yo llevo haciéndolo desde Múnich y, ¿sabéis?, creo que a la señora Gaskell le habría alegrado saberlo.

Aquel pensamiento era consolador, pero, en realidad, Jeff nunca se había puesto nervioso y podía decirse que, en aquel momento, era la persona más tranquila del edificio. No se consideraba afortunado ni desgraciado, pero, ya fuese una cosa o la otra, la sensación que tenía le era muy familiar.

La noche del 16 de junio, el general Pinard murió en el hospital para oficiales Rey Eduardo VII. Era imposible devolver el cuerpo al territorio ocupado por los alemanes, y se ofició un extraño funeral en la iglesia Notre Dame de France, cerca de Leicester Square. La BBC mandó una corona con una tarjeta en la que Jeff había escrito «À Georges Pinard, mort pour la civilisation». El 17 de junio, De Gaulle llegó al país.

Como Pinard, solo llevaba una maletita. Se alojó en el hotel Rubens, y se le autorizó a hablar por la radio y a reclutar su propio ejército.

* * *

Había marineros franceses acampados en Aintree, aviadores franceses en el sur de Gales, dos batallones de *légionnaires* en Tufnell Park, artilleros,

cazadores y encargados de señales en Alexandra Park.

—No lo encontrarás —le dijo Vi a Lise—. Pero haremos todo lo posible. ¿Qué opina tu familia? —Pero el padre de Lise, que había sido cajero de la filial del Barclays en Lyon, había vuelto con su familia a Inglaterra en enero y ahora trabajaba como cajero en Southampton. No era partidario de la idea de Frédé, y nunca lo había sido.

—Bien, ¿sabe tu dirección en Londres?

Lise no estaba segura, y en cualquier caso no serviría de nada. Tenía una habitación en una residencia católica anexa a un convento, cerca de Warren Street.

—¿Cómo sabes que se presentará? —preguntó Teddy. Lise respondió que era adivina, y que sentía algo especial en los pezones cuando Frédé estaba cerca.

«¿Quién querría ser mujer?», pensó Teddy.

Todo aquel tiempo, Lise había estado muy decaída. El DPG solo había hecho un tímido intento de decirle a la señora Milne que la señorita Bernard era muy particular, y que probablemente tenía talento, siempre que no se la sobrecargara de trabajo, etcétera. Pero no ponía el corazón. Lise era menos receptiva que las paredes acolchadas de los estudios. Sin embargo, ahora sus mortecinas energías parecieron revivir, lo suficiente, al menos, como para pedir a otros que la ayudaran.

Archivos había enviado a la unidad móvil a capturar la escena en el nuevo cuartel general de De Gaulle en Westminster. Allí, en una habitación polvorienta y vacía, se alistaban los que habían decidido unirse a la Francia Libre, y después brindaban por la victoria con vino tinto de un barril del pasillo.

—No veo aquí un gran cuadro sonoro —dijo el técnico de grabación, que se había negado en redondo a que lo acompañara el doctor Vogel—. Solo se los oye a ellos prestar el juramento, pasos que rechinan en la tarima, un poquito de eco, el vino que sale del grifo y unas cuantas palabras, aunque ninguna en inglés.

—¿Has visto a alguien que pareciera un zapador? —Lise le preguntó con aturdida y pesada insistencia.

—Regístrame, cielo.

—Algún día tendrá que venir. Está seguro de que quiere quedarse en

Inglaterra.

—Está bien. Volveremos mañana, a ver si hay más ambiente. Con suerte, quizá alguno rompa una copa. —El técnico de grabación le dijo a Willie Sharpe que Lise parecía una completa idiota.

—No haces ninguna concesión a la esperanza humana —le replicó Willie.

Sin embargo, entre aquellos doscientos mil soldados franceses llevados al país y acuartelados como se podía, con un tiempo milagrosamente bueno, en cualquier rincón disponible, se encontraron con Frédé.

Estaban tomando el aire en Kensington Gardens: Della y Vi, y también Lise, que las había hecho ir en primer lugar, pero que se estaba quedando atrás. Los soldados franceses paseaban mucho por aquellos jardines, destacamentos tanto de *français libres* como de los muchos más que no habían firmado y que esperaban volver a casa en cuanto tuvieran oportunidad. No tenían mucho que hacer en el parque, pero es que no tenían mucho que hacer en ninguna parte.

Della nunca salía sin lucir su mejor aspecto. Llevaba una blusa de seda a rayas, con un muy sugerente escote de pico, bajo un traje rojo de lino, en cuyas solapas se ponía, alternándolas cada semana, las alas de la RAF, la corona naval y las insignias de los Polacos Libres, los Checos Libres, los Noruegos Libres, los Holandeses Libres, los Belgas Libres y los regimientos canadienses y neozelandeses. Se había atrevido a echarse el pelo para atrás en ondas relucientes, y a ponerse tacones, y caminaba lista para encajar o repeler cualquier fuego que se abriese, ya fuera una mirada, una broma o una grosería. A Lise también la habían convencido de que se comprara un par de zapatos de tacón con tiras. Della se sentía casi profesionalmente ofendida por la idea de que una amiga suya quisiera encontrarse con su prometido, si es que lo era, sin empolvase al menos un poco la nariz. Vi tenía el aspecto de siempre: llevaba un vestido de algodón que se había hecho ella misma con la máquina de coser de su madre. No estaba mal, pero no pasaba de ahí.

Los frondosos claros de Kensington estaban llenos de enamorados y, a una discreta distancia, de trabajadores descansando, cada cual con su termo. Las chicas pasaban lo bastante cerca de las baterías antiaéreas como para oír y aparentar que no prestaban atención a los prolongados silbidos que las seguían. Por fin, acabaron sentándose en el suelo, en el borde mismo del desnivel, con una buena vista de la estatua de Peter Pan.

—Supongo que quien hizo esto murió joven —dijo Della.

Se les hacía extraño estar allí, en la hierba, arrancando y chupando briznas, bajo las nubes perezosas, después de ocho horas de trabajo en la Broadcasting House.

Los soldados franceses llegaron en dos grupos, y en direcciones opuestas. Para empezar, unos pocos *français libres*, que venían, ociosos, de Hyde Park. Se detuvieron en el puente a mirar el agua. No parecía que todavía se conocieran demasiado entre sí. Alguien les había dado cigarrillos y era evidente que habían acordado repartírselos para que tocaran a uno por cabeza. Bastantes llevaban la típica barba de barboquejo de los *légionnaires* y Della, que no la había visto nunca, no dejaba de señalarlos. Vi le bajaba con fuerza el brazo. Sin decir nada, Lise se puso de pie con cierta dificultad y se fue, con la inestabilidad que le daban los zapatos de tiras, pero en la dirección contraria, hacia el Round Pond.

Allí más soldados franceses, que llegaban del otro lado del promontorio, moteaban el césped veraniego de los jardines. Estaban sentados o tumbados, como un rebaño en un día de sol. Habían decidido no ir más allá. Una furgoneta de refrescos, que conducía una mujer de mediana edad con una boina azul marino, frenó y aparcó entre ellos. A un costado ponía, pintado de blanco: COMITÉ PARA LA CORDIALIDAD ANGLO-FRANCESA. Abrió un lado de la camioneta y empezó a contar panecillos y vasos de papel. Nadie le prestó la menor atención.

Lise subió la cuesta jadeando y con muy poca gracia, pero no se alejó demasiado. Un hombre se puso de pie. Era verdad que nunca les había dicho qué aspecto tenía Frédé exactamente, pero este no era alto y ni siquiera moreno. Resultaba descorazonador y, al mismo tiempo, desconcertante. Lise hizo un extraño intento de agarrar-se, pero perdió pie; luego se enderezó y se aferró a él, aunque era más bajo y mucho más flaco que ella. Lise parecía estar forcejeando con aquella desaliñada criatura caqui.

—Nunca habría creído que tuviese el valor —dijo Della. Avivémoslo, pensó. Solo quería para Lise lo que le habría gustado para ella misma.

—Sí, pero estos no son Franceses Libres —dijo Vi—. Se ha metido en el grupo equivocado. —Estaba asustada. A pesar de las protestas de Frédé y de sus amigos, Lise estaba gritando en francés, y, al hacer eso, parecía volverse otra persona, o mostrarse como la que en realidad había sido siempre. Aquello

hizo sentirse raras a las chicas.

Para entonces, los Franceses Libres del puente ya se habían fumado los cigarrillos y guardado las colillas en las gorras. Como habían visto a los otros en la ladera opuesta, a solo doscientas yardas de distancia, fueron hacia allí, sin prisa, por la hondonada de Peter Pan. Al poco, sin embargo, algunos echaron a correr embarulladamente, como chicos ansiosos por meterse en un partido de fútbol: los más pequeños, limpios y elegantes, en las primeras filas, como si estuvieran entrenados, y los demás, en la retaguardia, levantando polvaredas de tierra seca con la botas. Lise y Frédé desaparecieron de la vista mientras las fuerzas hostiles se enfrentaban. Los de las primeras filas gesticulaban: levantaban un puño y con el brazo rígido apuntaban más allá del horizonte del parque. Gritaban cosas, roncós como grajos, pero luego las voces se hicieron más agudas, hasta volverse un rugido. La gente que había ido a pasar una tarde agradable en los jardines no se movía de donde estaba, y miraba.

—Están teniendo un altercado político —dijo un hombre que iba con sus hijos—. ¿Dónde están los subo-ficiales?

Se oyó el ruido de algo plano que chocaba contra algo también plano, como un paño mojado que se estampase contra una mesa de cocina. Era una bofetada. Las chicas vieron a Frédé tambalearse y sujetarse la mandíbula como si le dolieran las muelas. Por entre los dedos le corría la sangre. Pero no había sido Lise la que le había pegado: aún estaba medio arriba, medio abajo, pero ya no cerca de él. Había sido uno de los Franceses Libres. Ahora bajaban todos de dos en dos y de tres en tres, rodando penosamente por el suelo, entrechocando las cabezas y desgarrándose las costuras: se veían entonces relámpagos de calzoncillos de un blanco grisáceo.

—¡Los soldados! —gritó Della—. ¡Se están peleando! ¡No pueden hacer eso!

Los que seguían de pie cogían los panecillos del mostrador de la furgoneta de refrescos y el aire del verano se llenaba de misiles. La mujer de la boina azul marino huía al Round Pond. La calderilla se le caía a la hierba. Los soldados pisotearon la comida que había preparado hasta convertirla en una pulpa que impactaba en caras iracundas. Aquello no tenía ninguna gracia: esos jóvenes, que añoraban su hogar, pegándose eran la perfecta representación del odio. Por todas partes había pan deshecho.

«No son ingleses: no cabe esperar que entiendan el racionamiento —pensó Vi—. Gracias a Dios, ahí está Lise.» Se dirigía hacia ellas, hinchada y sucia.

—¿Dónde está Frédé?

A lo lejos, dos policías se acercaban, seguidos por cinco o seis cabos, que quizá se habían ausentado sin permiso en las tabernas de Kensington. El alboroto se fue apagando y los responsables empezaron a dar explicaciones.

—No se va a quedar —sollozó Lise—. Ya no me quiere. Le han pegado. Quiere volver a Lyon.

—Vamos a tener que llevárnosla, Della. No puede volver al convento con este aspecto. Está muy alterada.

Pero Della iba a salir a bailar al Lyceum.

—Tengo que ir a ponerme el vestido negro, pero no voy a tardar mucho en hacer eso. Lo que lleva tiempo es telefonar para ver si alguien me puede dejar unas perlas o un collar blanco. Si vas de negro, te has de dar algunos toques.

Vi no contestó.

—Puedes venir a mi casa un rato —le dijo a Lise—. A mi madre no le importará.

Cogieron un autobús a Hammersmith. Vi pagó los billetes de las dos, porque, aunque Lise había conseguido no dejarse el bolso, no llevaba dinero, como solía suceder. Pero gracias a Dios no había perdido ni el pase de la BBC ni el carnet de identidad.

Fueron por una tranquila calle lateral, que hervía con el último calor de la tarde.

La puerta de la casa de Vi estaba abierta, rodeada por una frondosa vegetación de hoja perenne.

—No la cierres. Siempre se queda abierta.

—Es una casa grande —dijo Lise.

—Tiene que serlo. Somos nueve.

Entró en el oscuro recibidor, solo iluminado por una vidriera de colores, con el aire de una hermana mayor que quiere restablecer el orden, y se quedó escuchando un momento los ruidos de las radios, de los martillos, de las cadenas de las que se tiraba en los baños, del agua que salía de los grifos y de

un piano que aporreaban, para identificar quién estaba en casa y determinar si estaban más o menos haciendo lo que tenían que hacer.

—No puedes cruzar el vestíbulo: es el canal de la Mancha —dijo un niño pequeño que se hallaba sentado en las escaleras.

—¿Dónde está papá?

—Sigue en la tienda.

—¿Y mamá?

Creía que poniendo la tetera en el fuego. Para complacer al chico, volvieron a salir por la puerta principal y rodearon el jardín, en el que se habían plantado verduras y donde había una rosaleda, varias conejeras, la carbonera y el depósito de coque, y entraron en la cocina por el fregadero de atrás.

—Tienes que poner esto en agua enseguida, mamá —dijo Vi, sacando de la pila un montón de rosas trepadoras—. Te presento a Lise, una compañera del trabajo.

La señora Simmons era una mujer robusta con un delantal. El aspecto de Lise no la desconcertó en absoluto. De hecho, recordaba sus experiencias en el 14 y esperaba que las chicas llorasen. No había ninguna duda de dónde había sacado Vi el buen corazón. En casa, no obstante, una de sus obligaciones era moderar esos excesos.

—Siéntate, Lizzie —exclamó la señora Simmons, que se equivocaba siempre con los nombres—. No te avergüences de mostrar tus sentimientos. Estoy segura de que un poco de té te ayudará, aunque no aspiro a que cambie el hecho de que él está lejos.

—Está en Kensington Gardens—dijo Vi.

Seguía acordándose de la cara de Frédé, oscura y rabiosa, con la sangre escurriéndosele por entre los dedos.

—Lise podría quedarse en mi habitación un tiempo. Con el sueldo que nos pagan, podría permitirse diez chelines a la semana, ¿no, Lise?

Tanto en la mente de la señora Simmons como en la de Vi, la camita del pequeño de tres años salía de la habitación de Vi y uno de los chicos se trasladaba al sofá del comedor, y, para compensarlo, le pedían a Chris, el marino mercante, que le trajera algo especial, un *souvenir*, al muchacho. No necesitaron dar más explicaciones. No habría ningún problema.

Lise parecía contenta de dejar el convento, pero ¿quién podía saber lo que pensaba realmente? Se diría que había recaído en su antigua indolencia, que había renunciado a la facultad de elegir. No obstante, diez días después dejó su trabajo en la Broadcasting House sin despedirse. Tampoco volvió a Hammersmith, y la señora Simmons no sabía qué hacer con sus escasas pertenencias. Por fin, Vi le prohibió mencionar el tema más de dos veces en cada cena.

3

—Jeff —gritó Sam—, ¿te acuerdas de aquel general francés que vino a los estudios y luego se murió?

—Sí.

—¿Alguien te ha dicho que lo jodiste todo?

—No con esa claridad.

—Respóndeme a esto: ¿has afrontado el hecho de que no lo grabamos, de que no grabamos ni una sola palabra? Nada en la lata, nada que procesar para Archivos. Si tenías que fastidiar la transmisión, podrías al menos haberlo puesto en el circuito cerrado. Y, desde luego, nadie se tomó la molestia de decírmelo. Me lo acaban de hacer notar. —Jeff se sintió aliviado. Si Sam se hubiera ofrecido, indignado, a salir en su defensa, o dado cuenta siquiera de la necesidad de defenderlo, la situación habría sido tan molesta que se habría mareado. Las naciones caen, pero las relaciones tienen la obligación de mantenerse firmes.

La ira de Sam palideció hasta una angustia resentida, pesarosa.

—No tenemos un ambiente francés decente. Aquellos Franceses Libres alistándose resultan muy decepcionantes. Se lo he dado a escuchar al doctor Vogel, y no dejaba de menear la cabeza. El vino que sale del barril no es satisfactorio.

—Podríamos intentar cambiar el blanco por tinto, quizá.

Sam no le hizo caso.

—Y ahora dicen que van a traer a Eddie Waterlow de Teatro para hacer un programa. *Francia sigue luchando* era el título provisional: sesenta minutos de transcripciones; joder, no debería sorprenderme.

—No es exactamente que lo traigan. Es que él les escribió una carta muy

triste. No entiende la vida en Mánchester. Nunca ha vivido al norte de Regent's Park. No creo que ese programa llegue a nada.

—La cuestión es que no deberían atormentarme con el material de los programas; ni siquiera deberían consul-tarme. Lo único que me interesa en este momento, lo único en lo que puedo pensar y de lo que puedo hablar, siempre, claro, que tenga la suerte de encontrar a alguien en este sitio que comprenda siquiera remotamente lo que quiero decir, lo único que es mucho más importante para mí que la felicidad o la salud o la cordura, es mi proyecto de mejora de la pantalla estándar del micrófono; la pantalla, quiero decir, para las unidades móviles en zonas de combate. Digan lo que digan los directores, el director general, el Alto Mando, el Gabinete de Guerra, el primer ministro, quien se te ocurra, no voy a volver a mandar a mis unidades a Europa sin una pantalla mejor que la que tienen ahora.

—¿Y cuándo prevés que se va a producir esta nueva invasión? —preguntó Jeff con interés.

—No hasta dentro de seis meses. Entonces la tendré preparada. Habrán de esperar hasta ese momento.

Habían estado hablando por teléfono, pero entonces Jeff bajó al tercer piso. Sam estaba sentado. Tenía delante un dibujo a escala. La señora Milne, que salía de la habitación, le dijo:

—Le acabo de comentar al DPG que, cuando acabe la emergencia actual, nadie va a querer confiar otra vez en extranjeros.

Pero apenas se la pudo oír por el ruido ensordecedor de *El pícnic de los ositos de peluche*, que sonaba, a todo volumen, en uno de los giradiscos. «Hoy se van de pícnic los ositos de peluche...» Era el disco de prueba favorito de los técnicos de sonido, con aquellos curiosos cambios de bajos y agudos. Jeff levantó la aguja y lo apagó.

—¡No hagas eso! —gritó Sam.

—Ya sabes que no me interesan los conejos que te sacas de la chistera.

—Me veo obligado, por las críticas y la escasez de personal que sufro, a hacer dos cosas a la vez.

—Creo que deberías salir un poco más.

—¿Salir? ¿Salir? —Sam se quitó las gafas y lo miró con sus ojos de niño. Le cambió la expresión y habló con humildad.

—Puede que no lleve una vida muy saludable. Si alguna vez llego a salir de la Broadcasting House, espero no parecer diferente de los demás, pero me siento diferente.

—¿Quieres decir que te asusta salir?

—Tengo la impresión de que ya no me animan a que salga con los coches. Y no sé por qué.

—No me refería a eso. Pensaba en tu casa, en Streat-ham Drive, ¿no? Fui a cenar allí el verano pasado; quizá te acuerdes.

—Me gustaría volver a invitarte, pero no estoy seguro de que haya nadie.

—¿Y quién puede saberlo, si tú no?

—Mi mujer se ha evacuado a sí misma al campo, ¿sabes?

—No me lo habías dicho.

Sam se quedó meditabundo.

—Está aprendiendo a conducir un tractor, algo que, me parece, siempre ha querido hacer. Una amiga suya está casada con un granjero: producen Verduras para la Victoria; también ciruelas, creo. Están cerca de Pershore.

—¿Cuántos acres?

—¿Cuántos acres tiene la gente? ¿De qué estás hablando? No tienes ni idea de agricultura. Estábamos discutiendo sobre Archivos. Están en los huesos. No se trata solo de omisiones por mala gestión, como tu general. Por ejemplo, no tenemos Stukas. Cuando nos piden bombardeos en picado, tenemos que pedirselos prestados a *Pathé Gazette*.

Jeff envidiaba de Sam la cantidad de cosas de las que no se daba cuenta, y aún más que viviera absorto en un mundo feérico de respuestas en frecuencia, en un país de cables y encerados donde *El picnic de los ositos de peluche* era la contraseña y el Loco podía moverse al amparo de su propio encantamiento. No obstante, no era tanto envidia, al fin y al cabo, como jugar con la envidia, pero le recordaba que, cuando dejó el Ejército y acabó los estudios en Cambridge, su intención no era hacerse administrador. Quizá ni siquiera ahora se lo podía considerar administrador, puesto que su forma de proceder dependía, en gran medida, de que lo que decidiese le procurara la mayor comodidad posible. Incluso su negativa a tener secretaria era una especie de lujo, puesto que le permitía hacer caso omiso, por lo menos, de la mitad de la correspondencia: no la consideraba digna de respuesta. Los veteranos, aunque nunca habían podido criticar sus métodos, eran incapaces de aceptarlos.

—El DPP no podrá arreglárselas sin secretaria si se introduce el racionamiento del té —había empezado a decir la señora Milne—. Y amenazan con hacerlo.

El 20 de junio, Jack Barnett, de Transportes, Suministros y Equipos, le preguntó al DPP si podía dedicarle unos minutos.

—Señor Haggard, ¿aún quiere que lo espere un taxi en Riding House Street todas las noches?

—Vaya, ¿se ha quejado el conductor? —preguntó Jeff—. Podría haber venido y habérmelo dicho él mismo. Suele hacerlo.

—No que yo sepa. Por supuesto, es usted el que le paga, así que eso no afecta a mi contabilidad. Pero pensaba que quizá no fuera usted consciente de que, desde que las noticias empeoraron, tiene usted derecho, como director de departamento, a un coche blindado todas las noches, hasta nueva orden. Naturalmente, dejamos a su sentido de la responsabilidad el compartir el coche siempre que sea posible.

—Jack, usted quiere mi taxi para otro. ¿Quién es?

—Nos han notificado que un locutor de noticias americano muy distinguido va a venir por aquí. Acaba de salir de Francia, y la NBS nos ha pedido que le facilitemos algún medio de transporte. No sabemos cuánto se quedará, pero se dice que es un gran amigo de Gran Bretaña y, créame, señor Haggard, ahora los necesitamos.

—Puede utilizar el coche blindado.

—Me temo que no me he expresado con claridad, señor Haggard. Quiere un taxi con un conductor *cockney* con mucha personalidad. Eso es lo que les gusta a los periodistas, y eso es lo que él es: «locutor de noticias» es solo la etiqueta que le han puesto. Y usted parece ser el único miembro del Ente capaz de conseguir que un taxi lo espere habitualmente.

—¿Cómo se llama?

—No sé qué McVitie.

El DPP pareció conmovido, casi podría decirse que complacido, pero se limitó a decir:

—Si es Mac, le hará bien andar.

La puerta pareció explotar hacia adentro. Fue una suerte que el escritorio

estuviera siempre vacío, porque el hombre que acababa de entrar lo llenó, en un abrir y cerrar de ojos, de cascos de acero, pretinas de reps, platos de campaña, tres cámaras, un brazalete de «Prensa», un saco de dormir, vinos franceses, quesos franceses, una pistolera, una automática del 45 y un par de gemelos de campaña de oficial.

—Saca toda esta porquería de aquí —dijo Jeff.

Mac soltó una gran bolsa de naranjas y rodeó con los brazos a Jeff, como cuando se encuentran dos rostros pálidos aguerridos y reacios a las manifestaciones de afecto. Barnett se quedó perplejo. Nunca había visto a nadie, hombre, mujer o niño, intentar abrazar al DPP, y apenas daba crédito a lo que estaba pasando ahora.

—Son tiempos difíciles, tiempos de decisiones —gruñó Mac con un fortísimo acento de Nueva Jersey—. Y te encuentro aquí sentado.

—Es lo que me piden que haga hasta que los alemanes crucen el canal —replicó Jeff—. Espero recibir entonces nuevas instrucciones.

—Salgamos como Dios manda —dijo Mac—. Tú también, chico —añadió, volviéndose hacia Barnett.

Barnett se excusó. Sus deberes para con el importante corresponsal americano habían terminado. El DPP y él eran, evidentemente, uña y carne, y ya decidirían lo que les pareciera mejor sobre el taxi. Ahora tenía que ocuparse del siguiente problema. A la sección francesa recién instalada no le gustaban las alfombras de color lima y grado 3 que les había procurado, venciendo enormes dificultades. Era un problema moral, al parecer: querían vivaquear con la mayor austeridad posible y purificarse con el sufrimiento; Londres era la nueva línea del frente hasta que la victoria estuviera al alcance. Con tres alfombras en las manos: así lo habían dejado.

Hasta 1939, Mac había estado destinado en Londres más que en ninguna otra parte del mundo, y, en sus visitas rutinarias a la Broadcasting House, había llegado a conocer a Jeff, quizá, tanto como cualquier otro. Jeff le gustaba porque lo veía como a un ser humano que no se dejaba impresionar por el mundo. Nadie que conociera se comportaba de una forma tan indiferente, excepción hecha de su abuela, que siempre se había negado a dejar Stony Ridge, Vermont. Así pues, cuando Jeff había tenido que ir a Nueva York por asuntos de la BBC o por cosas suyas, siempre se había quedado con la familia McVitie, en Long Island.

Ahora, la imprevista llegada de Mac y su generosa irrupción en la Broadcasting House eran como una ráfaga de aire caliente y desordenado, que dejaba al descubierto sus debilidades. Con su cercanía, Barnett se había vuelto un niño, y la oficina, lista para una reunión de planificación, se había convertido en un almacén de equipajes perdidos. Incluso la experimentada defensa nacional consistente en esperar lo peor, en la que Jeff participaba porque encajaba con su temperamento, había de hacerse a un lado y dejar paso al impaciente pionero. Todo parecía posible, salvo dejar las cosas como estaban.

Cruzaron la calle juntos, a la luz del sol, para tomar algo en Langham. El vasto hotel, alquilado por la BBC, daba la impresión de ser demasiado orgulloso como para someterse a sus nuevos ocupantes. El ábside, que parecía catedralicio; las colosales columnas corintias, que se ramificaban en un follaje dorado; las antiguas escaleras de incendios de hierro; los colgantes de cristal de Lalique, que relucían en los altísimos techos; todo sugería muchos ciclos de arte y civilización, ahora puestos al servicio de propósitos más plebeyos y amenazados por la guerra. Arriba, la mayoría de las habitaciones se habían convertido, con tabiques de aglomerado, en despachos, y, doblando a la izquierda por las recias puertas de vidrio, se llegaba a un bar que la BBC había equipado con tímidos taburetes de cóctel.

Mac se abrió paso por entre las mesas.

—Mi conexión con Nueva York es a las siete. Tenemos media hora. ¿Tenéis algo de beber aquí?

—Dales tiempo —dijo Jeff—. Cuando os hayáis sumado a la guerra, sacarán algo de zarzaparrilla para ti.

—¿Para qué quieres que luche en vuestra guerra...? —preguntó Mac. Se sacó una botella de bourbon del bolsillo de la chaqueta y le ofreció al barman un trago a cambio de que le prestase dos vasos limpios—. ¿Qué idea tienes? ¿Por qué deseas tanto sobrevivir?

—La costumbre —dijo Jeff.

—Deberías pensarlo bien. Llegarás a los sesenta o setenta, y entonces, ¿qué harás con tu vida?

—Me preocuparán menos cosas.

—Pues mi padre tiene sesenta y tres —continuó Mac—. Me hace sentir bastante joven. En cualquier caso, ¿quién era ese tipo, el que hablaba contigo y

no podía salir? Esperaba doblegarlo con alcohol. Pensaba que le sentaría bien ser doblegado.

—Me consultaba una cosa sobre un taxi, pero para pasar, me parece, a la cuestión de las alfombras.

Por primera vez, la arrugada y afectuosa cara de Mac estaba completamente seria.

—Tanto consejo y tanta ayuda es demasiado, cojones. Debilitas a esta gente. En tiempos como estos, hay que renunciar a los lujos, y eso incluye la obligación de ayudar a los demás. Deberías comportarte de otra manera.

La voz perezosamente susurrante de Mac se sobreponía con claridad a los distintos acentos e idiomas que se oían en casi todas las mesas de Langham.

—Bueno. Me han dicho que te has metido en problemas.

Aquello no desconcertó a Jeff, ni le importó que las cabezas se giraran, en un amplio círculo de mesas, para mirarlo, pero sí lo cogió por sorpresa.

—¿Cuándo lo has oído?

Mac, sirviéndose más bourbon, dijo que había ido a ver a todos sus contactos en cuanto hubo desembarcado. Había llegado justo antes del amanecer en un barco pesquero bretón.

—Los pescadores bretones al amanecer son el equivalente de los taxistas *cockneys* —dijo Jeff—. Te hartarás de color local.

—Entiéndeme bien. Me dijeron que habías tenido problemas —insistió Mac—. Nadie dijo que los tuvieras ahora. Pero la capacidad para crear problemas es un don del Señor, Jeff. Algún día tendrás que rendir cuentas de qué cojones hiciste con ella, y de la calidad de los follones causados. No me digas que vas a dejarlo justo cuando estás cogiendo práctica.

Jeff lo miró, pensativo.

—¿Quieres decir que visitaste a todos tus contactos con aquel montón de quesos?

—No. Dejé bastantes por el camino. Eran regalos.

—¿Y todo lo que hay en mi oficina?

—Regalos, regalos. Este es uno de tus defectos, Jeff. No reconoces a los que dan.

* * *

La llamada de Mac a Nueva York entró a tiempo y una hora después voló a su casa para coger una camisa limpia o una que le quedara bien: había dos versiones. Dijo que volvería en septiembre. Sería, más o menos, el momento adecuado, según sus fuentes. Antes de marcharse, había dejado naranjas esparcidas, imposibles de encontrar en Inglaterra (y no estaba claro dónde podía haberlas conseguido en Francia), por las oficinas de la Broadcasting House. La extraña fruta resplandecía en el fondo de las bandejas de entrada y de salida, y una docena rodaba por la desierta biblioteca musical. Los cuatro ayudantes de Programas Grabados que quedaban recibieron tres —Tad estaba estudiando para mecánico de la Fuerza Aérea de la Polonia Libre—. Willie y Vi esperaron hasta las catorce horas menos dos minutos, cuando Teddy y una bostezante Della se presentaron para empezar su turno; el suyo acababa entonces. La división de las naranjas era una cuestión peliaguda, puesto que el racionamiento había inspirado en toda la población un insólito y finísimo sentido de la justicia. Los únicos cuchillos afilados estaban en Embalaje y Envíos —el comedor no tenía ninguno— y Willie se comprometió a conseguir uno.

Pusieron las tres naranjas encima de un ejemplar del *Radio Times*. Es difícil saber qué hacer con productos que escasean en tiempos de guerra, y David sin duda hizo bien, cuando sus criados se jugaron la vida para llevarle agua, en derramarla en el suelo como ofrenda al Señor. Para los ayudantes de Programas Grabados, tocaban tres cuartos de naranja por cabeza. Eran, desde luego, demasiado mayores como para que les pudiera la gula. Vi hizo un cálculo muy sensato: no valía la pena llevarse la suya a casa para repartirla entre tantos. Willie cogió el cuchillo del embalador.

—Faltan diez segundos.

—Pobre Tad, lo echo de menos —dijo Teddy—. Me gustaría mandarle su rodaja. —Nadie mencionó a Lise.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó Della—. Una es más pequeña que las demás.

—Tienes razón.

—... Ah, las Tres Naranjas... Soy el Mago Tehelio... —cantó un delgado e inquietante tenor desde el pasillo. Y una figura enjuta y argéntea se deslizó apenas por allí.

—Ah, es el señor Waterlow —dijo Vi—. Estaba aquí cuando llegué yo, en enero. —¡No podía ser que quisiera una rodaja!

—Creo que en los otros departamentos hay muchas naranjas, señor Waterlow —espetó Della. Pero, por supuesto, él no formaba parte de ningún departamento. Había vuelto a Londres para sabía Dios qué.

—Ah, querida, nunca he logrado convencerme de tocar una... —Y siguió alejándose; lo oyeron empezar a cantar de nuevo, más adelante en el pasillo.

Willie deslizó el aguzado filo de la hoja por la piel brillante, delicadamente moteada, de la primera naranja, y atravesó luego la carne. Como un fuego de artificio, reventó de olor. El mejor momento. Sentados, se dedicaron a chupar morosamente, preguntándose si valía la pena plantar las semillas. La Broadcasting House encendería la calefacción en invierno, pero no prosperarían: las plantas notan la diferencia.

Della acabó un poco más tarde que los otros. Estaba leyendo un memorándum de difusión general titulado «Disposiciones para Navidad 1940». La BBC, como la mayoría de organizaciones británicas, las preparaba en junio. Empezaba así: «Aunque es imposible prever la forma que adoptarán los programas de Navidad de este año, ni tener ninguna seguridad de que Su Majestad vaya a dirigirse a la nación, como hizo en 1939, se solicita a todos los departamentos que envíen sus sugerencias lo antes posible. El Ente cree asimismo que no es demasiado pronto para avisar al personal, particularmente de los departamentos de Teatro y Variedades, de que deben rechazarse o devolverse lo antes posible, sin comentarios, cuantos regalos les ofrezca el público, en especial, dinero, joyas y bebidas alcohólicas».

—Voy a pedir el traslado —dijo Della.

Se quedaron mirándola, con los cuartos de piel blandos y vacíos en las manos.

—Si Eddie Waterlow puede venir de Teatro, no veo por qué yo no puedo ir a Teatro. Este es un país libre.

—¡Joyas! —exclamó Teddy.

—Ya sabéis que siempre he querido aprovechar mis estudios de canto. Aquí no voy a conseguir nunca una audición. Creo que serán más comprensivos en Teatro.

—Aquí te comprendemos todos —dijo Vi.

—Han llegado a describir mi voz como de terciopelo marrón oscuro.

Teddy se levantó, se guardó la piel de la naranja en el bolsillo y le dijo que iban a llegar tarde si no tenían cuidado.

* * *

La amiga de confianza de la señora Milne, la secretaria del subdirector (de Personal), le hablaba sin reservas. El subdirector simplemente pensaba que el DPG no sabía seleccionar a su personal. La última ayudante de Programas Grabados, aquella chica medio francesa que lloriqueaba, se había marchado sin devolver siquiera su pase de la BBC ni dejar una dirección a la que mandarle la correspondencia. Y ahora acababa de perder a otro, aunque, desde luego, a Zagorski, T. no se lo podía culpar de enrolarse en las fuerzas armadas de su país.

—¿Qué sugieres, pues? Nos falta gente.

—Sería mucho mejor contratar a una mujer sensata, de mediana edad, quiero decir, alguien un poco mayor que nosotras. Por supuesto, el trabajo y la paga serían los de una aprendiz, pero eso no le importará si lo que quiere es sumar a los ingresos del marido. Se ha demostrado sobradamente que las mujeres mayores son menos propensas a las lágrimas y la histeria. Podría enseñarte los diagramas de fiabilidad. No hay razones para pensar que no vayan a manejar los discos eficazmente y, si hubiesen de cogerle la mano al DPG cuando estuviera afligido, si llegara a pasar, como creo que pasará, es de suponer que tendrían mucha más práctica.

—Este, me parece, es un asunto delicado, por el que el DPG ha sido muy malinterpretado —replicó la señora Milne—. Al DPG le gusta charlar de los problemas cotidianos del departamento, y es una pena que mi horario de trabajo me impida escucharlo con la frecuencia que, en lo más íntimo de su corazón, le gustaría.

Las dos mujeres estaban simplemente animándose una a otra para disolver el Serrallo. La señora Milne se había permitido dar un paso más en la senda de aquella ilusión, y su amiga, veterana como ella, no la había disuadido. El subdirector (de Personal) había insistido en que un pequeño panel examinara a los candidatos al puesto de ayudante de Programas Grabados, para que no se repitieran equivocaciones anteriores. Las dos secretarías formarían parte de él, y la señora Milne pensó que, si estuvieran seguras de poder despachar

pronto el asunto, quizá podrían convencer al DPP para que asistiera también. Sabía que compartía con fervor los intereses del DPG, pese a su carácter avinagrado; bueno, quizá no fuese avinagrado, pero difícilmente podía calificarse de alentador. Sin embargo, personalmente creía que la principal función del DPP —aunque hiciera su trabajo muy bien, nadie lo negaba— consistía en animar al DPG y ayudarlo a superar esos momentos de depresión que nos llegan incluso a los mejores de nosotros.

La cuestión de la sustitución de Lise constituía una carga muy pesada para el DPG. Que Personal creyese que había sido una de sus típicas chicas de usar y tirar era una clásica injusticia. La había puesto en la Lista de Emergencia, y le había dicho a la señora Milne que era una persona bastante particular, que requería una consideración especial, pero lo había hecho sin demasiada energía, y, antes de que hubiera llegado a conocerla bien, había desaparecido.

—Podrías considerar, quizá, a alguien que se quedara más tiempo —dijo Jeff. El subdirector (de Personal) ya le había dicho, de antemano y en privado, que esta vez tendría que ayudar en la realización de la entrevista y asegurarse de que la elección fuera razonable, o no habría nada que hacer.

—Alegan que, en la situación actual, todas las chicas están en Defensa Costera —dijo Sam—, pero eso es absurdo. Veo chicas andando por todas partes.

—¿Quieres decir que has salido fuera?

Sam no respondió al comentario. Se sentía ofendido y perplejo.

—Jeff, quieren rodearme de viejas. ¿Sabes?, el rendimiento baja mucho en el turno de noche, justo cuando más falta hacen el optimismo y la firmeza y la rotundidad, y que todo nos parezca bien, y todas esas cosas.

—¿Se lo has dicho a la señora Milne?

—¿Qué tiene ella que ver con todo esto? Si no supiera que se marcha todos los días a las cinco y media, yo no podría con ello. Y ya sabes que siempre he tenido las mejores relaciones posibles con los miembros más jóvenes de mi departamento. Me considero moralmente responsable de ellos y puedo decir, con sinceridad, que conozco sus problemas tan bien como los míos.

Jeff pensó que aquello era mucho decir. Esperó en silencio.

—Y luego hay otra cosa. No estoy seguro de haber sido suficientemente

claro en lo relativo a mi mujer. La idea de dejar Londres fue suya, no mía. No quiero que pienses que ha hecho mutis por el foro solo porque nunca esté aquí. Me mandó una fotografía del tractor, una bastante buena. Está muy ocupada con el Comité de Guerra de Agricultura, que interfiere en todo, y luego, por la razón que sea, todos toman café en casa de los colegas, y también se ha metido en la Cruz Roja con amigas suyas, espléndidas mujeres, me dice. La verdad es que, en igualdad de condiciones, prefiere las mujeres a los hombres.

—Tú también, Sam—dijo Jeff.

Dispuso que la entrevista de selección se celebrara al cabo de quince días.

4

Era tranquilizador ver que las entrevistas y los preparativos de Navidad se llevaban a cabo, y que parecían lo que siempre habían parecido, mientras la Broadcasting House alcanzaba su estado final de Emergencia de Guerra. Las salas de defensa se aseguraban con puertas de hierro, vigilantes armados patrullaban el sótano inferior y las listas del Personal Indispensable, excepto la de Sam, estaban completas. Tras muchas consultas, Sam aún no había resuelto a quién podía pedirle que lo acompañase, acaso durante semanas, en las barricadas. Mientras tanto, se pedía a los departamentos que aportasen voluntarios para el Curso certificado de la Cruz Roja.

Alojamiento puso la sala de conciertos, que ya no se utilizaba, a disposición de la Cruz Roja. Las sillas con asientos de lona, que se habían colocado debajo de la plataforma, demasiado cerca unas de otras como para que resultaran cómodas, evocaban los embelesados fantasmas de los antiguos públicos invitados por la BBC. La iluminación, diseñada para las orquestas ahora varadas en Bristol, no era del todo adecuada para el conferenciante, un asediado doctor del cercano hospital de Middlesex que probablemente esperaba unos oyentes mucho más jóvenes. Algunos, era cierto, parecían niños, pero entre el público se contaban también algunos jefes de departamento y hasta un interventor adjunto con los brazos cruzados, poco acostumbrado a sentarse en una silla sin tener delante una mesa de conferencias. Todas las categorías estaban mezcladas para aprender los rudimentos de los primeros auxilios. La BBC había sido siempre proclive a estas repentinas y fascinantes manifestaciones del espíritu democrático, nacidas tanto de su moral como del talante teatral y veterano, que recordaban por igual a los de arriba y a los de abajo que compartían una misma vocación y, en aquel momento, un mismo peligro.

—En caso de emergencia —murmuró el conferencian-te—, un paraguas, un bastón o el palo de una escoba serán muy prácticos, y constituirán una férula excelente. —Leyendo sin reparo de un manual, prosiguió—: Cuando se ha producido una fractura, el objetivo es acercar cuanto sea posible los extremos del hueso roto a la misma posición en que se encontraban antes del accidente. A tal fin, alguien debe sujetar la parte más próxima al cuerpo, mientras otro tira suavemente de la más alejada. Hay que tener a la vista el miembro sano y utilizarlo como guía... Por el amor de Dios, señoras y señores, no se les ocurra hacer nada de esto. Dejen al paciente exactamente como está y, si tienen que moverlo, llévenlo enseguida a urgencias. Sin embargo, según tengo entendido, mi objetivo es garantizar que, dentro de seis semanas, sepan ustedes vendar y atender fracturas simples y compuestas, quemaduras de primer y segundo grado, lesiones, calambres, envenenamientos, intoxicaciones, mordeduras de serpiente... No tienen que apuntarlo todo: son solo los títulos de algunos capítulos...

En cuanto pudo hacerlo decorosamente, el doctor pasó a la práctica y les pidió que imaginasen la escena después de un ataque aéreo, pero que supusieran, por comodidad, que solo había habido huesos rotos. Obligaron al DPP, que estaba sentado en el extremo de una fila para poder estirar las piernas, a ir a la parte delantera para que hiciera de «incidente». Resignado y sin inmutarse, etiquetado de «heridas múltiples y fracturas compuestas», lo pusieron boca abajo en un carro de provisiones, uno de los muchos dispuestos en hilera. Mientras los demás incidentes se resolvían, él pasó el rato fumándose un puro, aunque es difícil cuando tienes los dos brazos inmovilizados.

—Quizá quiera que le copie mis apuntes a medida que avanzo, señor Haggard —dijo Willie Sharpe, inclinado sobre él y pinchándolo con un lápiz—. Probablemente se perderá muchos puntos importantes estando aquí. —Garabateaba con rapidez—. Lo tengo anotado como ambos fémures, ambas clavículas y la rótula derecha.

Jeff echó una leve bocanada de humo. El conferenciante lo miró con comprensible irritación. No se servía a la causa del realismo con una fractura múltiple fumándose un puro.

—Se ruega a los incidentes que no emitan señales ni faciliten información de ningún tipo a la clase.

Willie, sin embargo, había entendido que el DPP quería que le sacudieran la ceniza del puro. Lo hizo: no deseaba perder ninguna oportunidad. Acercó una silla, se sentó junto al carro y se inclinó hacia delante, en parte confiado, en parte suplicante.

—No debemos lamentar el tiempo dedicado a este curso de la Cruz Roja, señor Haggard. De hecho, y hablo por mí, estoy muy contento de lo que he aprendido, porque contribuye, a pequeña escala, a una de mis principales aspiraciones para toda la humanidad. Me refiero a la conservación de la salud, tanto del cuerpo como de la mente. La educación será algo muy distinto en el mundo del mañana. Empezará con el nacimiento, o incluso antes. No será el irrelevante objeto de un certificado escolar, ni el tedioso cálculo de hechos y números que hoy coarta a tantos espíritus apasionados y llenos de esperanza. Comenzará como comenzamos hoy, señor Haggard, usted y yo y todos los que están aquí esta tarde, con el conocimiento de nuestros cuerpos y de cómo podemos mantenerlos en condiciones de luchar (de luchar, huelga decirlo, por las cosas del espíritu). Sí, aprenderemos a leer nuestros cuerpos y mentes como un libro y sabremos cómo controlarlos mejor. Vamos, que los profesores sufrirán un *shock*. Pero no crea usted que lo que quiero decir es que los deseos físicos hayan de ser enteramente sojuzgados. Por el contrario, señor Haggard, les corresponde un papel destacado, si el individuo aspira a desarrollar todo su potencial. Adonde quiero llegar es a lo poco que las libras, los chelines y los peniques tienen que ver con esto. Sí, señor, al aire libre y a la luz del sol, con el compañero que uno haya elegido, el dinero apenas será necesario.

Fervoroso, lleno de entusiasmo, transportado a un futuro generoso, Willie se guardó la libreta y el lápiz, y pasó al carro siguiente. En cuanto pudo hacerlo decorosamente, el doctor se fue corriendo, dejando a dos enfermeras del hospital para que continuaran. En el descanso, se pidió a los incidentes y a los estudiantes que intercambiaran los papeles. Jeff quedó liberado, y Willie se convirtió en un caso de *shock*.

La semana siguiente se colgó un aviso en todos los tablones de anuncios, dirigido a los voluntarios del curso de la Cruz Roja. Las clases se habían fusionado con otros cursos locales, y se les rogaba que en adelante fueran al ayuntamiento de Marylebone. Resultaba que Alojamiento necesitaba la sala de conciertos como dormitorio. En caso de ataque, decía el aviso, el personal no

podría irse a casa, algo que los trabajadores por turnos encontraban ya difícil; y Alojamiento había advertido que muchos empleados no abandonaban nunca el edificio. A este respecto, había que subrayar que los baños nuevos del quinto piso estaban reservados para interventores adjuntos y categorías superiores. Pero, en el futuro, el Ente proporcionaría camas a quienes se las hubieran merecido, asignadas estrictamente por un sistema de tickets.

Llegaron montones de literas metálicas a la Broad-casting House. Apiladas a la entrada de la sala de conciertos, constituían un obstáculo a gran escala. Hasta los locutores de noticias, cuyos nombres y voces eran conocidos en toda la nación, se veían frenados camino de los estudios. Incluso John Haliburton, encargado de dar la noticia, llegado el caso, de que el enemigo había desembarcado, con una voz tan señaladamente ronca que, si los alemanes ocuparan la Broadcasting House e intentaran hacerse pasar por él, no engañarían ni por un momento a ningún oyente, incluso el querido Halibut había tropezado con una remesa de armazones metálicos y se había convertido en un incidente. Pero el trabajo prosiguió con la exaltada falta de remordimientos característica de quienes empiezan a mover muebles. Las literas se amontonaban en pilas inestables, y la plataforma, incluyendo el lugar semisagrado en el que había estado el piano de cola, se dividió en cubículos. Se vio a Eddie Waterlow, amante apasionado de la música, alejarse de aquel espectáculo con la cabeza entre las manos, en un gesto de dolor. A los operarios no les importó: creyeron que reconocía la importancia de su trabajo. Si la Broadcasting House hubiera sido construida como un barco, ahora tendría cabinas para una tripulación de cientos.

Por último, se tendió una cuerda de un extremo a otro de la gran sala, que la dividía en dos, y se colgaron de ella mantas grises de hospital, que hacían las veces de cortinas. A Barnett y a su gente no les pareció adecuada esta parte del trabajo.

—Las mujeres tendrán intimidad: es un aspecto importante. Pero no me gusta que el trabajo se deje así.

¿No conduciría aquel arreglo provisional a la confusión moral? Entre el personal temporal abundaban los jóvenes. Le preguntaron a Barnett si creía que habría líos.

—No, sin duda, mientras Inglaterra esté en peligro —replicó.

Todo el mundo fue a ver los preparativos.

—Tan cerca, pero tan lejos —dijo Teddy.

Al final de la semana, llegaron los tickets de los ayudantes de Programas Grabados, junto con sus hojas de control horario. A todos los alivió pensar que ya no tendrían que hacer cola para coger el autobús nocturno.

Cuando Vi llegó a casa aquella tarde, un hermano pequeño, que estaba tumbado boca arriba en el césped, donde las hileras de las coles se habían convertido en torpedos y él se había ahogado y flotaba, le dijo que la había llamado alguien. Al entrar en el salón, el teléfono volvió a sonar.

—Vi, soy Lise.

—¿Dónde estás? ¿Vas a volver al trabajo?

—Vi, quiero que me ayudes. No tengo adonde ir.

—¿Por qué no te vas a casa? Southampton es una zona de defensa, pero estará muy bien, si tus padres viven allí.

—No me entiendo con ellos. Ya no me siento su hija. No quiero oírlos hablar de Frédé. Cuando mi padre empieza con Frédé, me entran ganas de pegarle.

—Bueno, Lise, aquí estamos completos de momento. Lo siento. No sé si...

—Mira, no será mucho, solo una noche o dos. No tengo dinero, pero voy a conseguir trabajo, y entonces lo tendré. Escucha, Vi, ¿es verdad que tienen sitios para dormir en la Broadcasting House?

—¿Es que has vuelto?

—No. Lo he leído en el *Daily Mirror*.

—Bueno, a nosotros nos llega el *Mirror*, pero eso no lo he visto.

—El titular era: ESTA ES LA CABEZADA DE LAS NUEVE.

—No lo vi.

—Vi, por favor, consígueme un ticket. Conservo el pa-se, en Recepción me reconocerán y ni se les ocurrirá que me haya ido. Es solo para muy poco tiempo.

Vi se lo pensó. Había un ticket extra: se lo habían enviado por error a Della, y deberían habérselo devuelto inmediatamente a la señora Milne. Por supuesto, si descubrían a Lise, resultaría muy extraño, pero no parecía probable. Pensarían que había estado fuera, en alguna región, o en un curso de formación, que Dios sabía que buena falta le hacía.

—Te puedo conseguir un ticket, Lise, pero ¿adónde lo mando?

—Déjalo en Recepción en un sobre a mi nombre. Yo lo recogeré. Y no tendrás nada más que ver con esto, ni habrás de verme o hablar conmigo.

Aunque el patetismo de este último comentario le pareció irritante, Vi no estaba contenta consigo misma. Lo que le había contado a Lise no era verdad. La casa, de acuerdo con los estándares de su familia, no estaba llena: en su habitación quedaba una cama libre. Pero recordó las últimas seis semanas, y vio a Lise en un estado de dolorosa confusión, sin apenas escuchar las explicaciones que se le daban sobre sus cometidos, y romper después en llanto cuando lo único que había hecho el DPG había sido hablarle —y, después de todo, nadie en la Broadcasting House trabajaba más duro que él—; también se acordó de lo desagradables que habían sido el asunto de Frédé y la deprimente presencia de Lise en casa: «la Sombría Lizzie» la habían llamado los pequeños, a los que habían hecho callar con amenazas; hasta su madre tenía un par de cosas que decir en cuanto se marchó sin dar explicaciones. A Vi le bastó ver a su madre de espaldas, cuando se puso a hacer la colada, para saber que se sentía ofendida. Aquello era justificación suficiente para no readmitir a Lise. Y, además, esperaba que Chris volviera de permiso, casi seguro esta vez.

—Espero que siga manteniendo firme su amor por ti —dijo lúgubrementes Teddy, un observador experto, siempre en el lado equivocado de la ventana. A veces iba al servicio de mecanografía de la Broadcasting House para ver si alguna de las chicas quería salir con él, al cine, por ejemplo, o a tomar una taza de té en el Lyons. Las cabezas, rubias y morenas, se levantaban, expectantes, cuando entraba, pero a continuación, aunque no era mal parecido, volvían a abismarse en su trabajo. Teddy tampoco era muy popular entre las veteranas que supervisaban el servicio.

El departamento iba a contratar a una chica nueva como sustituta, pero ¿de qué serviría? Había leído un artículo en una revista, o en algún sitio, escrito por un psicólogo, que explicaba bien a las claras que, por la Ley Natural de la Compensación, el destino de las chicas en tiempos de guerra, si no estaban ya comprometidas, era enamorarse de hombres mayores.

Pese a lo cual, se permitió un moderado interés por la que iba a llegar. En la pausa del té, fue a acechar al segundo piso. El pasillo, como todos, describía una curva misteriosa, siguiendo la disposición de las paredes exteriores, y desaparecía; propiciaba, así, encuentros imprevistos, como los que se producen en los barcos, y hasta choques, cuando se abría una puerta. El

grueso de Administración estaba allí y, por lo general, uno se podía enterar de lo que estaba pasando. Mientras los teletipos del sótano punteaban las noticias del mundo del exterior, y la radio las captaba del aire, el segundo piso producía el cálido rumor interior de la Broadcasting House. Por una de las empleadas del archivo, una chica muy poco atractiva, lamentablemente, Teddy se enteró de que estaban sopesando una solicitud para ayudante de Programas Grabados que había llegado de Birmingham.

5

Annie Asra era la clase de chica a la que la gente daba trabajo, aunque no tuviera previsto hacerlo. Su nombre sonaba extranjero, pero no lo era. Venía de Birmingham.

Annie era una criaturita encantadora, de pelo rizado, que nunca se quejaba. A los diecisiete no se habría quejado jamás de su infancia, cuyos años más importantes había pasado de un lado para otro, trotando detrás de su padre, que era afinador de pianos. En la ciudad de los mil negocios, había asistido a su propio declive, pero aún tenía suficiente trabajo para seguir adelante. Era viudo, y en las demás casas del distrito pensaban que no conseguiría apañárselas, pero lo hizo.

Era una vida extraña para una niña. El invierno era la culminación de la temporada de afinación de pianos, y desde muy pequeña Annie se había acostumbrado a las temperaturas extremas. Los pianos que se consideraban lo bastante buenos como para ser afinados se encontraban en salones poco frecuentados y en habitaciones parroquiales heladas, a veces en la propia iglesia, donde entre semana una Vesubio diminuta, cuyo tubo ascendía hasta la bóveda de la nave, luchaba contra la escarcha. Ella no tenía por qué ir —los vecinos la habrían cuidado—, pero aquello no iba con ella. Conocía a los clientes habituales, sabía con quién tenía que hablar su padre y dónde colgar el abrigo. Allí estaban los pianos, expectantes, algunos con los dientes amarillos por la edad, indefensos una vez desatornillada la tapa, a la espera del arte del sanador. Había dos Bechstein en su ronda: uno era de un médico, y el otro, de un vendedor de materiales de construcción, pero el señor Asra no los prefería a los demás. A cada uno, según sus necesidades.

A menudo, la afinación propiamente dicha tardaba mucho en empezar. Primero tenía que poner los achacosos pianos en buenas condiciones: había

que calzar las grietas y suavizar los chirriantes pedales con vaselina. Annie estaba autorizada a pulsar las teclas, una tras otra, para comprobar si se quedaban atascadas. En ese caso, había que limar la madera con delicadeza. A veces, era menester aflojar los fieltros, o incluso quitarlos, para humedecerlos y plancharlos a continuación en la cocina o en la sacristía de la iglesia. Bajo la plancha, olían a oveja mojada, y, alineados en la tabla, parecían ovejas rojas o verdes. Luego había que volverlos a pegar a los martillos. El señor Asra nunca hacía nada ni de prisa ni de despacio.

Cuando por fin sacaba la llave y las cuñas, listo ya para afinar, su hija se quedaba muy quieta, como un perrillo al acecho. Mientras ponía los cojinetes en las dos octavas centrales, ella esperaba tranquila, aunque impaciente. Lo miraba ajustar los tres dos, tensando las cuerdas un poco más de lo necesario para ir las destensando después, hasta que un golpe de tecla indicaba el punto óptimo de estiramiento; lo miraba ponerse de puntillas, inclinarse, dar golpecitos, hacer revolotear la llave alrededor de las clavijas, trabajar con los soles, los res y los las, hasta llegar al mi central. Cuando el mi ya estaba ajustado, Annie abandonaba el lugar donde la había dejado su padre, el más caldeado, cerca de la estufa, y se pegaba a su codo, ansiosa por que tocara el primer acorde de prueba. Era una emoción recurrente en su vida, como abrir un huevo pasado por agua, cuya gracia no era la imprevisibilidad, sino la confianza. Y el señor Asra tocaba el acorde de do.

—Pero eso es un mi muy alto, papá —decía ella.

No obstante, eso estaba bien: siempre lo decía. Para complacerla, su padre bajaba un poco el mi y tocaba el acorde perfecto. Luego se volvía a mirarla, él, un hombre anodino, en mangas de camisa, con chaleco, capaz de compartir con ella la satisfacción del acorde de do mayor. Pero ella sabía que no podía dejarlo así. El mi tenía que ser un poco más alto, todas las terceras, un poco más altas, y todas las quintas, un poco más bajas, si querían que el piano sonara como debía. En aquel punto, él le daba un caramelo con sabor a frutas que sacaba de una bolsa de papel que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Cuando llegaba a los agudos, el señor Asra solo trabajaba de oído. Los agudos implicaban, para Annie, adentrarse en una región de plata o estaño, que el viento se colara por el ojo de la cerradura, andar con cautela por el hielo, un ascenso gradual a las últimas notas del teclado. Con los bajos se encontraba más cómoda. Se corría el peligro de que una cuerda se rompiera,

no pudiera ser reemplazada y hubiese que empalmarla, pero la afinación en sí era más fácil: las cuerdas se deslizaban expeditas, sin resistencia, por los puentes, y su templado gruñido la conducía a una región de oscuros animales con pelo y coronados de oro, que ofrecían su benévola protección a los viajeros soñolientos. De hecho, cuando era muy niña, Annie se quedaba muchas veces dormida con los bajos, aunque eran los que más le gustaban. El torrente de escalas cromáticas que constituía la prueba final, y que los propietarios creían que obedecía a que el afinador (que probablemente había querido ser, en algún momento de su vida, concertista) por fin se dejaba ir, no les interesaba mucho a ninguno de los dos.

A menudo, cuando su padre recogía las cosas y las metía en la bolsa de piel, con los bordes desgastados por el uso, les traían una taza de té, con dos terrones en el platito. El propietario venía, dubitativo, de otra habitación y miraba el piano, con todo atornillado y en perfectas condiciones, como si fuera un pariente necesitado de cuidados que acabara de llegar del hospital.

—La reina de la casa —lo llamaba el señor Asra, cuando un comentario así le parecía necesario.

A veces observaban un temblor de angustia, que Annie sentía hondamente.

—Si va a dar lecciones de canto, señora, debería afinarlo a tono de concierto. Yo podría arreglarlo, pero quizá habría que cambiar algunas cuerdas. —Y entonces la señora empalidecía y se encogía: la angustia se sumaba a la vergüenza de pagarle la cantidad justa de dinero.

Annie se volvió independiente, una muchacha seria y tranquila que creía en la vida y en el tiempo por venir, en el que decidiría qué era lo más importante para ella. Fue al colegio con el pelo moreno y rizado recogido en decentes trenzas. Su tía, la hermana mayor de su difunta madre, que vivía en la puerta de al lado, iba cada mañana a su casa a hacérselas. Al final de su primera mañana en Church School, cuando la maestra les dijo que salieran a jugar en el segundo descanso, empezó a levantarse, pero volvió a sentarse de golpe, sintiendo que una fuerza cruel le tiraba dolorosamente del pelo. Dick Dobbs, el chico que se sentaba detrás de ella, le había atado las trenzas al respaldo de la silla, quizá con la cinta nueva de su tía, quizá con cuerdas. Se quedó allí, perfectamente inmóvil, hasta que la maestra, que había salido a patrullar el patio, regresó y la encontró sentada, seria y erguida, como un idolillo.

—¿Por qué no me lo has dicho al terminar la clase? —le preguntó,

aliviada de que no llorase.

—No quería darle esa satisfacción.

Al final del trimestre de Navidad se puso un buzón en una esquina de la clase: era una papelerera cubierta de papel crepé rojo; las asas a cada lado estropeaban, hasta cierto punto, la ilusión, pero la maestra puso un petirrojo de cartulina en cada una. Por el buzón los niños se mandaban tarjetas, que compraban en Woolworths, escribían con esmero la noche anterior y llevaban al colegio, en su estuche, a la mañana siguiente, en un ambiente de celoso secreto. Algunos recibían pocas tarjetas, o ninguna. La maestra no podía hacer nada al respecto: la caja se abría a media mañana y le era imposible acceder a ella con tiempo para restablecer el equilibrio. Annie, sin embargo, recibió muchas. Con ocho años, le llegó una gran escena de nieve, cubierta de purpurina, muy bonita, y de las caras. El resto de la clase se le agolpó alrededor para admirarla, hasta que ella la guardó despacio en su cartera.

—La metí yo en el buzón para ti —dijo Dick Dobbs.

—Es bonita.

Las maestras le preguntaron por qué, siendo Navidad, no podía decir algo más afectuoso.

—Es un repugnante diablo —replicó Annie con calma. Aceptaba que las personas no pudieran ser más que como eran, buenas, malas o regulares, pero deberían permitirle tomarlas o dejarlas.

Siguió viendo a Dick, porque, aunque no llegó al instituto, como ella y sus amigos, cantaba en el coro de la misma iglesia, en Saint Martin. Con doce años y medio, la acorraló detrás del cobertizo para bicicletas de la vicaría, la sujetó con fuerza y la empujó contra la pared.

—Supongo que piensas que hacer esto está mal —le dijo, desabrochándole el abrigo.

—No creo que esté mal —contestó Annie—. Yo lo haría, si me gustara.

Él se quedó desconcertado, vaciló y soltó a la presa. Annie se marchó, pero sin correr: se paró, incluso, para abrocharse los seis botones del abrigo. Había uno o dos chicos en el instituto que le gustaban, pero Dick no. Fingir no le haría ningún favor a Dick. Por suerte, le estaba cambiando la voz.

A Annie le iba bien en el instituto, y le habría gustado complacer al profesor de Música, que quería que empezase piano, pero, por razones que no tenía claras y que, por lo tanto, la irritaban, no tenía interés en aprender. Su

padre podría haberle conseguido el dinero, pero nunca la obligó a hacer nada que no quisiera hacer.

Cuando estaba a punto de cumplir dieciséis, el señor Asra cayó enfermo. Le pidió a Annie que hiciera la ronda de los clientes y les dijera que, desgraciadamente, no podría ir. Al hacer sonar la campanilla, a la que no llegaba de niña, y ver por las ventanas del salón los pianos conocidos y, encima, las fotos enmarcadas en plata que se retiraban cuando llegaba el afinador, tuvo la certeza de que su padre se iba a morir. El doctor no sabía lo que pasaba, lo cual no sorprendió a sus vecinos, plenamente conscientes de que los médicos no lo sabían todo. No hubo que mandar al señor Asra al hospital para morir. Annie se las arregló muy bien, durmiendo sobre dos sillas en el pasillo delante de su habitación. El señor Asra estaba con ellos una noche y a la mañana siguiente, cuando Annie se levantó para darle la medicina que había dejado la enfermera del distrito, ya se había ido.

Su tía, que vivía en la casa de al lado, le pidió que, por el momento, se fuera con ella: nadie la criticaría por hacerlo. Pero tampoco les sorprendió que, pese a la emergencia, Annie se marchara a Londres a probar fortuna. Aquello fue el 8 de julio, el día en que se anunció el racionamiento del té, dos onzas por persona y semana.

Annie dejó el equipaje y el paraguas en Paddington y cogió el metro, tras lo cual esperaba no tener que volver a hacerlo nunca más. Las ventanillas, siguiendo las normas, estaban pintadas de negro, menos un cuadradito por el que mirar y ver el nombre de las estaciones. Aquello probablemente significaba que el metro salía a la superficie en algún momento, pero no lo hizo antes de que ella se bajara en Oxford Circus.

Los transeúntes se apresuraron a indicarle que la Broadcasting House no tenía pérdida, porque parecía un barco con las ventanas equivocadas. Zigzagueó entre los sacos terreros que enmascaraban la entrada y se dio cuenta, por cómo la había mirado el centinela, de que había hecho bien poniéndose la blusa blanca y la falda azul marino.

El vestíbulo de Broadcasting House no la deslumbró. Le recordaba al hotel Midland, adonde habían llamado una o dos veces a su padre, cuando un amigo suyo se había puesto enfermo, para que afinara el piano de cola. En su grandiosidad y elevación había reconocido la necesidad de impresionar. La

gente tenía que saber que había llegado a un sitio importante. También recordaba que no les gustaba demasiado que una niña correteara por el hotel, así que la mandaron arriba, a leer tebeos en una salita, muy parecida a la habitación en la que ahora le iban a hacer la entrevista.

Había dos mujeres de mediana edad, que se identificaron como la señora Milne y la señora Staples, de Personal. Eran las responsables. No obstante, sintió que necesitaban la aprobación del hombre sentado a cierta distancia de ellas, en una esquina de la mesa, que no se parecía a nadie que Annie hubiera conocido. Era, al mismo tiempo, pálido y oscuro, y tenía el tipo de cara que antes se decía que habría hecho fortuna en las variedades; y quizá la tuviera, sí. En aquel momento, se había reclinado en la silla y miraba al techo, lo que llevó a Annie a preguntarse por qué había ido a la entrevista. Debe de ser una ventaja ser así, pensó, y no preocuparse.

—No tiene por qué gustarle la música —explicó la señora Milne—, ni tener ningún tipo de conocimiento técnico; basta con que sea escrupulosa en seguir las instrucciones, puntual y formal. Tenemos las referencias de su vicario y la directora de su colegio... Además, ha tenido un trabajo los sábados, ¿verdad?

—En Anstruthers —dijo Annie—. Estuve en dulces a granel para empezar, pero luego me pasaron a calcetería. Nos dieron instrucciones de que dejáramos a las personas mayores coger dulces si les apetecía —añadió.

—Su carta también era satisfactoria —murmuró la señora Staples.

—El trabajo consiste fundamentalmente en buscar grabaciones y hacer que estén disponibles en el momento oportuno y para los programas oportunos.

—Un trabajo de servicio puro y duro —dijo la señora Staples.

A la señora Milne le cambió un poco el color.

—Servicio, sí, pero de muy importante naturaleza. El departamento es absolutamente indispensable para el Ente en su conjunto. A propósito, su director sería, en caso de que fuera usted seleccionada para el puesto, el señor Seymour Brooks. Pero trabajaría usted por turnos (y tiene que tenerlo en cuenta, por cierto, cuando busque alojamiento) y es poco probable que tenga mucho contacto directo con el señor Brooks.

A Annie no se le escapó el cambio del condicional hipotético al presente, y se dio cuenta, compasiva, de que la señora Milne parecía agotada. Probablemente llevaba horas haciendo entrevistas, y muy pocas habían sido

prometedoras.

Mientras tanto, el hombre estiró las piernas y cambio de posición en la silla, como si estuviera pensando en irse, provocando así un movimiento igual, pero contrario, en las dos mujeres. Entonces dijo, con voz apenas audible:

—Me llamo Jeffrey Haggard. No tengo nada que ver, en realidad, con su contratación: soy el director de Planificación de Programas... ¿Es usted de Birmingham, señorita Asra? —Todos se lo habían preguntado. Les parecía sorprendente que hubiera venido a Londres. ¿Dónde creían que estaba Birmingham?—. He pasado por allí muchas veces, pero nunca me he parado. Dígame, solo por interés geográfico, ¿diría que Birmingham está al norte o al sur?

Sonrió y, por primera vez desde que había rebasado al soldado de la puerta, Annie también.

—Ni al norte ni al sur.

—Supongo, entonces, que solo hay, quizá, una forma de saberlo. ¿Hay carniceros de cerdo, además de los carniceros normales?

—Por supuesto que los hay, señor Haggard.

—Entonces tiene que estar al norte.

Annie se equivocaba al pensar que había habido pocos candidatos prometedores entre los solicitantes. No había habido ninguno. Sin embargo, había acertado al observar, como había observado, que a sus entrevistadores no les rondaba lo mismo por la mente. La señora Milne pensaba en el DPG; la señora Staples, en el subdirector (de Personal), y Jeff quería irse.

—Me parece que podemos contratarla ya —dijo la señora Milne, irguiéndose, cuando se quedó sola con su amiga—. Por supuesto, el consejo tendrá que aprobarlo, pero no veo...

Con eso quería decir que la BBC tendría que cerciorarse de que Annie no había pertenecido nunca al Partido Comunista. Pero, a la vista de la falta de personal en Programas Grabados, consideraron más seguro facilitarle un pase temporal y que se presentara el lunes a trabajar.

El siguiente problema, naturalmente, residía en dónde iba a vivir la chica. No era prudente dejarlo al azar, porque podía volverse a Birmingham. La señora Milne sabía de algunos hostales, pero Vi, con Lise aún en la conciencia, acompañó a Annie a Paddington para recoger su equipaje y se la

llevó a Hammersmith aquella misma noche. La señora Simmons, que era lo suficientemente generosa como para no aprender nada de la experiencia, acogió, cordial, a la nueva huésped. Estaba embotellando ciruelas, y no recordaba un año de ciruelas como aquel. Hitler había anunciado que Gran Bretaña capitularía en agosto, añadió la señora Simmons, o quizá lo había dicho hacía ya algún tiempo, pero ella lo acababa de leer en un *Mirror* viejo que había utilizado para poner los tarros.

—¿Has compartido habitación alguna vez? —preguntó Vi, subiendo con Annie al piso de arriba.

—En realidad, no, porque no tengo hermanos.

—¿Te molestan los niños?

Annie negó con la cabeza.

—Mis hermanos pequeños no piden mucho —siguió Vi—. Déjate caer cuando te ametrallen, y solo hasta la mitad, si estamos a la mesa.

—Podré hacerlo.

—Bien, voy a enseñarte dónde dejar las cosas. Tendrás que arreglártelas con medio armario, porque tenemos las cosas de invierno ahí, y con esos dos cajones y medio de allí. ¿Te irá bien?

Después de todo, Annie no había traído mucho consigo.

—Lo que mi madre quería decir, cuando ha empezado con Hitler, los tarros y todo eso, era que, si va a haber problemas, es mejor que estés en una casa como esta, donde somos muchos. —Se sentó en su cama—. ¿Quieres utilizar el teléfono? ¿Estarán preocupados en tu casa?

—Les escribiré una carta —dijo Annie con frialdad—. No creo que mi tía esté en su casa. Me parece que va a alquilarla.

Vi percibió que habían llegado al final de aquel tema.

6

El DPG había encontrado un problema en el diseño de un equipo de grabación ligero dotado de una pantalla adecuada —eso era todo lo que pedía, lo sabía Dios: que fuera, simplemente, adecuada—. En aquel momento no prestaba atención a nada más, y solo los técnicos tenían acceso a él.

—Tendrás que esperar a que te convoque —dijo Teddy, apoyándose en el respaldo del asiento, cansado del mundo, y repasando a Annie—. Es lo que cabe esperar en un Serrallo.

Annie estaba enfadada consigo misma por no saber lo que aquella palabra significaba. Pensaba que era alguna clase de ópera.

El primer trabajo que le encargaron a ella sola fue verificar la serie completa de los discursos de De Gaulle, marcarlos y llevarlos al estudio para el ensayo del drama radiofónico *Francia sigue luchando*, de Eddie Waterlow. La emisión había sido programada hacía algún tiempo, y había cambiado de título varias veces con el avance alemán. El director (de Nacional) pensaba que, como el reparto estaba contratado y ya se habían gastado bastante dinero, sería mejor que lo grabaran todo antes de que pasara algo que obligase a hacer nuevos cambios. Annie estaba asustada al cruzar por primera vez la puerta cargada de discos, porque allí no había nadie, excepto el señor Waterlow, que bailaba en silencio por el escaso espacio del estudio de control. Le habían dicho que había veteranos en la Broadcasting House, pero no que hubiera veteranos chiflados. Lo que estaba bailando era un vals pausado. Se detuvo y la miró inquisitivamente.

—Has venido temprano.

—Quería estar segura de que todo estuviese a punto, señor Waterlow.

Le preguntó cómo se llamaba y luego señaló:

—No creo haberte visto antes. ¿Eres mi ayudante de Programas Grabados esta noche?

—Sí, señor Waterlow.

—¿Cuándo has entrado en el Ente?

—El lunes pasado, señor Waterlow.

—Pareces perdida.

—Bueno, señor Waterlow, es mi primer día de trabajo.

Se quedó mirándola.

—No sé si estás de guasa dirigiéndote a mí de una manera tan formal.

—Arriba me han dicho que se llama usted así.

—Y así es. No tengo ninguna intención de preguntarte qué más te han dicho. Quizá yo sea demasiado sensible. Me imaginaba que, después de unos días, ya te habrías unido a la conspiración contra mí.

Dejó de bailar, pero siguió dando unos pasos adelante y otros atrás.

—No me sorprende nada que me hayan asignado a la ayudante de Programas Grabados con menos experiencia del edificio. Si el Ente ha tenido mis aptitudes en alta estima alguna vez, ya ha dejado de hacerlo. No obstante, se me ha encomendado un programa no exento de importancia, un tributo al país sin el cual Europa no podría tenerse por civilizada. Pero quizá se hayan excedido en la petición. En algún punto del camino, he perdido lo más necesario para preservar el fulgor y la ilusión no solo del teatro (hasta en tiempos de guerra lo antepongo a lo demás), sino de la vida. Me refiero a la confianza. La mía ha desaparecido. Y, por tu expresión actual, tú tampoco tienes ninguna.

—Tengo mucha confianza, señor Waterlow... —dijo Annie—. Pero es que usted habla tan raro...

Puso los discos con cuidado en el estante del realizador. No podía evitar que le cayera bien. Agotado por su diatriba, él la miraba con ojos soñadores.

—Debes de venir de Birmingham... ¿Qué te ha traído a la Broadcasting House?

—Quería aportar mi granito de arena.

—¡Ah, tú puedes quedarte ahí y decir eso! Yo no sería capaz de hacerlo sin sentir una enorme vergüenza. ¡Enorme! Te envidio.

Un técnico junior de programación asomó la cabeza por la puerta, vio a Annie y silbó.

—¿Tienes el orden de paso, tesoro?

—Sí: anuncio; narrador, un minuto doce; fundido encadenado de *La Marsellesa*, treinta segundos; fundido...

—Sí, eso es lo que había venido a decirte, Eddie —dijo el técnico junior de programación, despreocupado—. Asuntos Europeos quería que te lo recordara. No puedes fundir *La Marsellesa*, mientras dure, para no ofender a nuestros aliados.

El señor Waterlow se hundió en una pintoresca desesperación.

—Mis tiempos...

—Sí, los dos minutos enteros. Todo o nada. Tendrás que sustituirlos.

—No tienen corazón, son críos sin corazón.

—No se rinda, señor Waterlow —exclamó Annie—. No tardaré ni un minuto en subir al Archivo y conseguir un anuncio. Me dijeron dónde estaba cuando me enseñaron el edificio.

—Una chispa...

—¿Pero qué le gustaría que trajera?

—Cualquier cosa... —Su voz se fortaleció un poco—. Cualquier cosa menos los ciclos de canciones de Hugo Wolf. El Archivo parece tener una cantidad ilimitada de ellos, igual que el comedor nunca se queda sin galletas digestivas... Querida, consígueme algo que no sea de Hugo Wolf... Por lo menos, que sea francés.

Cuando Annie volvió con un anuncio de *Ma Normandie*, que le habían dicho que podía fundirse en cualquier punto, la situación en el estudio había cambiado. El técnico junior de programación se había ido, pero había llegado otra persona, un viejecito, que no parecía encontrarse bien, pero cuyo aspecto dejaba claro que no estaba dispuesto a irse, y que se había vestido para la ocasión. Llevaba un traje azul, un chaleco amarillo a cuadros y los pantalones planchados como cuchillas.

—¿Quién es usted? ¿Quién? ¿Quién? —gritó Eddie Waterlow.

—El agente me dijo que viniera.

—¿Por qué? ¿Por iniciativa de quién? ¿Le han dicho que,

independientemente de los ensayos que haya programados y de las confirmaciones que haya enviado Reservas, todo el mundo es bienvenido en las producciones de Eddie Waterlow?

—La carta me la ha enviado Reservas —dijo el viejo—. Voy a sentarme, con su permiso.

Se sentó con dificultad.

—Me queda ya poca flexibilidad. Podría decirse que tengo una pierna y un suplente. Hoy en día ya no bailo mucho.

Annie se preguntó si no debería llevarle algo. Tenía mal aspecto; de hecho, los dos lo tenían.

—Tengo aquí la lista con el reparto —dijo Eddie, intentando mantener la autoridad—. ¿Cómo se llama?

—Fred Shotto.

—Sí, está en la lista, sin duda, pero ha de haber algún error. Según *Spotlight* tiene veintinueve años, Shakespeare y comedia clásica, especializado en acento francés.

—Será mi hijo —dijo el viejo—. Ahora está en el ejército. Es Fred Shotto junior. Yo soy el palo del que salió la astilla que es él.

Animado por el silencio de Eddie, continuó:

—La reserva se hizo a mi nombre, de acuerdo. No puede discutirlo, es legal. Pero lo haré bien, una vez recupere la confianza.

Sacó un rollo de partituras.

—He traído mi propio material.

Eddie se había tapado la cara con la mano izquierda, mientras la derecha colgaba, inerte. Annie, sintiendo que alguien tenía que hacerlo, cogió la música, de la que cayeron otros trozos de papel escritos al suelo.

—*Ese es mi material. Lo otro es mi número de apertura.*

—¡Annie! ¿Qué me ha traído?

Annie hizo por suavizar las cosas.

—Es *I've Got The You Don't Know The Half Of It, Dearie Blues*, señor Waterlow.

El técnico junior de programación irrumpió de nuevo, esta vez parpadeando abiertamente.

—¿Cómo va, preciosa? Grabamos en diez minutos.

Annie se dirigió a la puerta.

—El señor Waterlow parece tener problemas. ¿Crees que está bien?

—Vive en la esperanza.

Pero *Francia sigue luchando* fue cancelado y devuelto a las estanterías para dejar sitio a las crecientes instrucciones de defensa. Quizá, a decir verdad, nunca había estado programado. Solo el DPP estaba en condiciones de dar una respuesta.

Eddie Waterlow tuvo considerables dificultades para librarse de Fred Shotto. El viejo, que había empezado como bailarín de zuecos a los cuatro años, había aprendido a ser persistente en una escuela mucho más dura, como hizo notar, que la guerra de Hitler, y, además de eso, estaba convencido de que, al conseguir trabajo, le guardaba el sitio caliente a su hijo. Mucho después de que se hubiera despedido al reparto, él se aferraba aún a la silla, y Eddie se vio obligado, finalmente, a hacer una grabación de *I've Got The You Don't Know The Half Of It, Dearie Blues*, a toda velocidad, temblorosa, que podría haberse convertido en una pieza de coleccionista si no hubiera sido catalogada enseguida como desecho. Despachado por fin, se le ofreció una copita de despedida. Fred se puso entonces cariñoso a la antigua usanza del teatro, empezó a contarle a quienquiera que se le pusiera a tiro que el señor Waterlow lo había hecho un hombre feliz, y a todos aconsejaba que confiaran en Jesús hasta que los nubarrones se disipasen. Resultaba que Fred había pasado algunos años duros, también, como predicador evangelista.

Después de perder el programa, Eddie vagó por el edificio y echó una mano aquí y otra allá, pensionista del arte al que la Broadcasting House, por muy en guerra que estuvieran, no tenía corazón de desalentar. Le dijeron que *Francia sigue luchando* «podía haber comportado falsedad»: la BBC seguía fiel a la verdad, aun cuando la estiraran un poco para no herir los sentimientos de sus empleados.

Como institución incapaz de mentir, era única en la invención de dioses y hombres desde el oráculo de Delfos. Como gestores, no eran más que pasables, pero ahora, al acercarse el otoño, y con los exiliados amontonándose en las nuevas secciones, transmitían en el sentido estricto del término, difundiendo voces humanas en las tinieblas de Europa, seguros de que más de la mitad habían de perderse, algunas comidas por los pájaros, otras en

pedregales y entre espinos, para que solo unas pocas dejaran huella. Y todos los que trabajaban allí, que se quejaban amargamente de la cortedad de miras de sus colegas, de la vanidad de los locutores de noticias, de la inaccesibilidad de los interventores y de la restrictiva naturaleza de la única cucharita de té del comedor, sentían cierto orgullo, que no tenían manera de expresar entonces, ni tendrían después.

7

Sam Brooks le preguntó a la señora Milne si se había dado cuenta de que había una nueva ayudante de Programas Grabados.

—Quizá deberíamos tener controladas estas cosas... —dijo.

—La entrevistamos yo misma y una representante de Personal —replicó la señora Milne—. El DPP también estuvo presente.

—¿Para qué diablos?

—Se llama Annie Asra, aunque supongo que es Anne. La he registrado como Anne.

—No acabo de entender por qué no se me consultó. Pero tengo que hablar con ella cuanto antes.

Annie se encontró enseguida a gusto con los Simmons. No dio ningún motivo de enfado, sino más bien de seriedad y de paz. VÍ quería a su madre, pero se le parecía demasiado como para no perder la paciencia con ella a los quince minutos. Echaba una mano siempre que estaba en casa, pero a su manera. Para Annie, a la que había criado su padre viudo, y que había alcanzado el excelente estado de salud del que disfrutaba entonces a base exclusivamente de *fish and chips* y comida enlatada, suponía un placer ayudar a la señora Simmons en el jardín y en la cocina. Era antipatriótico no separar la basura en comida para los cerdos, comida para las gallinas, papel de aluminio (que servía, al parecer, para la construcción de barcos de guerra), papel, cartón y trapos. Al mismo tiempo, la señora Simmons trabajaba hasta tarde en la tienda, cortando los cupones de las cartillas de racionamiento de los clientes. La nación se defendía contando grandes cantidades de cosas pequeñas y metiéndolas en distintos contenedores. Y, además de eso, había

algunas tareas que se hacían siempre en cada estación, partes que, al final, parecían mayores que el todo. Annie se sentaba en los escalones de la puerta de atrás y pelaba guisantes con la señora Simmons. Nunca lo había hecho antes.

—Acabas de llegar, y ya eres la única en esta casa que los pela como hay que hacerlo —dijo la señora Simmons—. Los demás cogen las que tienen los guisantes más gordos y luego se van y me dejan a mí los malos.

Las vainas eran casi otoñales: tenían franjas pálidas. Los guisantes tardíos, duros, daban un golpecito al caer en el colador, pero luego, cuando ya cubrían el fondo, el sonido se convertía en un susurro.

—Me sigue pareciendo un nombre poco corriente, Asra —continuó la señora Simmons—. Vi me pidió que no te lo preguntara, pero, si hiciera siempre lo que me pide, nunca haría nada. ¿Es judío, español o qué?

—No creo que sea ni lo uno ni lo otro —replicó Annie—, pero no me importa que me lo pregunte.

—Bueno, supongo que en una gran ciudad industrial hay toda clase de nombres. Quizá venga de la Biblia.

—El último director de mi escuela me dijo que se trataba del nombre de una tribu —dijo Annie—. Me pareció que eso era ir demasiado lejos.

—Bueno, algún día te lo cambiarás. Si eres chica, siempre es una posibilidad.

Vi le había pedido que tampoco dijera aquellas cosas. Siguieron allí sentadas, tranquilas. El jardín de julio ocupaba enteramente sus pensamientos. Después de los guisantes, algo tendrían que hacer con las judías verdes.

—Mira, hay siete guisantes en esta —dijo Annie.

Se sintieron incomprensiblemente felices. No era más larga que las demás vainas, pero en ninguna habían encontrado hasta entonces más de cinco.

Vi había vuelto a casa. Parecía agotada.

—Estarán muy duros, incluso después de cocinarlos —dijo, sin aspereza, mirando el montón de un verde blanquecino.

—Son los últimos que haremos este año.

Annie se levantó, se sacudió los trocitos de hojas y zarcillos de la falda en el cubo para los cerdos, y llevó el colador a la cocina.

—Querrá hacer algo más entretenido que sentarse aquí y ayudarme —dijo

la señora Simmons, que se sentía siempre extrañamente impelida a hablar de quien se hubiera acabado de ir—. Podrías llevarla al Palais alguna noche, cuando salgáis juntas del trabajo. La dirección ha comprado más de mil pares de zapatos, ¿sabes?, para que los militares puedan cambiarse las botas.

—Bueno, me lo pensaré cuando Chris vuelva... Pero Annie está bien, mamá. Solo lleva una semana en la Broadcasting House y ya hay un montón de chicos a los que les gustaría salir con ella. A Teddy, sin ir más lejos.

—¿No es ese que me dijo aquellas cosas tan interesantes sobre el mundo del futuro?

La señora Simmons no sabía por qué, pero, cuando Vi estaba en casa y ella quería demostrarle su inteligencia y su memoria, ambas la abandonaban de golpe. Por supuesto, había confundido a Teddy con Willie Sharpe, que le pareció tan joven, cuando fue a tomar el té, que pensó que debería estar fuera, jugando entre las coles. Pero no había necesidad de que su hija la corrigiera. Solo necesitaba un poco de tiempo para pensar.

En su segundo lunes, al pasar por delante del despacho del DPG, de camino a Catalogación, la puerta se abrió y él la miró y gritó:

—¡Entra!

Ella ya lo conocía de vista, pero no tenía demasiados jefes con quienes compararlo, excepto el jefe de compras de Anstruthers, y no era de mucha ayuda. El jefe de compras siempre estaba abrumado por las preocupaciones, mientras que, incluso a cierta distancia del DPG, Annie se sentía próxima a un entusiasmo disparatado, como un anillo de fuego mágico: parecía tan absorbido por lo que hacía como los hermanos pequeños de Vi. Entró y se sentó; él se echó para atrás y cogió una grabación reciente.

—Espíritu de la Tierra, acude a mi llamada —leyó en la etiqueta escrita a mano.

—¿Quería verme, señor Brooks? —inquirió Annie.

—Hicieron esto ayer en Bristol y me lo mandaron con la furgoneta. No tiene nada que ver con ninguno de nuestros programas (es música, de barítono y orquesta), pero querían que lo oyera enseguida.

—Me temo que no conozco la canción.

La miró con impaciencia.

—No importa que no la conozcas. Solo quiero a alguien que tenga orejas.
—Que se perdiera un solo momento era intolerable—. Siéntate, siéntate, por el amor de Dios.

Comprobó el brazo del tocadiscos y puso la grabación. Annie, sentada con las manos en el regazo, la escuchó, como él, sin moverse, las dos veces que sonó.

—¿Y bien? ¿Y bien? —gritó Sam.

—Me ha gustado la canción, dentro de lo que cabe.

—¡La canción! ¿Y a mí qué me importa que te guste o no? Te he hecho pasar porque has sido la primera persona que he visto en el pasillo, y quería que compartieras la experiencia conmigo. Nada se experimenta si no se comparte. Cuando tengo entre las manos algo que roza la perfección a la que podemos aspirar en estos tiempos de guerra, mi primera reacción es que otros tengan también la oportunidad de escucharlo. No debería haberla puesto antes de mezclarla. Lo sé. Si mis técnicos de Programas Grabados estuvieran aquí, me querrían triturar. Sobre todo, no debería haberla pasado dos veces, como he hecho. Pero quería que aprendieras, de una vez para siempre, qué se entiende por «calidad» y por «equilibrio»; y, encima, estaba el cantante.

—Estoy muy contenta de saber lo que son la calidad y el equilibrio —dijo Annie con calma—, pero el cantante desafinaba.

—No te entiendo.

—La primera frase, con la que ha empezado, era do, mi bemol, si bemol, re. Ha estado afinado hasta el re, después ha bajado un doceavo de tono y no se ha recuperado hasta el penúltimo compás.

—¿Te consideras particularmente dotada para la música? —preguntó Sam con una calma peligrosa.

—No. Ya me lo preguntaron en la entrevista, y les dije que no.

Sam empezó a pasearse por el despacho.

—Quizá debería explicarte que, aunque la ejecución y la grabación son, por supuesto, dos actividades distintas e independientes, mi formación y mi experiencia profesional sugieren que puedo ser juez adecuado de ambas. Más aún, en esa entrevista que te hicieron, sobre la que, por cierto, no me habían dado ninguna información, quizá te dijeran (si no fue así, lo averiguarás por ti misma cuando lleves aquí el tiempo suficiente) que soy el responsable del departamento del que ya formas parte... Tenlo en cuenta, por favor, tenlo en

cuenta y piensa en ello... Y, para que la presión no se haga insoportable, he de asegurar la cooperación, el entendimiento entre las personas y la delicadeza del personal a mi cargo, cosas que se dan de forma natural, me alegra decir, en las chicas de tu edad.

Se sacó las gafas, y Annie se encontró con su mirada indefensa.

—Desafinaba, señor Brooks.

El DPG le preguntó a la señora Milne si había notado que la nueva ayudante de Programas Grabados era bastante diferente de cuantas habían pasado por el departamento hasta entonces.

—Hace las mismas horas que las demás, señor Brooks, y hasta el momento no he oído nada que lleve a pensar que esté sobrecargada de trabajo, o que no le den bien de comer, o que necesite una atención especial. Se ha instalado con la familia de Violet Simmons: tiene una habitación en su casa de Hammersmith. Y, si me va usted a preguntar si se parece a un cuadro o un retrato que ha visto en alguna parte, más valdría que le dijera, para ahorrar tiempo, que, en mi opinión, es una chica de aspecto muy normal de los Midlands.

Sam levantó la vista a su secretaria con moderada sorpresa.

—Pues da la casualidad de que su cara me recuerda a un retrato, pero no sé a cuál. Podría ser Shelley. ¿Tenía el pelo rizado?

—Todo el mundo tenía el pelo rizado en aquella época —dijo la señora Milne—. Era el Espíritu de los Tiempos.

—¿Dónde tenemos la Biblioteca de Consulta de Imágenes?

—La evacuaron la primera semana de guerra, señor Brooks.

Esperó más instrucciones, pero Sam dijo:

—No quiero que esa chica esté en la Lista del Personal Indispensable.

La lista, para entonces, había caído en mitad del expediente de Instrucciones de Defensa. La señora Milne ocultó su asombro sacándolo de allí y poniéndolo un poco más arriba.

—Está muy segura de lo que piensa —continuó Sam—. Sería descortés llamarla obstinada, así que digamos que no creo que sepa adaptarse. Que una chica de esa edad no sepa adaptarse es ridículo, o quizá sea triste, no lo sé.

Se estremeció, como si saliera de agua fría. Pero su inquietud no

desaparecía, y menos cuando tuvo la oportunidad de hablar con el doctor Vogel. El doctor había visitado los centros regionales, en los que, a pesar de su buena voluntad, había causado mucha aflicción, como cualquier perfeccionista.

—Es un asunto trivial, supongo, Josef, pero lo encuentro inexplicable. En síntesis, lo que pasó fue que contrapuso su oído al mío. Casi no supe qué decirle. Al fin y al cabo, con el oído perfecto se nace, como con el sentido del humor. ¿Me sigues, Josef?

El doctor Vogel asintió.

—Sin duda, Sam. Tú mismo has nacido sin ninguno de los dos. Pero eres una excelente persona, una buena persona.

Era la primera vez en su vida —desde que se reconoció infalible al doctor Vogel— que Sam Brooks se veía obligado a cambiar su opinión de sí mismo. La experiencia no lo hizo menos egocéntrico, pero el centro de gravedad se desplazó. A partir de entonces decía no tener ningún oído para la música, y que no cabía esperar que lo tuviera, puesto que era un técnico y un administrativo, solo eso. Pero la generosidad y el egoísmo no son incompatibles, y su necesidad de dar y compartir no se conciliaba con la convicción de haber sido injusto con Annie. Después de todo, ¿en quién, sino en él, iban a encontrar sus aprendices, esos principiantes de la vida, un ejemplo moral? Era extraño que Sam, que se olvidaba de episodios inaceptables con rapidez y habilidad, no pudiera superar del todo este. A la señora Milne, por ejemplo, le parecía extraño.

Annie, por otra parte, recordaba el aspecto del DPG sin gafas. Ojalá no la hubiera obligado a decir que el cantante desafinaba de re en adelante, aunque, en realidad, había sido inevitable. No le disgustaba el hecho de haber caído, aparentemente, en desgracia. Era solo que, sin las gafas, parecía cruel, y hasta equivocado, desconcertarlo.

—No obstante, hiciste bien en decir lo que pensabas —le dijo Vi—. No sirve de nada convertirte en un felpudo, como Lise Bernard.

Las dos habían hecho el turno de noche. Se habían acostado en las literas de metal, una arriba, otra abajo, en la sala de conciertos. Pero resultaba inútil intentar dormir. El apagón total era una norma de Seguridad y, como los tickets no tenían número, y, aunque lo hubieran tenido, no se habría podido leer, los

que iban llegando buscaban a tientas un rincón vacío, y se movían entre los demás como si volvieran tarde a un cementerio, antes del canto del gallo. El tiempo, en efecto, era la principal preocupación. A los durmientes los atormentaba la necesidad de estar en alguna parte al cabo de cinco, diez o veinte minutos. A menudo los despertaban las pisadas de los otros; entonces encendían cerillas, cuyas exiguas llamas temblaban en todos los rincones de la sala de conciertos, y le echaban un vistazo al reloj, para estar seguros. No obstante, algunos seguían durmiendo, y las paredes, diseñadas para proporcionar a la música clásica la mejor acústica posible, funcionaban igual de bien con los ronquidos. Alojamiento, que había facilitado tantas cosas, no había pensado en aquello. Ningún barracón ni dormitorio del país producía unos ronquidos de un registro tan amplio, por encima de los cuales se elevaban las variaciones de los agotados; de los aprendices de locutor, que ensayaban sus entradas, corrigiéndose y volviendo a empezar; de la gente de continuidad que de pronto gritaba: «... y ahora, para pasar a algo más ligero...»; y, de vez en cuando, de un llorar misterioso.

—Muchas veces me pregunto si Lise llegó a venir aquí —dijo Vi. Annie se asomó desde la litera de arriba. En la fila de al lado, una secretaria de mediana edad, dormida, empezó a cantar. Quizá, como Della, esa había sido siempre su ilusión. La sala de conciertos estimulaba aquellos sueños.

—¿Por qué hablas siempre de ella? —susurró Annie—. De la tal Lise, quiero decir. Por lo que me has contado, si las cosas vuelven a irle mal, no tardará en recurrir a ti otra vez.

Vi le dio la razón, pero estaba preocupada por el ticket para dormir en la sala de conciertos que faltaba. Se lo estaban reclamando y, si había de soltar mentiras, no le apetecía demasiado hacerlo por Lise.

También le preocupaba que el DPG le hubiera cogido manía a Annie. ¿Quién iba ahora a tomarse el sándwich doble de queso y escuchar sus penas? Annie era una gran ayuda tanto en casa como en el trabajo, pero, a este respecto, su presencia resultaba irrelevante, o peor aún que nada. Todo el trabajo del Serrallo seguía recayendo en los hombros de Vi.

Vi, no obstante, se parecía a su madre, y cometía los mismos errores que ella: calculaba las cosas solo a partir de lo conocido hasta entonces. Hacer eso, sin duda, es cómodo. Pero, de la noche a la mañana, o así les pareció, la continuidad se rompió y el departamento cambió.

Los aprendices, Willie y Teddy y las chicas, estaban acostumbrados a una tiranía patriarcal, en la que el tonante director podía requerirlos en cualquier momento, pero eran conscientes también de la protección que les dispensaba, siempre al alcance de la mano. De repente, el DPG dejó de hacerles caso. Recordó que, como todos los de su categoría, excepto el DPP, disponía de administradores y ejecutivos de varias clases que se habían habituado a funcionar casi totalmente por su cuenta. Ahora los halagaba con consultas y reuniones dos veces por semana. Los técnicos habían estado siempre cerca de su corazón, pero ahora se instaba a que dieran su opinión a miembros del personal a los que nunca antes se les había pedido, y que hasta ignoraban tenerla. Enviaban sugerencias para reorganizar el trabajo, que la señora Milne archivaba. Mientras tanto, el insólito ambiente de cuento de hadas —el oso convertido en príncipe al que solo podía manejar una virgen o un niño— había desaparecido, quizá para siempre.

El efecto en los ayudantes de Programas Grabados, reducidos a su pequeño mundo, fue curioso. Estaban intimidados. Por primera vez, miraban al director desde lejos y se daban cuenta, casi con incredulidad, de lo mucho que tenía que hacer. Yendo arriba y abajo por los tres primeros pisos de la Broadcasting House, humildes siervos de los discos, eran conscientes de cuánto trabajo quedaba en manos de los demás. Estaban las unidades móviles en Egipto, los incansables cilindros de cera que grababan las emisiones del mundo, ciento cincuenta mil palabras que había que escuchar cada día. Todo eso dependía de Sam Brooks, al que no hacía mucho le encantaba quedarse dormido en el hombro de Vi.

—Ya no llegarás a conocerlo nunca —le dijo Willie a Annie.

Estaban en una salita como un armario, detrás de las cintas de teletipo, que no parecía utilizarse para nada. Él había llevado una silla y le estaba cortando el pelo. Willie creía que era su deber aprender a hacer aquellas cosas —el certificado de la Cruz Roja solo había sido lo primero de la lista— en previsión del día en que la Broadcasting House estuviera bajo asedio. Había un montón de rizos cortados en el suelo, y el pelo de Annie parecía algo estropeado.

—Da igual. Volverá a crecer —le dijo, para tranquilizarlo.

La retirada del DPG le importó menos que a los otros. Al fin y al cabo, solo había hablado una vez con él.

Annie estaba absorbida, también, en esas primeras semanas, por el mismo descubrimiento que hacían muchos de aquellos a los que los azares de la guerra habían llevado a la Broadcasting House: había música por todas partes; bastaba con pedirla. Podía uno llevarse grabaciones de la Biblioteca y escucharlas en cualquier sitio, o entrar en un estudio y que alguien estuviera ya reproduciéndolas. Las veinticuatro horas del día, en cualquier momento, se podía escuchar. En una esquina cantaba Schubert, o Debussy murmuraba en el horizonte, o Liszt descendía como una lluvia chispeante. Annie nunca había oído algo así. A veces, no quería volver a Hammersmith: sentía que se ahogaba.

—¿No tenías música en Birmingham...? —preguntó Eddie Waterlow.

—Allí hay más conciertos que en ningún otro lugar de Inglaterra —dijo Annie categóricamente—, pero a mi tía no le gustaban y mi padre no me llevaba nunca, excepto al *Mesías* en Navidad y al *Elijah* en verano.

—¿Y no podías ir tú sola?

—No se me ocurrió esa idea. Ahora me empiezo a dar cuenta.

—¿Tú no cantabas, Annie?

—Solo en el coro.

Eddie le abrió la boca, acariciador, con el extremo de un rotulador para porcelana.

—¡Sin educación musical! ¿Me cantarás un mi agudo, Trilby, Triiiiiibiiiiii?

A Annie ya no la desconcertaba su forma de hacer. Pensaba que quizá estaba demasiado solo.

—¿Qué ibas a poner? ¡Oh, Dvo-o-raac! —Le gustaba imitar a la Sección de Pronunciación—. No, querida, me parece que no. Quizá debemos estar agradecidos por que no haya habido campesinos en Inglaterra durante siglos; y, aunque los hubiese habido, no habrían cantado ni bailado. Déjame ver la etiqueta: «El baile es cada vez más desaforado y, por fin, el Diablo se ríe, con efecto siniestro...». No, no, querida, guárdatelo. Refínate un poco cada día, es mi lema. Quiero que aprendas a escuchar un susurro. ¡Menos es más! Annie, escucha ese menos conmigo.

Tiró a Dvořák a la papelera. Se sentaron a escuchar la suite *Dolly*, de Fauré, dos pianos que dormitan juntos una tarde, y los sonos blancos, siempre

conmovedores, tristemente privados de énfasis, de *Sócrates*, de Satie.

—¿Le has estrechado alguna vez la mano a un concertista de piano cuando baja del escenario? —le preguntó Eddie.

Annie negó con la cabeza.

—¡No le queda fuerza en la mano! ¡Cuelga así de la muñeca! ¡Está consumida, consumida!

Lo decepcionó un poco que ella le pidiera que volviese a poner a Satie, pero, a su edad, a Annie le gustaba todo. Con la máxima seriedad, él le advirtió que las emociones no deben inmiscuirse nunca. Si alguna vez sintiera emociones arrebatadoras, digamos, un fuerte afecto personal, no debía permitir que se asociaran a la música. El asunto de la música es la música, le dijo.

A los otros aprendices también les gustaba la música, y Teddy era un trompetista ambicioso, pero la embriaguez de Annie los abrumaba un poco.

—Es monomaniaca —sugirió Willie, que era único para apreciar sus propias cualidades en los demás.

—Eso debería permitirle entender al DPG —dijo Vi.

—Ha cambiado —dijo Teddy—. Es un fenómeno frecuente entre hombres de mediana edad. Lo produce, a veces, la religión.

Pero Sam Brooks no había cambiado. Aún se lo pasaba bien jugando a ser lo que en realidad era, y, al alterar las rutinas del departamento, estaba jugando a los directores. Sin embargo, conservaba el gran cúmulo de agravios que constituía una de sus principales fuentes de sustento, nacido no de la envidia, sino de la indignación por la ceguera y la sordera de cuantos lo rodeaban. La nueva ayudante de Programas Grabados quizá no había estado sorda del todo, pero no quería volver a pensar en ello. Fue casi la única contrariedad que no le mencionó al DPP.

Jeff estaba ahora en primera línea de defensa de la BBC frente a los ministerios, Defensa Civil, Suministros, Economía de Guerra, Alimentación y Salvamento, que acribillaban al Ente con solicitudes de más tiempo en el aire. Ante Noticias Nacionales retrocedían, porque sabían que era territorio sagrado, pero a los demás programas, sobre todo a los de entretenimiento, les exigían que se hicieran a un lado. *Francia sigue luchando*, del pobre Eddie Waterlow, solo fue el primero en caer. Los ministerios pensaban que las

instrucciones y los consejos al público —por ejemplo, hervir dos veces las hojas para ahorrar té— debían tener prioridad sobre cualquier cosa. Podía pensarse que el director de Planificación de Programas estaba desbordado de trabajo, pero a Jeff no le sorprendió que Sam irrumpiera en su despacho.

—Jeff, quiero contarte algo: eres uno de mis más viejos amigos.

—Estoy seguro de que tienes amigos más antiguos que yo —protestó Jeff.

La vida de ambos en la Broadcasting House se había vuelto tan monacal y extraña que era difícil recordar, a veces, de dónde habían salido esposas o amigos. Sin embargo, Sam tenía edad suficiente como para haber embarcado rumbo a Francia a finales de 1917. ¿Qué habría sido de sus colegas desde la última guerra? Pero Sam, a diferencia de sus contemporáneos, no recordaba gran cosa de las trincheras. Había ideado un doble muelle para el gramófono de la compañía, eso lo sabía, a fin de que los discos durasen el doble; al comandante le había encantado, pero solo tenían un disco, *A Little Bit of Fluff*, con tres arañazos que lo frenaban interminablemente en los mismos pasajes, y la culpa del tedio resultante, pensaba Sam, le había sido injustamente adjudicada. La compañía había aprobado un voto de agradecimiento a los alemanes cuando la metralla había deshecho el gramófono.

—No he visto nunca uno como ese, ni antes ni después —señaló Sam—. Tenía cosas en común con el teléfono de Blattner.

Pero ¿por qué estaban hablando sobre la última guerra? La experiencia ha de compartirse, y creía que a su más viejo amigo le gustaría participar de su nueva preocupación. Por fin había podido inspeccionar las dependencias del Personal Indispensable para Emergencias, y había comprobado que su departamento había sido alojado en un espacio no mucho mayor que un gallinero. Tendrían que compartir los lavabos con Almacenes, Reservas y Contratos a Largo Plazo, pero eso solo implicaría unos ajustes razonables. Lo que quería subrayar era que no se había previsto que cupieran sus cuatro tocadiscos. Había que encontrarles sitio; quizá, después de todo, lavarse tanto no fuese necesario.

—¿Has hablado con Alojamiento?

—Sus respuestas no me satisfacen. Más aún, no me aclaran nada. ¡Las campanas!

Si se producía un desembarco enemigo, las campanas de las iglesias avisarían a la nación. Llevaban en silencio muchos meses, pero doblarían en

todas las parroquias en caso de peligro. La BBC había decidido que bastaba complementarlas con grabaciones publicitarias normales. Jeff pensó que sería mejor decírselo a Sam en otro momento.

8

De repente, los proyectos de Sam Brooks fueron aprobados, tanto el equipo móvil de grabación de cuarenta libras como la pantalla del micrófono. Era como si ya se hubiera ganado la guerra. Llamó a los cuatro aprendices. Su director quería celebrarlo llevándoselos a cenar.

—Es imposible que los cuatro abandonen el servicio a la vez, señor Brooks —señaló la señora Milne—. Se da usted cuenta, ¿verdad?

—Dígale a Spender que averigüe cuáles son sus obligaciones y que se encargue de los discos un par de horas, entre las ocho y las diez de esta noche.

—El señor Spender es de la plantilla, nivel 3.

—Bueno, no le vendrá mal. Le permitirá conocer el trabajo de los aprendices.

La señora Milne le recordó que Spender había sido ayudante de Programas Grabados muchos años antes de alcanzar su puesto actual.

—Eso le facilitará las cosas —dijo Sam.

La señora Milne no habría sabido explicar, ni explicarse, por qué se oponía al plan de Sam, o por qué, ahora que parecía inevitable, se preocupaba tanto por los detalles.

—El Lyons, en Piccadilly, estaría muy bien para ellos, señor Brooks. Ahora sirven patata al horno fría en lugar de pan, ¿sabe?, para combatir el racionamiento. A veces hay que hacer un poco de cola, pero la patata al horno llena mucho.

—Resérveme una mesa en el Prunier's —replicó Sam, y desapareció en el acto, con sus diseños, rodeado de técnicos.

En el cambio de turno de las dos, la señora Milne llamó a los ayudantes de Programas Grabados a su despacho para darles la buena noticia.

—Es un restaurante muy conocido, un restaurante francés, y tenéis que cuidar vuestro aspecto.

Estaba adquiriendo, imperceptiblemente, el tono de una gobernanta victoriana que inspeccionara a las fregonas.

—Por supuesto, algunos piensan que, con Hitler a las puertas, no se debería salir a comer, sobre todo por la noche: es un lujo, y bastante ostentoso. A todos se nos pide que economicemos, a nuestra manera. A los consejeros de administración les sirvieron pastel de huevo en polvo en la última reunión.

—También les dieron whisky —dijo Teddy—. Lo vi salir.

—Ojalá viniera usted con nosotros, señora Milne —dijo Annie, volviéndose hacia ella, llevada por un impulso. La señora Milne vio que lo decía en serio y, si alguno más hubiera hecho la sugerencia, habría sido muy gratificante. Al fin y al cabo, eran, en cierto sentido, los niños del regimiento: habían llegado antes del frío invierno del 39 y los conocían en todo el edificio; a los chicos, aún no crecidos del todo, les daban palmaditas en la cabeza, y el doctor Vogel, calderilla. Luego recordó, pero no porque lo hubiera olvidado, que había sido ella la que había contratado a Annie Asra. La señora Staples se había referido a ello el otro día, como demostración de lo bien que iban las cosas si las dejaban a ellas encargarse de las entrevistas.

Antes de irse de la oficina, la señora Milne siempre dejaba en la mesa del DPG una vela y una caja de cerillas medio abierta, con una cerilla dispuesta en diagonal encima de la caja. Eran para el caso de que se cortara el suministro eléctrico y necesitase luz con urgencia. No había conseguido que él se interesara demasiado por el arreglo, pero se trataba de lo último que ella tenía que hacer antes de marcharse. Deseando prolongar su control un poco más, localizó al DPG en el quinto piso y le preguntó cómo pensaba organizar el transporte.

—Dígale al DPP que necesitaré su taxi —dijo Sam, impaciente.

Como Willie era pequeño, y estaba por tanto destinado a protagonizar excepciones, el taxista del DPP les permitió subir a los cinco. Regent Street se encontraba cerrada al tráfico mientras se reforzaban las fachadas de los comercios, así que dieron la vuelta por Marble Arch. Llevaba lloviendo todo el día. En Green Park, los globos de barrera subían, como un rebaño, por el tibio cielo de la tarde, mientras que en el taxi reinaba una atmósfera pastoril:

los aprendices estaban contentos de haber recuperado a su guardián.

—Cada uno cuesta 500 libras, ¿sabe, señor Brooks? —dijo Willie, mirando los globos plateados, que parecían pastar, inmóviles, en el cielo—. Cosa sería si perdemos dos o tres.

Bajaron en Saint James's, esperaron en la acera mientras el taxista recibía su dinero y entraron por fin en el imponente restaurante, cuyas puertas exhalaban una bocanada del olor perdido de París. Dentro, el brillo parduzco de las paredes recubiertas de espejos reflejaba un despliegue heroico que rechazaba toda posibilidad de cambio. Incluso los comensales, muchos en uniforme, parecían inmunes al tiempo. Algunos podrían haberse sentado con Clemenceau o Robert de Saint-Loup, y uno, con una enorme servilleta almidonada en ristre, casi podría haber sido el general Pinard.

Willie se entretuvo un poco atrás, charlando con el circunspecto portero, de librea color *chocolat au lait*. Luego se dirigió, con paso seguro, a la mesa del rincón donde estaban todos.

—La señora Milne pensaba que no sabríamos comportarnos en un lugar como este —señaló.

—No estoy segura de que tú sepas —dijo Vi tranquilamente—. ¿De qué estabas hablando con el hombre de la puerta?

—Le he preguntado si había visto a Frédé. Se lo he descrito lo mejor que he podido, a partir de lo que tú me has dicho. Al fin y al cabo, un tipo como él debe de ver a muchos franceses entrar y salir.

—Frédé nunca vendría a un sitio como este. Es muy caro.

—Los franceses se gastan un porcentaje considerablemente alto de sus ingresos en comida —dijo Willie, muy serio.

—Bien, él no se lo gasta aquí, en todo caso. Tú no lo viste. Estaba deseando librarse de Lise y largarse.

Teddy hablaba con el DPG de vino y, gracias a un método que se remontaba a Sócrates, este último lo persuadió de que había sido él quien había elegido el champán que finalmente pidieron. Annie miraba las proclamas de De Gaulle, pegadas a las paredes de la bonita sala, con las luces bajas. Estoy empezando a sabérmelas de memoria, pensó.

El personal del Prunier's se inclinaba a pensar que debía de ser una fiesta de Primera Comunión. El anfitrión pedía lo mejor que tuvieran con el aire indulgente de un padrino, y, además, Annie llevaba un vestido blanco. Era uno

de seda, hecho en la sastrería de Anstruthers, que se había visto obligada a comprar para los concursos corales, de un estilo que probablemente no habría elegido nadie salvo la esposa del vicario, con vistas a la Navidad y a otros concursos. No se lo habría puesto si la señora Simmons no lo hubiera sacado, y festejado, e insistido en que solo le llevaría quince minutos plancharlo, aunque en realidad tardó casi media hora. Naturalmente, no le había quedado más remedio que ponérselo. El vestido blanco hizo que el *maître* la sentara a la derecha del señor Brooks.

Trajeron langostas cocidas, y la mesa casi desapareció bajo aquellas criaturas marinas a rayas, que descansaban entre sus propias colas segmentadas. Frescas como eran, a ninguno de los aprendices le gustó el sabor. A alga con un toque de alcantarilla, pensó Vi. Pero todos bajaron la cabeza: su desagrado no podía notarse, y a Sam, que se autoengañaba con frecuencia, aquellos niños lo engañaron fácilmente. Trabajaban conjuntamente, como siguiendo una directriz invisible: uno hablaba, mientras los demás escondían los trozos, con tacto pero deprisa, debajo de los caparzones de las langostas que tenían en los platos.

—Les sumergen primero la cabeza en agua con sal hirviendo —declaró Willie—. Eso destruye al instante la vida.

—Lo he hecho a menudo con gambas —dijo Vi—, pero es difícil decir si las metí boca abajo.

Tenía intención de controlar a Willie cuando llegaron al restaurante, pero para entonces ya pensaba que no valía la pena. El champán se compra y se bebe para provocar estos cambios de opinión, y Vi se había bebido tres cuartos de copa. También Teddy.

—Quiero que sepáis que siempre guardaré este momento en mi corazón —dijo este de pronto—. Ya sea en tierra, en el mar o en el aire, no sé dónde, pero, cuando os pongáis tristes, estad seguros de que yo también lo recordaré. —Mientras Teddy se levantaba a medias, brindando por su seguridad de vivir eternamente, los restos de la mesa fueron recogidos y sustituidos por una hermosa tarta de grosellas.

El camarero hizo una floritura con las tenacillas sobre la costra de la tarta, que ya se deshacía. Como todos los buenos camareros, era un buen mediador social, sobre todo cuando había que servir a niños, y había tomado a los ayudantes de Programas Grabados por tales. Había que dirigirse a los

pequeños con un ojo puesto en el adulto que pagaba, pero también sin dejar de mirarlos a ellos, como alguien que tiene una familia que mantener en casa.

—Tú eres el más joven. ¿No te importa que te sirva el último? —preguntó, al lado de Willie, con una sonrisa paternal.

—Quizá, ya que ha planteado la cuestión, le interese mi opinión —replicó Willie—. Y no me refiero al, en comparación, banal asunto de los mayores y menores. Cuando llegue la paz, no creo que sea difícil que los gobiernos del mundo adopten mi plan para atribuir nuevos papeles a los seres humanos. Una mayoría ya acepta que, si comiéramos un día, pero nada el siguiente, se podría garantizar la abundancia en el mundo. Pero aún me gustaría ir más allá. Los que sirven y los que son servidos intercambiarían su posición en estricta rotación, de forma que mañana por la noche, por ejemplo, usted, a su vez, sería servido.

Vi se levantó.

—No me gustaría estar aquí cuando sirvieras tú, Willie. Habría grandes retrasos. —Y añadió, con toda la amabilidad de la que fue capaz—: No deberías seguir con eso. Tiene otras mesas que atender.

Willie enrojeció.

—A veces puedo ser muy desconsiderado —dijo.

El director les sirvió un poco más de champán, desatendiendo la apenas perceptible indicación de que no lo hiciera, esbozada por el camarero en retirada. Los niños se están excitando demasiado, decían sus hombros. Y Sam, relajándose en la silla y llenando, así, un espacio considerable, empezó a ejercer un poder natural que pocos habían visto, pero que respondía, en términos humanos, a su habilidad con los equipos eléctricos. Algunas de aquellas cualidades eran necesarias para organizar a personas y cosas, y, aunque Sam no entendía a sus aprendices, sabía cómo hacerlos felices. Borró por arte de magia el reciente bochorno de Willie, sin darse cuenta siquiera de que lo había sufrido. Les contó historias retrasando el final para que pudiesen intuir lo que iba a pasar, parándose después y preguntándoles si les gustaría acabar a ellos; pero estaban hechizados, y no podían.

En estas fascinantes historias aparecían Eddie Waterlow, y el director general, y los comentaristas borrachos a los que se retiraba de los micrófonos en el último momento, y la penosa sordera del doctor Vogel cuando se arrodilló para grabar al primer bateador en Old Trafford. Atraídos por aquel

círculo de palabras, sabiendo cuánto se estaba exponiendo, se sentían realmente sus invitados, y dispuestos a hacer cualquier cosa por él. La risa de Teddy debía de ser una de las más estruendosas que se habían oído nunca en el Prunier's.

A Annie le brillaban los ojos, y su atención resultaba casi dolorosa, pero no se reía tanto como los otros. No era su forma de ser. Aquello no complacía a Sam, así que, sin dejar a los demás, se volvió hacia su derecha y concentró toda su atención en ella un momento. Annie, impávida, le devolvió la mirada, seria y compuesta con su vestido blanco.

—¿Te lo estás pasando bien?

Annie asintió, pero no le bastaba.

—¿Sabes?, acabo de recordar a qué, quiero decir, a quién me recuerdas, Annie. Es un cuadro de Monet, o Manet, da lo mismo cuál, en realidad, con una chica, o quizá un chico, vestido de blanco y sentado a la mesa de un café, a la sombra, bajo un toldo a rayas, pero con mucho sol, y hay también personas algo mayores a la mesa, con vasos de algo delante, de vino, supongo, pero no se miran entre sí.

—Siento que no sepa si era un chico o una chica —dijo Annie con suavidad. Él vio que no había cedido.

—No llevas con nosotros tanto tiempo como los demás. Me gustaría... —estaba improvisando—. Me gustaría regalarte algo. ¡Lo mejor! No tiene sentido hacer un regalo que no sea el mejor posible.

—No sé qué podría ser lo mejor, señor Brooks. —No estaba preocupada.

Era un juego.

—Te daré un anillo.

Todos habían estado con él en el estudio y sabían de su destreza, pero ninguno se lo habría imaginado capaz de coger la pulgada de hilo dorado que aún colgaba de la botella de champán, atravesar con una punta una de las grosellas de la tarta y darle tres vueltas para traspasarla: una piedra preciosa en la que brillaba la luz rubia. Sus dedos gordezuelos sostenían el hilo con la delicadeza de unos alicates.

—Bien, Annie.

Annie había mantenido las manos debajo de la mesa, pero ahora las había puesto encima, y percibía la rigidez del mantel. Eran rosadas y pecosas, pero delicadas, no manos de pianista, no tan prácticas como era de esperar, finas y

tiernas. Tras algún titubeo, como si estuviera haciendo una elección difícil, Sam Brooks le cogió la mano izquierda y, con inocencia, le puso el anillo de grosella en el dedo corazón y se lo apretó para que encajara bien.

Los demás miraban en silencio. Annie no sabía qué decir ni qué hacer, así que no dijo nada, y no movió la mano izquierda de donde estaba. Algo dentro de ella parecía moverse y abrirse.

En aquel preciso momento, mientras los aprendices se tomaban el postre en el Prunier's, Annie se enamoró del DPG, de un modo absoluto, y la suya debe de haber sido la última generación en enamorarse sin esperanza, tan improductivamente. Después de la guerra, la especie ya no lo encontraba biológicamente útil, y, sin duda, no lo era para Annie. El amor sin esperanza crece en su propia atmósfera, y debería estimular la imaginación, pero la de Annie se empequeñecía. Aplicó toda su fuerza de voluntad con este propósito. Nunca se imaginó atrapada en el ascensor principal con el señor Brooks más allá del tercer piso, o rescatándolo de un edificio en llamas, o de un paracaidista nazi, o ni siquiera de un productor enloquecido armado con una escopeta. Él existía, y ella también, y quizá le quedaban unos sesenta años para sobrellevarlo, aunque su padre hubiese muerto a los cincuenta y seis. Estaba enamorada, se daba cuenta muy bien, de un hombre de mediana edad que les decía lo mismo a todas las chicas, que había sido el príncipe de una noche de la que probablemente ya se había olvidado, que le había dado un anillo con una grosella y que amaba su trabajo más que cualquier otra cosa. Por todo eso, y esta era la opinión general, lo había dejado la señora Brooks, y pensar en su soledad le encogía el corazón, como si se lo oprimiera una mano gigantesca. Pero no podían comportarse como si *estuviera* solo, y Annie no lo hacía. Eso implicaba que sufría dos veces, y que no reparaba en el coste extra de la honradez.

La verdad era que estaba preparada para sufrir: llevaba recurriendo, desde que naciera, al fondo inagotable del tranquilo pesimismo característico de los Midlands. Los amigos de su padre, que venían todas las noches y se sentaban en las sillas de siempre, decían, haciendo largas pausas: «Nunca se nos manda más de lo que podemos soportar» o «Estás indefenso al nacer, estás indefenso al morir» o «El amor te rompe el corazón, la avena te llena la panza»; y, cuando trabajó en el mostrador de calcetería de Anstruthers, no les

preguntaban a los clientes si querían tejido de punto liso o micromalla, sino «¿Quiere del que hace carreras o del que hace agujeros?». Estas tajantes alternativas no se planteaban para facilitar las cosas, sino por respeto a uno mismo.

Annie —aunque también sabía que los que no hablan deben compensarlo pensando más— estaba decidida a seguir callada. Pasara lo que pasara, y después de todo estaba obligada a ver al señor Brooks dos o tres veces al día, aunque no le apeteciera en absoluto, porque solo se sentía viva de verdad cuando se lo representaba sin verlo, pasara lo que pasara, él no tenía por qué saber lo tonta que era. Pero apenas hacían falta las palabras en la intimidad del cuarto de los ayudantes de Programas Grabados. Todos sabían lo que le ocurría.

Vi quería ayudar, pero era difícil encontrar hechos a los que Annie no se hubiera enfrentado ya.

—Es viejo, Annie —se atrevió a decir por fin.

—Lo es —replicó Annie con calma—. Tiene cuarenta y seis: lo he visto en el *Manual* de la BBC, y, además, diría que está engordando. No creo que en la cama sea un adonis.

—¿Qué esperas de todo esto?

—Nada.

Vi se hallaba perpleja. Era consciente, como le pasaba algunas veces cuando Willie Sharpe hablaba, de una especie de dignidad equivocada, y estaba convencida también de que las relaciones no podían alterarse hasta aquel punto, y de que el DPG no estaba allí para que se enamoraran de él. «No está bien», pensaba, sintiéndose al mismo tiempo culpable por la buena suerte que había tenido en la vida. Hacía algunas noches, cuando Annie había hecho el turno de noche y había tenido la habitación para ella sola, había llegado Chris. Había atracado en Liverpool con un permiso de cuarenta y ocho horas, había cogido el tren hasta Rugby, lo habían desviado a una vía muerta por un aviso de ataque aéreo, le habían dicho que se quedarían allí hasta la mañana siguiente, se había montado en un convoy del ejército a Luton, en otro a Woolwich, y, en un tercer trayecto, en un camión de patatas a Covent Garden, y entonces, ya de madrugada, había hecho a pie las últimas ocho millas hasta Hammersmith, había subido por la carbonera a la parte de atrás de la casa, abierto su ventana, se había metido entre las sábanas y, cuando ella casi había

brincado del susto, le había dicho, un poco a la antigua: «No deberías sorprenderte. Eres una chica bastante guapa». A la mañana siguiente, su madre, cuando le dijo que Chris había llegado para desayunar, no hizo ningún comentario, y Vi pensó que algo muy parecido debía de haber pasado en 1914.

¿Por qué no podían las cosas ser igual de sencillas para todo el mundo? Teddy propuso consultar los «Problemas de los lectores» en el *Mirror*. La columna de respuestas, que llevaban los Dos Vejetes, le habían dicho, había salvado a muchos de la desesperación y de cosas peores. Él expondría claramente el problema, cambiando los nombres, desde luego, y las edades, y las direcciones, y dónde trabajaban, y lo que hacían. A veces, Vi no tenía paciencia con él.

Willie, entristecido por la situación en la que Annie estaba atrapada sin escapatoria, la llamó a capítulo.

—Está mal, porque no es natural. Lo he pensado, y me he convencido de ello.

—Pero no puedo evitarlo. ¿No lo hace eso natural?

Ambos comprobaban la hoja de control horario del otro antes de bajar a tomar el té.

—El amor es del cuerpo y del espíritu —le dijo Willie con empeño—; no hay ninguna diferencia entre ellos.

—Si dices eso, es que no has visto nunca morir a nadie —dijo Annie. Y era verdad: nunca lo había visto.

La señora Milne, a la que nadie había dado ninguna pista, debía de haberse enterado, escuchando el aire, de lo que ninguno le habría contado voluntariamente. Los veteranos habían desarrollado un sexto sentido para aquellos asuntos. Se le ocurrió que tenía que hablar con el DPG.

Hablar, en aquel sentido, era algo que solo se hacía a una hora ceremonial, cuando se le llevaban a firmar las cartas del día, y de acuerdo con ciertas pautas retóricas, según las cuales se empezaba tratando de temas de interés general, o incluso nacional, y se pasaba gradualmente a los asuntos particulares. Así pues, la señora Milne entró en el despacho a las cinco en punto y comenzó preguntándole si se había enterado de que algunos agentes de bolsa habían abierto un libro en el que cotizaban los aviones enemigos derribados cada día, y qué clase de mentalidad revelaba aquello, si se ponía uno a pensarlo, y si había notado la alarmante escasez de arenque ahumado,

que hacía casi imposible ofrecer la tradicional hospitalidad a los visitantes ocasionales. Era diferente, por supuesto, para aquellos que podían permitirse frecuentar restaurantes. Se trataba de temas especialmente mal elegidos, y demostraban que la señora Milne se encontraba en un estado de tensión nerviosa. Sam ni siquiera hizo ver que la escuchaba hasta que ella dijo:

—Señor Brooks, me gustaría hablarle un momento de la señorita Asra.

—No se me ocurre por qué. Cuando he intentado hablar de ella con usted anteriormente, me ha dicho que era una chica muy normal de los Midlands.

Garabateó la firma varias veces.

—¿Qué ha hecho?

No era propio de él que se acordara de nada que ella hubiese dicho hacía más de unas pocas horas.

—Sería mejor para todo el mundo... —dijo ella, con voz apenas audible.

El director la escrutaba con frialdad.

—Creo que la señorita Asra no tiene a nadie en el mundo, excepto una tía —prosiguió, resuelta—. La chica debe de sentirse sola, y su tía ha de echarla mucho de menos.

—¿Su tía tampoco tiene a nadie en el mundo? —preguntó Sam—. En Birmingham hay menos gente de lo que yo creía.

La señora Milne lo intentó de nuevo.

—Desde luego, la señorita Asra no tendrá derecho a vacaciones hasta que lleve un año con nosotros, pero, dadas la emergencia y sus especiales circunstancias, podríamos hacer una excepción en su caso, una especie de permiso prolongado por motivos familiares, si me sigue usted.

—No la sigo en absoluto. Si tiene interés en la tía de Annie, cuenta usted con mi permiso para ponerse en contacto con ella. —Empujó el montón de papeles hacia ella—. ¿Ha dicho Annie que se quiera ir?

—No exactamente.

—Pues comuníquemelo cuando lo diga exactamente.

Annie tenía varios métodos, además del control de su imaginación, para preservar la autoestima. A veces se hablaba a sí misma en segunda y tercera persona, como hacía el organista de Saint Martin con el coro cuando se ponía nervioso. «Asra, ¿me entiendes?» «Dobbs, deja de mirar tanto a Asra.» Asra,

se decía a sí misma, corriendo para coger el autobús a Hammersmith, le importas tanto como los muebles. Y era una buena comparación. Se dejará llevar, y se apoyará en ti, y te contará las dificultades por las que atraviesan las secciones de Europa y Extremo Oriente, y tú sentirás su peso como si fueras el respaldo de la silla. De esto no tenía por qué sorprenderse: VÍ ya la había prevenido al llegar. Solo que al principio a él no le había dado por ella, pero ahora sí, y no era culpa de nadie más que de ella que le hubiera llegado al corazón. Si no eres capaz de vivir la vida día a día, has de vivirla minuto a minuto. Por lo menos, gracias a Dios, su tía se había marchado al extranjero con el Servicio Territorial Auxiliar y no tenía que dejar Londres. Era libre de quedarse y de ser infeliz, mientras no hiciera el ridículo; en este caso, no creía que pudiera perdonárselo.

—Tienes la nariz fría —dijo Eddie Waterlow, apretándosela con el índice, mientras escuchaba música. Su toque había sido leve como una mota de polvo—. Eso indica buena salud en las mascotas, así que debes de estar en forma. Pero algo pasa. ¿Cómo estás?

El señor Waterlow era la única persona que había conocido que imitaba su voz, la entonación escrupulosamente precisa de Selly Oak, sin altos ni bajos, dándole el mismo peso a todas las sílabas, como si tuviese en cuenta sus sentimientos antes de dejarlas atrás, y prolongando la última como para darle la oportunidad de empezar la siguiente palabra. Con tantas voces más perturbadoras alrededor, con tantos acentos mucho más fuertes, estaba fascinado, como entendido que era, por las suaves transiciones, que se decía eran lo más difícil de imitar del idioma inglés: *getting gon, going gon, passing gon*. Curiosamente, a ella no le disgustaba.

—Estupendamente —respondió.

—No, no lo estás. No te desean como deberían, no se te aprecia como te gustaría. En esto eres como yo, en esto eres muchísimo como yo.

—Dios mío, señor Waterlow —dijo Annie, con tristeza—. ¿Es que todo el mundo en la Broadcasting House sabe que soy tonta?

Él le contestó que se estaba traicionando y, por supuesto, al mismo tiempo, viciando al escuchar a Tchaikovsky. Habían tenido que trasladarse a una de las despensas del comedor, donde se guardaba un viejo piano vertical, retirado hacía mucho de la lucha por dividir el aire en música, y desafinado en las

notas centrales. Allí estaba Satie de nuevo y, para complacerlo, Annie probó una cancioncilla de cabaret, pero su voz apenas pudo sobreponerse a las instrucciones de Eddie.

—Ah, sí... *modestement*... para los nervios... Que sea, simplemente, un episodio casual, no apliques la lógica, deja que pase, aunque sea extraño... Un poco de incongruencia, por favor, «un búho roba los quevedos de un constructor de Wolverhampton»... Canta, Annie, canta... como un ruiseñor, un vendaval nocturno, con dolor de muelas... «Ordeno que se alejen de mi presencia la tristeza, el silencio y el pensamiento desolador...».

—No entiendo cómo puede pasarse usted el día sin hacer nada, señor Waterlow —dijo Annie al cerrar él, reverentemente, la tapa del desconsolado piano—. No he conocido a ningún hombre que no tuviese que trabajar mucho.

Eddie extendió los brazos, como alguien que estuviera listo, en cualquier momento, para que lo llamasen.

—¿Seguro que la BBC no puede encontrarle algo que hacer? —preguntó cortésmente. Él parecía desolado.

—La BBC hace lo que puede. Transmitimos la verdad, ¡pero solo una verdad contingente, Annie! ¡Lo contrario también podría ser cierto! Nos dicen que pilotos alemanes han sido abatidos en Croydon, pero resulta que sabían llegar a la estafeta de correos; que Hitler ha declarado que solo necesita tres días de buen tiempo para derrotar a Gran Bretaña; y que la cosecha de moras ha sido excelente, y que, por lo tanto, es nuestro deber patriótico hacer mermelada. ¡Pero todo esto no tiene por qué ser verdad, Annie! Si no hubiésemos tenido un buen verano, no habría moras.

—Desde luego que no —dijo Annie—. Pero se está usted preocupando por nada, señor Waterlow. Todo puede ser otra cosa. Al fin y al cabo, yo podría no haber..., quiero decir, ¿cómo pueden encontrar cosas que transmitir que sean verdad y que no puedan ser de otra manera?

Él señaló con un gesto el piano.

—¡No podríamos transmitir música todo el día!

—Música y silencio.

Cuando ella hubo vuelto a su turno, Eddie se paró a pensar en Sam Brooks. Había algo magnífico, después de todo, en su forma de utilizar a las jóvenes y luego desecharlas, para, a continuación, buscar más, como si nada, a su alrededor. Suponía tener mucha fe en su propio futuro. ¿Pero no debería

llamarle la atención el caso de Annie?

* * *

A finales de agosto, los bombardeos aéreos se intensificaron. Vi y Annie estaban fuera cuando la casa de los Simmons en Hammersmith fue alcanzada. La señora Simmons y los niños se habían metido debajo de la mesa del salón, que era, en realidad, una mesa de billar de mediano tamaño, y de una calidad que hoy sería imposible de encontrar, y habían salido ilesos. El señor Simmons tuvo que quedarse para encargarse de la tienda, pero la familia se fue de Londres, y Vi se marchó con ellos. Annie encontró alojamiento en el hostel del YMCA, frente a la abadía de Westminster. El señor Simmons le llevó sus cosas en la furgoneta. Ella sabía que había gastado en ello, generosamente, parte de las raciones de gasolina que había conseguido para el negocio. Se trataba solo de su ropa, en realidad, cubierta por copos de yeso. Era una suerte que se hubiera llevado tan poco equipaje.

Vi escribió para decir que ya se había fijado la fecha de la boda. Iba a ir a Liverpool en septiembre para casarse con Chris y ser suya hasta el final de la Historia de la Vida. Le habría gustado invitarlos a todos, pero ya se reunirían después de la guerra, cuando volvieran a encenderse las luces. Tenían que jurar que se lo apuntarían: el 30 de agosto, junto a la estatua de Edith Cavell, cerca de Trafalgar Square, del lado que ponía «Fidelidad». La carta no se diría escrita por la Vi que habían conocido, y la hizo parecer aún más lejos de lo que estaba.

9

Tras la primera semana de septiembre, Londres era cada mañana un lugar más extraño. Temprano, se oía siempre un ruido de cristales que rascaban la acera. La escoba silbaba y restregaba, el vidrio crujía, entrechocaba y caía. El Lyons servía patatas asadas frías por un agujero de la ventana, y cobraba por otro. Los autobuses, desviados por calles por las que no estaba previsto que circularan, parecían tomarse la licencia de un sueño: se montaban en las aceras, se pegaban a las ventanas de las fachadas y miraban a sus estupefactos habitantes. Un 113 se incrustó contra el taxi del DPP en Riding House Street, e hizo falta mucha gente para desencajarlo. Volvieron a la Broadcasting House blancos de polvo. El ambiente, de hecho, estaba siempre lleno de aquel polvo fino, blancuzco, que quedaba suspendido en el aire y que se depositaba lentamente, mucho después de que el edificio se hubiera derrumbado.

Más amenazante que los peligros nocturnos era la necesidad de encontrar oyentes dispuestos a escuchar las historias de las bombas a la mañana siguiente. Los pequeños incidentes de los ataques, o de los desplazamientos al trabajo, se encontraban y recibían la respuesta, en la oficina, de otros pequeños incidentes, y se retiraban, desairados. Pero toda sociedad nueva establece rápidamente sus formas de intercambio. Después de que la señora Staples hubiese descrito cómo el contenido de su bolso, las llaves, los caramelos para la garganta y todo lo demás, le había sido succionado, en lugar de salir volando, por la explosión, e informado de que no había podido fumar en toda la tarde porque se habían roto las cañerías del gas, la señora Milne se sintió autorizada a formular una pregunta: si las cosas continuaban así —y tenía varias anécdotas en reserva—, ¿no sería sensato mandar los objetos de valor a algún lugar seguro del país?

—Sí, lo sería —dijo la señora Staples—, si pudieras encontrar a alguien

de confianza que se hiciera cargo de ellos.

—No consigo que el DPG se lo plantee siquiera. No parece ni saber si *tiene* algún objeto de valor. Diría que la señora Brooks se los llevó casi todos cuando se fue de Streatham. No creo que volvamos a tener noticias por ese lado —añadió.

La señora Staples reflexionó.

—¿Quieres decir cristalería y porcelana, y cosas así?

—Sí, los objetos insustituibles, los que nunca usas: las cosas realmente importantes. Tengo un mantel adamascado, ¿sabes?, y servilletas a juego para veinticuatro personas. He oído decir que las posesiones de una mujer son parte de sí misma. Si pierde sus cosas, su personalidad se transforma.

—Hay que tener cuidado si se vive sola —dijo la señora Staples—. Cuando los niños ya son mayores o están en el ejército y el piso se queda vacío, una habla a menudo con los muebles y consigo misma, desde luego.

—Lo importante es no ser demasiado dura con una misma —replicó la señora Milne.

La austeridad del DPP en cuestiones de personal le permitía evitar las historias de las mañanas y casi toda discusión sobre los bombardeos. Cargado como estaba con la responsabilidad de barrer cualquier programa, en un momento dado, para dejar sitio a instrucciones de combate y al nuevo eslogan del primer ministro: «Siempre puedes llevarte a uno contigo», que había de resonar en todos los hogares y lugares de trabajo de Gran Bretaña en cuanto el primer alemán desembarcara en el país, Jeff lamentaba haberse quedado sin puros. Quizá Mac trajera más, y había de volver pronto a Inglaterra. Le había cablegrafiado para decirle que quería transmitir en directo desde el tejado de la Broadcasting House, en pleno ataque aéreo, en lugar de encerrado en el sótano de los estudios con los demás corresponsales extranjeros. Pero había pocas posibilidades, por no decir ninguna, de que el director general cediese en este punto, y Jeff, para pasar el rato, se imaginó peleándose con Mac en las escaleras, como en una película muda, para evitar que siguiera subiendo, mientras las tropas de asalto nazis salían en tromba de los ascensores. Quizá todos deberíamos salir en las películas, pensó.

Barnett, en una de sus habituales visitas, le dijo a Jeff que América estaba a punto de entrar en guerra. Arrugas de agotamiento le surcaban la cara,

cuarteada como el lecho seco de un río.

—Yo lo veo así. El día en que los Estados Unidos le declaren la guerra a la Alemania nazi, las repúblicas centroamericanas y suramericanas seguirán su ejemplo, bueno, menos la Guayana Británica y la Honduras Británica, y eso arroja un total, según mis cálculos, de quince países independientes que se van a poner de nuestro lado. Ahora bien, señor Haggard, todas van a querer estar representadas en la BBC. Lo cual significa, a su vez, quince nuevas secciones, y, aunque el nivel de vida en esos países varía, según creo, y sus gobiernos no son nada estables, todos querrán alfombras, sillas, escritorios, máquinas de escribir con el alfabeto español y archivadores de acero. Si puede usted decirme dónde conseguir más archivadores de acero de las dimensiones requeridas, señor Haggard, estoy dispuesto a acostarme con la abuela de Hitler.

—No había pensado en esa situación exactamente de ese modo —replicó Jeff.

—Sí, estoy seguro de que no lo había hecho; nadie lo ha hecho. Las decisiones se toman, como sabe, sin pensar demasiado en cómo llevarlas a cabo.

—Tiene toda mi solidaridad.

—¿Pero qué propone que hagamos?

—Rezar por una paz negociada —dijo Jeff.

—No lo dice en serio, señor Haggard. Todos sabemos que no dice en serio ni la mitad de las cosas que dice.

—No quiero decir que fuese deseable. Digo, simplemente, que es la única solución para el problema de los archivadores de acero. Si no le gusta la idea, tendrá que buscar otra forma de abordar la cuestión.

La noche del 7 de septiembre, la BBC recibió la señal de «Invasión inminente» de la jefatura de las Fuerzas Armadas, que entonces tenía prioridad sobre el Ministerio de Información. A esta señal le siguió otra: «Que no suenen las campanas hasta nueva orden». Sin embargo, por una comprensible confusión, empezaron a repicar las de algunas iglesias en parroquias dispersas del país. Ni una sola fue grabada.

—Hemos fallado del todo —protestó Sam, al rojo vivo—. Una falsa alarma... Bueno, ¿y qué? Cuando pase de verdad, quizá no dé tiempo a que

suenen. —Y se fue a buscar al doctor Vogel.

Era difícil localizarlo. A veces se lo encontraba en la Sección de Supervisión, donde tenía una especie de pariente, que decía era sobrino suyo, aunque parecía mayor que él. El ambiente de la sección era de estudio y gran concentración. En lo alto del edificio, académicos refugiados con auriculares, vestidos con discreción y escondiendo sus pérdidas, transcribían, página tras página, las transmisiones nazis con taquigrafía de expertos. Cuando hicieron una pausa para el café, sonaban los últimos cuartetos de Beethoven. Y hasta a Sam, que entró echando humo en la habitación, lo examinaron reconcentradamente. Pero él se recompuso y gritó:

—¡Heinz Vogel! ¿Alguien se llama aquí Heinz Vogel? Estoy buscando a Josef.

Una figura encorvada levantó la cabeza.

—Por desgracia, mi tío ha muerto.

El doctor Vogel, muerto por un trozo de cañería que había salido volando, había sido una de las primeras bajas de la BBC. Y ni siquiera estaba intentando grabar nada. Firme entre los escombros, había convencido cortésmente a un ayudante de Programas Grabados, en beneficio de un completo desconocido, de que era legal, según la normativa de emergencias, que un propietario volviera dos veces a las ruinas de su casa, una para llevarse el colchón y otra para recoger sus efectos personales.

—Es un derecho del ciudadano claramente establecido —explicó con paciencia—. Es la ley inglesa.

Se dispuso que descansara en Golders Green, aunque el doctor Vogel había expresado el deseo de que lo enterrasen en su Frankfurt natal. Jeff, que no se sorprendía fácilmente, se quedó un poco desconcertado cuando le pidieron que firmara algunos papeles destinados a ese fin en cuanto cesaran las hostilidades. El sobrino, dolorosamente meticuloso y humilde, indicó que no suponía ninguna obligación económica, ni que el DPP tuviese que hacer nada en absoluto. Se trataba solo de que él no era ciudadano británico, y necesitaba la firma y autorización de alguien de un cierto nivel.

—¿Y el DPG? —preguntó Jeff—. Trabajó mucho con su tío. Yo apenas lo conocía.

—Desgraciadamente, estaba muy ocupado.

—¿Le dijo que me lo pidiera a mí?

—Sí, señor Haggard, sugirió que se lo solicitara a usted.

Jeff, escribiendo con más detenimiento que de costumbre, firmó al pie de las numerosas páginas, que temblaban en la mano del sobrino.

—¿Le gustaría beber algo, Vogel? —dijo—. Todos apreciábamos el trabajo de su tío. Lo siento mucho.

Heinz Vogel le dio las gracias profusamente, pero no tomó nada.

Durante algún tiempo, los pensamientos de Jeff habían seguido un curso determinado, que cada vez se sentía menos inclinado a controlar. Al cabo de unas pocas semanas, como mucho, se sabría si la invasión tenía visos de producirse o no. Si resultaba que no, y la guerra se propagaba en otras direcciones, ¿no sería posible dejar los problemas de Sam, y los horarios de la Red Nacional y del Ejército, en otras manos? Entre los documentos que entregaría a su sucesor, habría un plan con las operaciones de salvamento, grandes o pequeñas, necesarias para guiar a Sam durante un cierto periodo de tiempo. Y «necesarias» no era una exageración. Los métodos de Sam podían mejorarse, pero su pericia era insustituible. Tendría que explicar, por ejemplo, que aquel incurable y cautivador experto en autocomplacencias, que a veces daba la impresión de estar desquiciado, era quien había establecido la disminución en la proporción de frecuencias más altas y más bajas respecto al rango medio cuando disminuía el nivel del altavoz. Mientras durase la guerra, si la BBC quería grabarse a sí misma, necesitaba a Sam.

Alguien tenía que apoyarlo, pues: quizá un nuevo director de Planificación de Programas, para que la transición no fuera tan evidente. Mientras tanto, Jeff pensaba si no sería ya demasiado tarde para salvarse. Ayudar a los demás es una droga tan peligrosa que no hay más cura que la abstinencia total. Mac se lo había advertido; aún había dicho más: «Debilitas a esta gente».

Pero resultaba que la posibilidad de hacer otra cosa se le había manifestado a Jeff desde varios ángulos, a veces explícita, a veces tácita, en forma de sondeos, indicios y suposiciones, pero siempre comedida, porque él era un lingüista, y saber lenguas extranjeras nunca es del todo meritorio, sino algo que tiende hacia un cierto punto. Y ese punto era su conocimiento del turco y el ruso. Podía haber trabajo para él fuera del país y fuera de la BBC, comparable en importancia al puesto que entonces ocupaba. Se daba por descontado que hablaba turco con la misma fluidez que francés.

—¿Y bien? —dijo Jeff.

Así se hacían las cosas, o se presentaban como algo a punto de hacerse, en aquellos días. Jeff tenía poco a lo que renunciar —eso también se daba por sabido—, poco asimismo que ganar y ninguna vergüenza por la que pasar, salvo un posible encuentro con sus exmujeres. Podía ir a cualquier parte. Admitía que podía hacer un mejor uso de aquella indiferencia. Una tendencia natural a la extravagancia lo impulsaba a dilapidarla, y a contemplar divertido aquella dilapidación. No puedo cambiar, pensó, pero puedo empezar a retirarme.

Bajo un cielo espolvoreado de estrellas, el departamento de Programas Grabados montó, en el tejado de la Broadcasting House, un micrófono abierto que captaba el sonido de los ataques aéreos hasta que el último avión enemigo regresaba al silencio. En el tejado, además, Recepción, del mostrador principal de la Broadcasting House, enumeró a Teddy y Willie las partes de un rifle, y con frecuencia les decía, mirando el pálido humo rosado de los incendios de Londres, que le recordaba a un sector tranquilo del frente en el último show. La mayoría de los aprendices estaban presentes, y a veces Recepción se sentaba y jugaba al póquer con ellos con cupones de margarina, mientras los cañones de Regent's Park los zarandeaban como a grumetes en la arboladura.

Se hacía raro bajar del tejado, en aquel otoño sin nubes, y meterse en la Broadcasting House, donde la circulación se había vuelto aún más difícil ahora que, al recibir el segundo aviso, el púrpura, todo el personal tenía que salir de donde estuviera y refugiarse, por la vía más rápida posible, en el sótano. Y era justamente el hecho de que muy pocos cumplían esta instrucción lo que mantenía en pie a la administración. En la Sección de Supervisión, por ejemplo, ni siquiera levantaban la cabeza de la importante tarea que estuviesen haciendo.

Personal había previsto que, en cuanto Vi Simmons se hubiera ido, recibiría una nueva petición de ayudantes de Programas Grabados, pero no llegó ninguna. Había trabajo de sobra, que Annie podía hacer muy bien. Pero el tiempo, como para vengarse de la vigilancia escrupulosa de que era objeto desde las noticias de la mañana hasta *Ilumina nuestra oscuridad*, se comportaba de forma extraña, y ella se sentía mucho más vieja de lo que era, y

como si llevara en la BBC mucho más de lo que llevaba. Sin embargo, Willie y Teddy, veteranos de casi ocho meses, hablaban de épocas que ella no había conocido. Una vez, cuando los técnicos estaban probando la línea de Mánchester, irrumpió una voz suculenta, cantando algo parecido a *Look For the Silver Lining*.

—¡Es Della!

A mitad del segundo estribillo, se cortó de golpe a la cantante.

—Bueno, por lo menos la han grabado —dijo Willie.

A su pesar, Annie no pudo evitar una pregunta:

—¿Se llevaba bien con el DPG?

Willie creía que no. Se parecían demasiado, le dijo.

Quedaban solo tres, y el concepto de Serrallo parecía haberse desvanecido. Sam ya no pedía que fueran a buscarla para que se sentase a su lado, sino que, cuando sentía la necesidad, se paseaba por el edificio hasta encontrarla. Entonces, naturalmente, pocas veces estaba sola. Mantener los antiguos turnos era imposible, y sacaban el trabajo adelante lo mejor que podían.

—Aquí hay algo mal —le dijo Annie a Teddy al ordenar los discos de *Niños que llaman a casa*. Se habían grabado por cable con familias evacuadas al Canadá y a los Estados Unidos. Recordaban que la confusión de los niños hacía que Vi casi rompiera a llorar.

Teddy puso uno en el tocadiscos. Una voz grave, muy profunda, enronquecida por el tabaco, empezó:

—Hola, mamá, papá y Nelly, picarona mía...

—Se han mezclado otra vez con Mensajes de las Fuerzas Armadas —dijo Annie.

Se miraron entre sí, entristecidos. No estaba bien admitir, fuera cual fuese el asunto, que se iba perdiendo el ánimo. Pero entonces, al irrumpir el DPG, cosa que hizo en aquel preciso instante, produciendo el efecto de una trayectoria alimentada por la indignación que concluía justo donde estaba previsto que concluyera, sus vidas se ensancharon y fulguraron, y supieron que eran demasiado importantes para el Ente como para sentirse cansados siquiera.

—¿De qué se queja ahora, señor Brooks? —preguntó Annie, hablando con

mucha más franqueza que Vi, pero con una sonrisa radiante. Alejado, se diría, de su intención primera, Sam la miró y lamentó las greñas que esta llevaba.

Teddy, que lo miraba a su vez, pensó: «Quizá debería decirle que a Annie le gusta». Pero, ay, aquello tenía que hacerse con tacto.

Sam se enrolló uno de sus rizos más largos en el dedo.

—¿Quién te ha cortado esto? —preguntó.

—Willie Sharpe —contestó Annie.

—Pues ha hecho un buen desastre.

—Mejorará con la práctica.

—Tendrías que haberme preguntado. Soy muy bueno cortando el pelo.

—¿Dónde aprendió, señor Brooks? —preguntó Teddy, sorprendido—. ¿En las trincheras?

—No, me enseñó mi madre cuando tenía diez años. Así podía recortarle la barba a mi padre. Supongo que de lo que se trataba era de ahorrar dinero. No teníamos mucho.

Los dos aprendices se miraron, acallados por aquellas revelaciones inverosímiles.

Entonces Annie sintió que algo más fuerte que ella la agarraba por el cuello, y dijo:

—¿Le corta usted el pelo a la señora Brooks?

—¿Quiere decir a mi mujer?

—Sí.

Él no se molestó en absoluto.

—No creo que esa posibilidad llegara siquiera a plantearse. Era muy independiente.

El delicado momento pasó sin dejar rastro. Se puso entonces de pie de un salto y empezó a andar por la mal ventilada sala de mezclas.

—Teddy, te lo pregunto de hombre a hombre, ¿valoramos a Annie como es debido? Aparte de su parecido con aquel cuadro de un niño pequeño francés, o niña, de blanco, que ninguno de nosotros parece capaz de identificar, es tranquila, es constante y no pierde los nervios, como yo, ni por los ridículos errores administrativos del Ente, ni por la injusticia de los hechos de la vida. Supongo que aún no os habéis enterado de que Vogel, el doctor Josef Vogel, fue víctima de los bombardeos del sábado, ¿verdad?

—Sí, lo sabíamos, señor Brooks —dijo Teddy—. Se marchó cuando hubo tantos daños por el Highgate Cat and Bells. Hemos hecho una colecta en el departamento, ¿sabe?, para comprarle unas flores.

Sam no hizo caso de esto.

—¿Entiendes, Annie? Yo creo, aunque nadie más piense así, que, por su capacidad profesional, Vogel me era indispensable, y lo digo con esta rotundidad, en todo lo que consistiera en captar el sonido de la historia mientras pasa. Habré discutido con él cientos de veces qué haríamos si desembarcaran las tropas alemanas. ¿En qué archivo, os pregunto, encontraréis una grabación de la primera oleada de una división invasora de tanques en una playa de arena y piedras? Le dije que vendría conmigo en la unidad y que nos situaríamos donde empieza la playa o, mejor aún, quizá, a una milla o así en la carretera de Londres. Os puedo leer la solicitud que he presentado a Defensa Costera. Naturalmente, intentan establecer todo tipo de restricciones innecesarias...

—El DPG me ha parecido un poco sin corazón —dijo Teddy cuando se quedaron solos con *Niños que llaman a casa*.

—A mí no —dijo Annie—. El doctor Vogel habría reaccionado exactamente igual.

Teddy suspiró.

—No quieres oír ni una palabra en su contra, ¿verdad?

—No lo puedo evitar, Teddy. Sé cómo se comporta, pero no lo puedo evitar.

—Te tiene en el bolsillo. Se mete a todos en el bolsillo.

Annie no podía explicarle por qué no sentía ningún rencor. Lo que sentía por el señor Brooks era hasta tal punto lo más importante de su vida que parecía que no le perteneciera, que fuese algo que tuviese que llevar consigo, en el trabajo o en su cuarto, daba igual. Sentía una suerte de afecto, también, por el amor en sí, que era muy fuerte, pero que se mantenía con muy poco. Había habido una época, no hacía demasiado, en la que no había tenido aquella responsabilidad, pero le resultaba difícil recordar cómo se había sentido entonces.

Eddie Waterlow se la encontró en el pasillo y le lanzó una mirada penetrante.

—¡Escápate conmigo! —exclamó.

—¿De qué, señor Waterlow? —preguntó Annie, sin fingir que no le había entendido.

10

El 15 de septiembre, la RAF anunció que ya no exigía el certificado escolar para misiones de vuelo, y que solicitaba voluntarios. Willie Sharpe lo leyó en la cinta del teletipo cuando ya había entregado las grabaciones de *Londres de noche* y acabado el trabajo del día. Era una noche muy clara de luna, una mala noche, como iba a comprobarse, por más de un motivo.

Tenía un ticket para dormir en la sala de conciertos y un vale de comida para el comedor. En el mostrador lustrado, ajado por el servicio de veinticuatro horas, no quedaba nada, salvo arenques en salsa de mostaza, el Plato Patriótico de Pescado de la semana. En mesas separadas, dos repartidores y un profesor checo de Filosofía picoteaban en silencio entre un montón de espinas.

Willie recordó a Tad (que hacía poco le había mandado a Teddy una foto suya con bigote y una novia polaca) y la salida al Prunier's. Pronto ya no estaré aquí, pensó. Puedo pasar fácilmente por alguien de dieciocho. Con algo más de experiencia en momentos difíciles de la vida, pareceré de dieciocho y medio. Se imaginó en el comedor del campamento de instrucción, escuchando *Londres de noche*, y se preguntó si a alguien le interesaría saber que había trabajado en el Ente.

El profesor checo se acercó a su mesa y le preguntó si le podía prestar una linterna. Evidentemente, también él iba a aventurarse en la sala de conciertos.

—Lo siento, nunca llevo. De hecho, me estoy acostumbrando a arreglármelas sin linterna, para ser más útil en caso de combate nocturno.

Willie, sin embargo, se encontraba demasiado cansado, por una vez, para explayarse sobre el tema. Cuando el profesor, resignado a la negativa, se fue a preguntar a otros, él entregó su vale y se marchó.

El primer y heroico o primitivo periodo de la sala de conciertos había durado muy poco. Las jerarquías se habían reafirmado enseguida, aunque la estructura fuese complicada, como siempre, por las exigencias horarias. Dentro de la entrada, los antiguos camerinos se habían convertido en cubículos separados para ejecutivos y locutores de noticias mayores, pero los locutores de noticias jóvenes (a partir de la una de la madrugada) y los ayudantes administrativos (de programas de especial importancia) podían reclamar el uso de los que estuvieran libres.

Hoy parecían estar todos libres.

Willie se las había apañado muchas veces para echar una cabezada de media hora, a la que no tenía derecho, en alguno de los cubículos. Esperaba que fuese adecuado considerar que estaba aprendiendo a tener iniciativa. Los colchones eran, en realidad, los mismos que los otros, pero las camas eran individuales, y hasta había mesitas. Delante de cada una se desplegaba una cortina de un material a medio camino entre el fieltro y la arpillera, que se había usado anteriormente para amortiguar el ruido en los estudios de teatro.

Se detuvo y escuchó con atención el oleaje montuoso de los ronquidos. Con tonos más altos o más bajos, llegaban los conocidos pasajes de soprano ligero, los juramentos y las súplicas, pero todo el mundo parecía estar en lugar seguro. Casi tranquilizado, anduvo a tientas, en una espesa oscuridad, más allá de la cortina, que olía a rancio; confiaba en encontrarse en el cubículo al lado de la puerta, el mejor, desde luego, si había que salir deprisa. Se asustó al oír el gemido de alguien en un rincón.

—¿Quién es? —susurró.

—Enciende una cerilla. Hay algunas junto a la cama.

Creyó reconocer la voz. La cerilla iluminó parte de una cara con manchas, lívida y mojada. Siempre había considerado más bien guapa a Lise, pero ahora daba miedo.

—¿Qué haces aquí?

Había sangre en el suelo, en el vulgar linóleo verde que la BBC también usaba para mitigar el ruido.

—Lise, ¿has tenido un accidente?

La chica profirió de repente un gemido y se metió a cuatro patas debajo de la manta reglamentaria, balanceándose como un animal a punto de desplomarse.

—¿Te traigo una taza de té? —le preguntó Willie, aterrorizado. Sabía muy bien lo que pasaba. Ojalá me equivoque, imploró.

—¿Está ocupado este cubículo? —murmuró una voz, una voz de hombre, pegado al otro lado de la cortina. Solo un veterano podía mantener aquella corrección, solo un barítono provectoro podía producir aquella resonante *mezza voce*.

Willie se asomó. Era, como bien sabía, John Haliburton, el locutor sénior.

—Me había parecido oír aquí una voz de mujer, pero, si está vacío...

El Halibut¹ llevaba una especie de linterna sorda y el correctamente planchado uniforme de los Voluntarios de la Defensa de la BBC. Todo el mundo sabía, aunque él nunca lo mencionase, que había sido herido en Le Cateau y que se le debía permitir que descansara siempre que fuera posible. Willie se puso tenso.

—Me temo que no puede entrar, señor Haliburton.

Lise empezó a emitir un sonido grave y prolongado, que no era un quejido, sino una exhalación, como el de dos fuelles que se apretasen hasta el fondo para expeler todo el aire, en una suerte de lamento. Willie se acercó a ella.

—Willie, ¿puedes contar? Me ayudarás si cuentas... Tienes que decirme cuántos minutos pasan entre con-tracción y contracción.

—¿Qué es eso? —murmuró, esforzándose por recordar su *Manual* de la Cruz Roja.

—Una especie de dolor.

—¿Y dónde lo sientes?

—En la espalda.

—¿No debería ser delante?

—Si tenéis algún problema —sugirió Haliburton desde el otro lado—, os aconsejo que informéis a los puestos de socorro, o que busquéis a alguien competente. Creo que el doctor Florestan, de la Oficina de Noticias de Europa, tiene preparación médica.

A pesar del apuro en que se encontraba, Willie no quería, en realidad, que el señor Haliburton se marchara. Fuese lo que fuese lo que sostuviera al locutor sénior, sus cuatro años en el frente occidental, sus prácticas con sir John Reith, su vanidad de intérprete, todas aquellas cosas juntas le otorgaban una grandiosa indiferencia por la confusión de ruidos y ronquidos que lo

envolvían, y una autoridad que hizo a Willie rogarle:

—Un minuto, por favor, señor Haliburton.

Lise volvió a gemir, y esta vez el ruido sobrepasó el nivel permitido en una sala a oscuras. A Willie le pareció oír un leve goteo, como el de un líquido que destilara en pequeñas cantidades. Mientras tanto, el Halibut, que tenía, como recordó demasiado tarde, un Lado Sordo, entró tranquilamente.

Era una lástima que no pudiese descansar la pierna un poco, pensó Willie confusamente.

La perspectiva de atenderlos a los dos —al educado veterano y a la muchacha que se retorció de dolor—, uno al lado del otro, bajo la misma y lacónica manta, se le apareció como una pesadilla. Sin intentar arreglar las cosas, buscó la húmeda mano de Lise y se la cogió.

—Enciende más cerillas.

—Será mejor guardarlas, creo.

—¿Sigues contando?

—Puedo pegarme el reloj a la oreja y contar sesenta segundos.

Lise gimió; otra vez parecía una bestia joven que se revolcara, destinada al sacrificio. Mientras el señor Haliburton había estado allí, los que dormían cerca de ellos habían permanecido relativamente tranquilos, apaciguados por su voz familiar, que los reconfortaba incluso con un susurro. Pero, ahora que se había ido, estaban inquietos. Tengo que calmarla, se dijo Willie.

—No te critico, Lise —dijo, acercándose—. Creo que todo ser humano debe seguir sus inclinaciones, y supongo que eso es lo que has hecho. Probablemente, no previste la situación.

Ella se le aferró, pero él se sentía a millas de distancia. Nunca se habría imaginado que una chica pudiera agarrar tan fuerte, hasta hacer que se le durmiese la mano, con el tarso y el metatarso —¿eso eran?— aplastados uno contra otro. El carácter británico mostraba lo mejor de sí en la adversidad. Lise, empero, era medio francesa, si lo había entendido bien. En todo caso, no debería haber este dolor cuando la guerra hubiera acabado. Todo el mundo, la gente como él, debería llevar consigo una provisión de sencillos medicamentos que le permitieran ayudar de verdad a cualquiera que se encontrase en una situación como aquella a lo largo del día.

La palma de su mano estaba pegada a la de ella, por el sudor, como con cola.

—No me dejes —murmuró Lise—. Vete a buscar a alguien. Quédate aquí. No se lo digas a los puestos de socorro. Vete y trae a alguien enseguida.

Lo primero que se necesitaba, en opinión de Willie, era algo con que limpiar el suelo. Él conocía todas las salas del edificio, gracias a una exhaustiva inspección de las instalaciones de defensa que había hecho. Los trapos y el agua caliente más cercanos se hallaban tres puertas a la izquierda, en el cuarto de los repartidores, que ahora no estaban trabajando. Al salir, sin hacer ruido, de la sala de conciertos, vio al señor Haliburton apoyado en una pared para descansar la pierna, hablando en voz baja a un grupito.

—Sir John siempre esperaba que lleváramos esmoquin para leer las noticias de la noche... Por otra parte, la informalidad puede llevarse demasiado lejos, me parece...

Bajo la potente luz del cuarto de los repartidores, Willie se sintió mal. Había allí una bañera, por cuyo interior Alojamiento había pintado una línea roja para recordar al personal que no gastara demasiada agua caliente. Por alguna razón, aquella línea roja también lo puso malo. Cuando, al mirar al suelo, vio que tenía sangre en los pantalones y los zapatos, comprendió, de golpe, que ya no podía mantener aquello solo bajo su responsabilidad.

—Señor Haggard.

El DPP levantó la vista del escritorio sin esperanza, alarma o irritación. Veía que el joven que acababa de entrar en el despacho iba manchado de sangre y que, puesto que no parecía estar sangrando, la sangre debía de tener otra procedencia.

—No creo que se acuerde de mí —dijo Willie, asiendo el respaldo de la silla para visitantes.

—Sí que me acuerdo de usted —dijo Jeff.

—Le parecerá muy extraño que venga a verlo así.

—Extraño, pero no muy extraño. Será mejor que se siente. Creo que no me dijo su nombre la última vez que nos vimos.

Willie se lo dijo. Y añadió:

—Ayudante junior de Programas Grabados.

Sintió que aplicar una dosis de formalidad lo ayudaría a no vomitar.

—Es Lise, señor, quiero decir, la señorita Bernard, en realidad, quiero

decir la señora Bernard.

Bajó la vista y se quedó mirándose los pantalones grises.

—Quizá crea que la he asesinado.

Jeff se dio cuenta de que tenía problemas.

—Da igual lo que yo piense. Hablaremos de eso luego. ¿Quién es la señorita Bernard?

—Bueno, está de parto, señor Haggard. A lo mejor ha tenido ya a la criatura, pero estas cosas llevan su tiempo, ¿sabe? Es decir, está dando a luz en la sala de conciertos.

Jeff hizo una pausa antes de contestar, pero no mucho más larga de lo que solía.

—¿En la sala de conciertos, dice?

—En uno de esos cubículos con cortinas, justo al entrar. Yo pasaba por allí. Tenía un ticket para la noche, todo estaba en orden. No, señor, no le estoy diciendo toda la verdad. En realidad, esperaba que estuviese libre para utilizarlo yo. Está al lado de la puerta, así que se reserva para el locutor sénior.

—Pero en este momento está ocupado por la señorita Bernard, que se ha puesto de parto.

Willie asintió.

—¿El locutor sénior también está allí?

Willie negó con la cabeza, pero con una expresión que hizo que el DPP le preguntara si iba a vomitar. Willie creía que todavía no, y que quizá no lo haría si no movía la cabeza.

—Mire, William, hay sendos puestos de socorro en los pisos uno, cinco y siete de la Broadcasting House, con enfermeras siempre de guardia, y un dispensario de la Guardia Nacional. Mi trabajo aquí consiste solo en planificar los programas del Ente. ¿Por qué ha acudido a mí?

—Pensaba que no se acordaría de mí, señor. Estuvimos juntos en el curso de la Cruz Roja que se hizo para todos los empleados, sin tener en cuenta rangos ni jerarquías. A todos nos pareció muy bien que usted también asistiera, considerando que ya debía de haber visto muchos muertos y heridos en la Primera Guerra Mundial. En último término, en nuestros certificados constan las mismas especializaciones: congelación, insolación y alumbramiento

repentino.

El DPP llamó al DPG y le dijo que tenía razones para estar preocupado por dos jóvenes de su departamento. A William Sharpe lo habían acostado en el puesto de socorro del quinto piso y a Lise Bernard la habían mandado al hospital Middlesex. Habían tenido suerte —porque, naturalmente, no había ambulancias para recogerla— de que su taxi se hallara libre, una vez más.

—No te entiendo, Jeff. ¿Los has estado maltratando?

—Bernard se encontraba en la segunda fase del parto, Sam. Y tú me has dicho un montón de veces, como recordarás, que te sentías especialmente responsable de tu personal subalterno, pasado y presente.

—Por supuesto que lo soy. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Como es natural, no estaban ansiosos por quedársela en el Middlesex: tienen dos filas de camas de emergencia en los pasillos. Debemos estar agradecidos por que a los hospitales, como al resto de nosotros, les guste sentirse poderosos. Se dejaron convencer.

—Sigo sin ver por qué te has involucrado en esto.

—Ni yo tampoco. La matrona me dijo que algunos hacían de la guerra una excusa para todo.

Sam se quedó pensativo.

—¿Pues sabes que estoy muy contento de que me lo hayas contado? —dijo por fin, calurosamente—. Estoy realmente contento de que haya pasado. Estos dos ayudantes de programa, una chica y un chico, a los que no conoces, a los que, de hecho, no has visto ni oído mencionar nunca, acuden a ti con sus problemas, problemas, además, que te resultan insólitos, y, a pesar del asombro que debes de haber sentido por el papel que te exigían desempeñar, te has comportado de la mejor manera posible con ellos; eso creo, Jeff. Y eso demuestra que esa apariencia de frialdad, de que no te importa una mierda el sufrimiento de los demás, es exactamente lo que siempre he sospechado que era: una máscara. Te felicito, Jeff. Has intentado ayudar.

—No sigas —replicó Jeff—. Ahora es la 1:47. He de ocuparme de Programación Religiosa, que quiere un servicio de acción de gracias, de duración completa, si consiguen retirar la bomba sin explotar de San Pablo, pero no si no lo consiguen. Te he llamado porque esta joven, como te he dicho, es o ha sido miembro de tu departamento. Creo que llegó en mayo.

—Me gustaría que no llamas jóvenes a mis aprendices, Jeff. Solo son chicas.

—No cuando dan a luz en el edificio.

—Debo decir que no alcanzo a entender por qué ha querido que fuera así.

—Recuerdas cómo se llama, supongo.

—Bernard. Sí, sí, ha estado mucho tiempo de baja por enfermedad.

—Que ha llegado felizmente a su término.

—No... Bueno... Ha estado mucho tiempo sin venir... No estoy seguro de por qué, exactamente... Reconozco haberle perdido un poco la pista... Mira, Jeff, yo opino que la memoria solo tiene cierta capacidad. El modelo sería, digamos, un maletín, cuyo contenido es heterogéneo, y no un saco terrero. Con la presión del trabajo, y las dificultades, y la incomprensión total, y el estrés emocional, las cosas que no sean esenciales simplemente se descartan... Pero algunas vuelven... Creo que era medio francesa.

Se había olvidado de la difícil situación de Willie Sharpe. La falta de curiosidad por cualquiera que no se encontrara en la habitación lo protegía hasta extremos asombrosos. Gracias a esta protección, quizá podría durar, como una monstruosa formación natural, cientos de años.

—Sam, ¿eres humano?

—Si no lo soy, no sé quién lo será. Eso me recuerda que no creo haberte hablado nunca de una nueva ayudante que acaba de incorporarse a mi departamento, una persona realmente excepcional. No he conocido nunca a nadie como ella.

—¿Está ahora aquí?

—Ha ido a traerme un sándwich. Por cierto, Jeff, acabo de caer en que todo este asunto, arreglar lo del hospital y demás, te debe de haber dado bastantes problemas.

—No te preocupes.

11

Lise siempre había creído que tenía muy mala suerte y, además, que no tener suerte era una contribución suficiente a los trabajos del mundo. Otros, por lo tanto, habían de afrontar las consecuencias. Este sistema funcionaba bien, tanto para ella como para su retoño.

Sin embargo, no había nada deliberado en lo que había hecho. Después de vagabundear algunos días con sus noches, las caritativas monjas la habían vuelto a acoger, como a una víctima de las crueles circunstancias de la guerra, y la habían colocado en una buena clínica católica. Pero, al volver del cine, se había sentido rara y, recordando que aún tenía el ticket para la sala de conciertos, había ido a dormir a la Broadcasting House. A las monjas no les gustaba que saliera durante las incursiones aéreas, ni siquiera que fuese al cine, y estaba contenta de no tener que volver a encontrarse con ellas.

La señora Milne estaba impaciente por hablar del desastre de Lise con la señora Staples, y se había preparado para amalgamar el incidente, como un cuento, con las historias de los bombardeos: la moral se relajaba, los corazones se rompían y, fuera, los viejos hitos se desplomaban: el depósito de Harrods se había convertido en polvo. Pero, para su sorpresa, se encontró a la señora Staples tiesa y en guardia, como si fuese a hacer frente a un ataque personal. Cuando la señora Milne empezó diciendo que no tenía ni idea de adónde podía ir la desgraciada chica, puesto que sus padres no parecían dispuestos a hacerse cargo de ella, y que no podía volver al convento, la señora Staples contestó:

- Va a venirse conmigo.
- ¿Pero y el niño?
- Van a venirse conmigo.

—¿Qué han dicho en el hospital?

—Pues que estaban encantados de que tuviera un lugar adonde ir. En mi piso hay mucho más espacio del que necesito. Ya te he dicho que, a veces, me he encontrado hablando con los muebles. Ya no tendré que hacerlo. Lise está perfectamente sana e imagino que le darán el alta pronto.

—¡Nunca te la quitarás de encima! —gritó la señora Milne.

—No se quedó mucho en la Broadcasting House —dijo la señora Staples con calma—. Sin embargo, como supongo que ha recibido una formación básica en el trabajo de tu departamento, no veo ninguna razón por la que no pueda volver con vosotros como ayudante de Programas Grabados.

—¿Y quién cuidará entonces del niño?

—A mí no me importaría hacerlo —dijo la señora Staples—. Ya parece un perfecto francesito —añadió, y la señora Milne percibió que estaba poseída por una fuerza más poderosa que la razón.

Willie estuvo un día de baja, sin que hubiera que importunar al DPG por ello. Fue derecho al centro de reclutamiento de la RAF, pero no consiguió convencerlos de que tuviese siquiera diecisiete años. Luego, cogió la vieja bicicleta de la hermana casada con la que vivía y subió a Hampstead pedaleando con furia. Habría sido más sensato bajarse y empujar en la última cuesta, la más empinada, pero no se le ocurrió una táctica semejante. Para cuando llegó a la cima, cerca de Whitestone Pond, le dolía respirar, como si le serraran las costillas. Pero se había ganado el derecho a desmontar y sentarse en el suelo.

Se encontró buscando plantas silvestres en la hierba breve y áspera, como los obligaban a hacer en sus salidas en primaria. Asomaban todavía algunas flores del trébol, cubiertas de polvo, y dos clases de algodóneras, además de margaritas. Cogió las vainas combadas de un trébol tan pequeño que casi no se veía, sacó los diminutos guisantes negros y los plantó. Luego pasó un par de horas en el suelo, boca arriba, bañado por el sol. El cielo era de un azul límpido de un extremo a otro del horizonte. No había estelas de condensación, ni una nube, ni un avión. Tuvo la sensación de que empezaba a ver las cosas en su justa medida. Quizá le recomendaría a Annie que subiera allí algún día.

* * *

Aunque Annie no conocía a Lise, y solo había visto a la señora Staples en la primera entrevista que tuvo en la Broadcasting House, estas la invitaron a tomar el té. Era el fruto de un error: creer que Lise necesitaba una compañía alegre; de hecho, lo que la alegraba era ser infeliz.

La rotación de los ayudantes de Programas Grabados se improvisaba cada día, con interrupciones no previstas, y Annie tuvo el tiempo justo de ir a la dirección de Maida Vale que le habían dado y volver. El piso, muy grande, había estado ordenado en el pasado, pero, mientras Lise se encontrara allí, nunca más lo estaría. Todo parecía, momentáneamente, fuera de sitio, aunque Lise se mantuviese quieta como una muerta en el sofá de la sala de estar. El niño, envuelto en un chal de seda blanco de la señora Staples, respiraba dulcemente, como en plácida ebullición, en una cesta de mimbre a su lado.

Annie había traído un par de calcetinitos, tejidos mientras esperaba a los realizadores. Lise los recibió con indiferencia. Dejó que Annie cogiera al bebé y dijo que pesaba ocho libras. Annie no se lo creyó: estaba muy caliente, pero era liviano como una muñeca, y la miraba sin pestañear.

—¿Qué nombre le vas a poner?

—No lo he pensado.

—Su padre fue Freddie, ¿verdad?

—¿Quién te ha hablado de él?

—Vi.

La conversación se encaminaba al silencio.

—¿Crees que volverás a la Broadcasting House? —preguntó Annie. Lo hizo solo por educación. Lise, mirándola de repente con el ceño fruncido, explotó:

—Se suponía que ese DPG tenía que cuidarnos.

El corazón le dio un vuelco a Annie.

—No veo qué podía haber hecho —dijo—. Por lo que he oído, te fuiste sin decir nada a nadie.

Y añadió, haciendo un esfuerzo:

—¿Te gustaría que él viniera a visitarte?

—¿De qué serviría?

—A lo mejor sería un consuelo.

No era la palabra exacta; se dio cuenta enseguida. Empezaba a sonar como la visitadora de la parroquia.

—¡Consuelo! —dijo Lise—. Solo hablaría de sí mismo.

—¿Entonces has llegado a conocerlo bien?

—Me dijo que me parecía a no sé qué retrato. Era genial en el trato personal. Pero no fue él quien me llevó al hospital, ni tampoco se acordó nunca de qué retrato era.

Lise estaba haciendo un esfuerzo excepcional. Como siempre, solo pensar en Sam Brooks generaba energía en los lugares más insospechados.

—Alguien tendría que decírselo, Annie.

—¿Decirle qué?

—Decirle que no puede tratar a las personas como las trata. Pero, fíjate, los hombres son así —añadió.

El esfuerzo resultó excesivo para ella, y empezó a dormitar.

La señora Staples entró con el té.

—He traído de mi propia ración —dijo Annie, con la voz suave que la ocasión requería. La señora Staples cogió el paquetito y asintió del mismo respetuoso modo. Solo una taza por cabeza, murmuró. El lechero debía de haberse quedado turulato cuando ella empezó a pedir tres pintas al día, y también Leche en Polvo Nacional. Annie pensó que era difícil sorprender a los lecheros, pero no dijo nada, por miedo a estropear el dramatismo de la situación.

Annie tenía que estar de vuelta en la Broadcasting House a las 5:30; había que darle el biberón al niño a las 6:00; los bombardeos, ahora que las tardes se iban acortando, empezaban a eso de las 7:00; la señora Staples, que se había cogido el día libre, quería entrar pronto a la mañana siguiente, y todos sufrían el imperativo de las noticias de las 9:00.

—¿Cuándo se despierta? —preguntó Annie, devolviendo al soñoliento niño a la cesta.

—Oh, dentro de unos diez minutos —dijo la señora Staples. Entonces estaba tranquilo chupando un poco de agua hervida de una cuchara, como un viejo un caramelo, contemplativamente, para luego devolverla en forma de fino espray.

Teddy le dijo a Annie que era bien sabido que a las mujeres, de cualquier edad, les entraban ganas de tener hijos durante las guerras y en los años inmediatamente posteriores. Eso tenía una sencilla explicación biológica. Annie estaba dispuesta a creérselo. Pero solo había descrito las actividades del niño para ocultar su propia perplejidad por lo que le estaba pasando a ella. Pensaba que se sentiría indignada, como siempre, ante cualquier crítica del DPG, y estuvo esperando a que llegara la indignación, como llegaba el hambre o el sueño, pero, cuando recordaba el comentario de Lise, no aparecía. Sin ella estaba perdida y, además, y peor aún, su lugar lo ocupaba algo extraño, una especie de cólera, una furiosa y ardiente urgencia por demostrarle a Lise que estaba equivocada, pero también por demostrarle al DPG que Lise tenía razón. ¿Cómo era posible, no obstante, querer encararse con un hombre y decirle que hablaba demasiado, que comerciaba con seres humanos, y cosas parecidas, y seguir amándolo? Es posible, le decía el cuerpo. El único problema es que tienes miedo de que eso suponga el fin de todo, y que eres una ignorante, y que no sabes cómo abordarlo. Pero es posible.

Jeff Haggard se resignó a que la mayor parte de la Broadcasting House lo considerara el padre del niño. Al fin y al cabo, casi todos creían que, cuando llegaba el correo de la mañana, él aligeraba el trabajo tirando a la papelera una carta de cada tres, y que, cuando el general francés Pinard había ido al estudio, el DPP le había dicho algo que lo había fulminado. Sin embargo, cuando Barnett le preguntó si había que responsabilizar al departamento de Planificación del daño causado a dos mantas y un colchón del cubículo 1 de la sala de conciertos, Jeff lo remitió a Programas Grabados. El informe llegó como era debido, pero aquella era del tipo de molestias de las que la señora Milne protegía al DPG. Se ocupó personalmente del asunto.

Precisamente en aquel punto, Mac se materializó por teléfono para decirle a Jeff que había vuelto a su país para echar un vistazo.

—¿Sigues contento con tu trabajo? —preguntó.

Si había rumores sobre su dimisión, seguro que Mac se había enterado enseguida. Pero Jeff no contestó, porque no tenía palabras, ni siquiera para aleccionarse a sí mismo, para la amarga lealtad que debía a los nobles, absurdos, desagradecidos e incorruptibles sostenedores de la verdad cuya supervivencia, cuando llegara la paz, sería más que precaria. No se engañaba

pensando que su retirada sería acogida con algo que no fuese alivio. Estructuralmente, él era un elemento que portaba cierta carga, pero que no encajaba. Todo estaría más tranquilo cuando lo hubieran sustituido. La BBC contaba, quizá, con que fuera lo suficientemente leal como para marcharse. Jeff tenía un instinto infalible para los principios y los finales. Nunca iba a ser fácil dejarlo, así que lo más sensato era empezar a practicar. Decidió, como primer paso, no volver a atender ninguna petición de ayuda de Sam, razonable o irrazonable, ni asumir ninguna tarea de su departamento, pública o privada, al menos en los próximos diez días. Más de eso sería poco realista. Pero establecer un límite temporal reforzaría su decisión.

Esta vez Jeff se encontró con Mac no en la Broadcasting House, sino en una calle a oscuras, al final de Portland Place. Aquella noche el cielo estaba tranquilo, con estrellas y proyectiles a mucha altura. Al final de la calle, los cañones de Regent's Park disparaban intermitentemente.

Mac estaba leyendo el *Evening Standard* a la luz de una pequeña fogata en la acera, causada por una bomba incendiaria. Llevaba un casco de hojalata y el traje azul de las ocasiones serias, con el brazalete de «Prensa», y había bebido una cantidad indeterminada de bourbon.

—¿Quién vive en estos sitios? —preguntó, mirando los altos edificios, que espejeaban tenuemente y se alejaban en curva, como un decorado, hacia el parque.

—Uno es la Embajada china —dijo Jeff—. Sun Yat Sen tiró peticiones de socorro por esa ventana.

Esperaron a que una lluvia de fognazos blancos de magnesio iluminase por completo el panorama, pero todos los edificios se parecían. Algo más tarde, el suelo tembló y percibieron el olor ácido de las habitaciones destripadas que explotaron cuando una hilera de casas se derrumbó dos o tres calles a su derecha.

—He venido para hacer *Gran Bretaña: el último foso* —señaló Mac—. Todas las noches, a las veinte y cuarenta y cinco. La CBC ha reservado su circuito a las veintiuna horas. Lo que ellos puedan hacer, yo puedo hacerlo mejor.

—Siempre me he preguntado por tus métodos para obtener información, Mac —dijo Jeff, aceptando un puro—. Veo que lo haces de la forma más

económica posible. Te admiro por eso. Vas derecho al estudio LG13, esperas a que te den la señal de inicio y lees la portada del *Standard*.

—Nunca me has comprendido —dijo Mac, ecuánime—. Tú solo quieres convencerme de que haga sacrificios. Te diré lo que mi cadena me paga por hacer. No emito desde el tejado de la Broadcasting House, porque tu gente no me deja. No hago entrevistas por la calle, porque tampoco me lo permiten. Pero después del reportaje principal, doy un resumen de las opiniones de todos aquellos con los que he hablado a lo largo del día.

—Mi taxista.

—Nunca me has dejado acercarme a él, jefe.

—No te ayudaría si lo hicieras —dijo Jeff—. Probablemente, querría tu trabajo. Ayer me pidió una audición.

Llegaron los bomberos para apagar la pequeña hoguera de Mac. Como ya no podía ver el periódico, lo dobló y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Jeff encendió el puro, que, en el aire impregnado de cordita, sabía tan fuerte como el té del comedor. Se volvieron juntos.

—Principalmente, estoy aquí para averiguar la reacción del pueblo inglés a los ataques aéreos —siguió Mac.

—No le gustan.

—¿Entonces por qué vuelven todos a Londres?

—No lo sé —dijo Jeff—. Según los diagramas de los «hábitos de los lectores», la población de Londres se ha reducido en un tercio. Son estadísticas.

—Las estadísticas pueden demostrar que el ratoncito Pérez existe —dijo Mac—. Me he pasado la mañana en las estaciones y no te podías mover de la gente que llegaba, cargada de equipaje.

—Bueno, después de todo, no hace falta explicación. Solo nos sentimos realmente en casa en medio del desastre total. Tendrás que hablar en nuestra defensa, Mac. Estamos locos y, si ganamos esta guerra, vamos a ser muy pobres.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mac. El Devonshire Arms, su pub favorito, había sido destruido la noche anterior.

—¿Hay alguien a quien tengas que ver?

—No necesito personalidades, ya te lo he dicho; solo gente corriente.

—Mac, tú no conoces a gente corriente. Eres un corresponsal: no tienes tiempo. Y tampoco la reconocerías aunque la encontraras.

—Lo he hecho y lo haría —insistió Mac.

—¿Cuándo y dónde?

—¿Quieres apostar?

—Cinco libras.

—Trato hecho.

Mac pensó que sería mejor tomarse una copa para celebrarlo.

—Te voy a llevar a ver a una persona corriente —declaró, con vehemencia.

—¿A qué hora entras con Nueva York? —preguntó Jeff, que sentía que debía estar absolutamente seguro de este punto.

—A las veinte y cuarenta y cinco. Pero no saldré al aire a menos que vengas conmigo a ver al hombre corriente.

—Iré contigo a ver al hombre corriente.

Mac se dio cuenta de que había cometido un error al mirar tan a menudo el relampaguear del cielo. Nunca había visto bien en la oscuridad, pero ahora lo hacía mucho peor tras contemplar la red de haces de los reflectores y el resplandor difuso de las alturas. No obstante, la noche anterior había mandado a un corresponsal local para que contara exactamente el número de pasos que había desde su piso a la Broadcasting House, desde la Broadcasting House al Langham y desde Regent Street al bar del Ritz.

—Iremos a Trafalgar Square —dijo, y, mientras la noche zumbaba y crepitaba a su alrededor, hizo que Jeff lo siguiera y se puso a contar afanosamente los pasos.

Dieron quinientos dieciséis por Regent Street, donde los autobuses, sorprendidos por el ataque, esperaban pacientemente una luz verde.

—Conocí una vez a un poeta —dijo Mac, deteniéndose.

La observación no tenía ninguna relación con nada que se hubiera dicho antes.

—También aquí hay poetas —señaló Jeff—. T. S. Eliot vive aquí. Va casi todas las noches a asegurarse de que no se produzcan incendios en su editorial. Ahí puedes verlo. Se mueve rítmicamente, como un bailarín.

—Él tiene éxito, es un hombre de Harvard. El que yo conocí, no.

—¿En qué sentido?

—Perdió las ganas de continuar. Descubrió que odiaba escribir. Al final no fue más allá de la mitad del puente de Brooklyn.

—Corren malos tiempos para la lírica —dijo Jeff—. La poesía ha encontrado su destino. Esperemos que a la música no le pase lo mismo.

—Todo hombre escribe poesía alguna vez en su vida, ¿lo sabías? —dijo Mac—. Mira —añadió—, podríamos vernos con algunas chicas más tarde.

—Sigue contando —replicó Jeff.

Por Coventry Street, pasaron por delante de puertas con pequeñas rendijas de luz, que bastaban para llamar la atención. Eran los puntos de encuentro de las Fuerzas Libres de Europa, soldados tristes y pobres. Doblaron a la derecha y el área de cielo estrellado se agrandó: habían entrado en un espacio abierto.

—Mil doscientos dieciséis. Trafalgar Square.

—Diría que aquí hay una reunión multitudinaria —dijo Mac—. Alrededor de ese camión. —Su vista parecía haber mejorado.

Luces discretamente veladas se movían en torno a un furgón, en el que parecía que se estaban cargando cosas. Los hombres y mujeres que se dedicaban a la tarea se movían con gravedad, con las linternas apuntando al suelo. Si era un ritual, ciertamente se trataba más de un funeral que de una fiesta. En el camión había un solo objeto enorme, envuelto y oscuro, imposible de identificar, que era el centro de su ir y venir. Intentaban, con paciencia, asegurar la lona con trozos de cuerda que se quedaban varias pulgadas cortos. Había dos policías cerca, apoyados en un pedestal de piedra vacío, claramente dudando de si ayudar o no.

—¿Qué pasa? —dijo Jeff, dirigiéndose a lo que alcanzaba a distinguir de un hombre mayor.

—Hemos de trasladar al rey.

Se alejó despacio, como si estuviera hechizado.

—¿Por qué no lo han hecho a la luz del día? —preguntó Mac, sorprendido—. Cuando viesen lo que estuvieran haciendo.

—Diría que llevan así mucho tiempo. Son aficionados, y eso tiene inconvenientes; también ventajas, desde luego.

—¿Qué aficionados? ¿Qué llevan en el camión?

—Si esta es la esquina sureste, tiene que ser la estatua de Carlos I. Y, por

lo tanto, ellos, alguna clase de asociación monárquica. Supongo que se lo llevan para que no sufra daños.

Una mujer, en la oscuridad, lo confirmó. Dijo lúgubrementemente:

—El rey va a esconderse.

—Tendréis una república sin daros cuenta siquiera —dijo Mac, y a continuación, dando unos pasos adelante—, John McVitie, para la National Broadcasting System of America, hablando con un simpático espectador, le agradecería que me contara cómo han empaquetado al rey Carlos.

—Con serrín —dijo otro hombre, esta vez uno jovencísimo—. Pero ha tardado mucho en llegar, así que hemos tenido que esperar.

—Es mucho trabajo para cualquiera. ¿Puede decirme adónde piensan llevarlo?

Silencio, salvo por las defensas exteriores de Londres, que martilleaban como un lejano redoble de tambores.

—Y, naturalmente, tampoco puede decirme cuándo calculan traerlo de vuelta.

—Habrán presagios —dijo la mujer melancólica. El conductor del camión probaba con cuidado el motor—. Volarán pájaros blancos, como antes del martirio.

—¿Por qué no? —dijo Mac.

Jeff lo hizo sentarse al lado de las fuentes protegidas con tablas.

—Esto es injusto. Algunos se llevan todo el amor y la atención. La estatua de Milton en Cripplegate se perdió el primer día, pero no encontró a nadie que la ayudara.

Mac le recordó que había dicho que corrían tiempos difíciles para la lírica.

—Pero te diré algo. Me ha molestado que esta gente se llevara al rey, cuando nosotros habíamos decidido ir a ver a alguien corriente.

—Eres muy malo, Mac. Una cosa lleva a la otra.

Jeff estaba bastante seguro de no tener ni idea de adónde ir desde allí. En cualquier caso, solo faltaban veinte minutos para que empezara el programa. Mac, sin embargo, pareció recobrar las fuerzas, y patrullaron la plaza otra vez hasta la entrada del metro, señalada por un leve resplandor.

Era difícil moverse por el andén, puesto que las literas de la Junta de

Transporte de Pasajeros de Londres se superponían junto a las paredes, y quienes buscaban refugio habían llegado para tomar posesión de sus áreas designadas, acarreando sillas y mesas plegables, y en algunos casos hornillos. Otros esperaban a que desconectaran los raíles electrificados a medianoche para poner los colchones en la misma vía. Mientras tanto, los trenes seguían circulando, y los que querían viajar en ellos quedaban confinados en el borde mismo del andén, y agarraban, nerviosos, los bolsos y periódicos, intrusos, ellos, que habían sido allí los más importantes. Los refugiados, aunque cordiales, se les amontonaban, dándoles con las teteras y disculpándose con el aire de tener todo el derecho, mientras preparaban las partidas de cartas y ajedrez de la noche. Cuando el túnel exhalaba una fuerte bocanada de aire caliente, que precedía a la llegada del tren, los viajeros recuperaban brevemente su dignidad. Se abrían las puertas y se volvían inalcanzables, en tanto que los recién llegados se apeaban y se disponían a abrirse camino por territorio ocupado. Entonces el mundo nocturno, creado por la violencia en la superficie, se preparaba, sin disputa, para nueve horas abandonado a su propia suerte.

En el extremo opuesto del andén había cuatro hombres, con impermeables, como casi todo el mundo, sentados en el suelo, en una manta. Jugaban al napoleón. Cada uno tenía una mano de cartas, y ya parecían haberse hecho algunas bazas, pero seguían sentados, esperando. El hombre que se encontraba más cerca, cuya cara y pelo eran, a la vez, castaños y grises, miró a Mac.

—Me alegro de verlo.

—¿Cómo ha ido, señor Brewster? ¿Ha ganado?

—Seguimos con la mano que dejamos anoche. El fin de la alerta sonó a las cinco menos cuarto, justo después de que usted se fuera. Bien, así que ha vuelto. ¿Qué me aconseja que juegue?

Mac miró a los otros.

—¿Alguna objeción?

Negaron con la cabeza amablemente. Mac reflexionó, luego eligió el diez de diamantes y lo echó al andén. Brewster asintió con cauta admiración.

—Una jugada ordinaria —dijo Mac.

Jeff se preguntó si llevaba cinco libras.

Cuando llegaron a la Broadcasting House, Mac fue directo al estudio e hizo un noticiario que sería muy recordado, y, de hecho, muy citado en su

biografía, *Según Mac*. Contaron los pasos en el camino de regreso y llegaron con veinte segundos de adelanto.

12

Jeff, que había subido de nuevo a su oficina, vio que el picaporte soltaba un quejido o dos, como si pidiera perdón, y que la puerta se abría de golpe, y que las paredes se combaban hacia dentro, unas contra otras, con una fuerza elástica, y, cuando parecía imposible, volvían a saltar hacia atrás. Poco después, llegó el sonido del agua que caía, en cascada, por los intestinos del edificio.

Llegó unos minutos tarde a la reunión de la noche, en el sótano, con el director general adjunto. No obstante, decir que había salido a pasear bastaba como excusa.

—Muy peligroso —declaró el subdirector general adjunto—. Dicen que caen bombas con paracaídas al norte de Londres. Hemos discutido si llamarlas «torpedos aéreos» en las noticias de las nueve. Defensa quiere, pero los locutores se declaran incapaces de decirlo. Nadie en el edificio parece poder pronunciar «aéreos».

—Torpedos aiiirios... Torpedos aeerios... Torpedos aiieerios... —murmuraron el director (de Debates), el director (de Relaciones Públicas) y el director (de Nacional).

—¿Quién lee?

—El Halibut otra vez. Se puede confiar en él.

—Sí, se puede. Empezó en la ópera. Por unas bombitas, un cantante no renuncia a su papel.

El asunto de la reunión era el muy habitual de cómo seguir adelante. Los técnicos habían conseguido, con habilidad, que la BBC, pasando de una emisora a otra, no tuviera que suspender las transmisiones. Mantenimiento seguramente trabajaba ya en reparar las tuberías rotas. Y Restauración seguía

preparando de comer, despiadadamente, en el sótano. Pero el problema continuaba ahí: ¿qué debían decir las voces?

El subdirector general adjunto suspiró.

—No se puede hacer que «Ha habido graves daños y muchas víctimas» suene tranquilizador. —Tenía una forma de fruncir el ceño benévola, perpleja, clerical—. Más música que anime, creo, y declaraciones de los aviadores de servicio, si la RAF nos lo permite. Contamos con que el DPP nos cambie las próximas noches, como siempre.

Cuando sentía el edificio temblar, Annie se iba derecha a la oficina del DPG.

—¿Te he dicho que vinieras? —le preguntaba él, bajando un poco el volumen de *El pícnic de los ositos de peluche*.

—He venido a ver si estaba bien.

—¿Por qué no debería estarlo?

—El edificio acaba de temblar.

—Estaba haciendo una prueba. —Miró vagamente alrededor—. Pero puedes sentarte, Annie. Precisamente, quería verte. Estoy un poco decepcionado. Déjame contártelo. En ciertas etapas de mi trabajo, he tenido la costumbre de consultar a un colega que entró en el Ente al mismo tiempo que yo, y que, por estar mucho menos especializado, quizá ofrezca un punto de vista más amplio. Hace una media hora, ha surgido una dificultad totalmente innecesaria (el Ministerio de Correos, con una obstinación ridícula, se ha negado a darme más líneas fijas) y este colega, al que hasta entonces consideraba mi mejor amigo, no estaba disponible. Había salido con no sé qué americano.

—Señor Brooks, no puede usted esperar que esté aquí sentado, día y noche, esperándolo.

El ataque aéreo había perdido intensidad, pero persistía una extraña tensión en el aire, como si la electricidad gotease, igual que agua.

—¿Pero no ves, Annie, que algunas personas han nacido para ser abandonadas? He intentado no pensar en ello, pero esta tarde he visto con absoluta claridad que esa especie de incapacidad para ayudarme forma parte de una actitud sistemática; tiene que ser así. No puede ser que se dé tan a menudo por casualidad. Mi mujer me dejó, ¿sabes...? No sé si tú, con tu

escasa experiencia, te habrás formado ya una opinión clara sobre mi forma de ser.

—Sí —dijo Annie—, me he formado una opinión clara sobre su forma de ser.

Vio que él estaba esperando, y no había ninguna razón para no contestarle, como había hecho antes. Sin duda, no tenía motivos para abandonar las cautelas que le habían permitido sobrevivir a cada minuto de cada día sin revelar lo que sentía. No ceder, no ponerse en ridículo habían sido unos criterios tan fiables que seguir sin ellos le parecía terrible. Se sintió empujada a un país desconocido, y, por extraño que parezca, no por amor, sino por ira. Su alivio al encontrarlo sano y salvo se había convertido en una especie de rabia, que primero la había confundido, pero que después le había dado determinación.

—¿No me lo vas a decir? —preguntó él, confiado.

—¿De verdad quiere saberlo?

—De verdad.

Se lo estaba tomando a risa. Ella reunió fuerzas.

—Es egoísta.

Con *El picnic de los ositos de peluche* aún en la mano, él le lanzó una mirada furiosa.

—No te entiendo.

—Hay dos formas de ser egoísta: pensar demasiado en uno mismo o pensar muy poco en los demás. Usted lo es de las dos.

Nadie puede calcular el impacto que vaya a tener un golpe en un hombre al que nunca han golpeado antes. Annie se sintió flaquear un poco al mirarlo, pero con-tinuó:

—Mire a la señora Milne. Se está dejando la piel por usted. Se quedaría hasta más tarde de las cinco y media si no fuera personal de plantilla. Las cerillas que deja para usted, por ejemplo. A muy pocas personas de su edad se les ocurriría algo así. Pero usted ni se molesta en saber cómo se siente ella.

Hubo una pausa, y Sam dijo:

—Sé cómo se siente la señora Milne. Pero no me importa.

Su tono humilde la desconcertó. Parecía consternado. Dispuesta a enfrentarse a él sin retroceder un milímetro, a que le devolviera las cartas y

hasta a que la echara del despacho sin ningún miramiento, aquello la cogió a contrapié. Él continuó, tristemente:

—No sé por qué, Annie, pero nunca se me ha pasado por la cabeza que fueses a volverte contra mí. En esto he sido tonto, diría. Estábamos hablando justamente de abandonar a la gente.

—¡Pero yo no lo estoy abandonando! —gritó Annie—. ¡Es útil conocerse a uno mismo!

—Es doloroso. No es lo mismo.

Levantó la cabeza herida. Annie estaba fuera de sí.

—Ojalá no hubiera dicho nada. O, por lo menos, tanto. Más es menos, a veces.

—Eso no parece tuyo —dijo Sam con aspereza—. ¿Quién te lo ha dicho?

—El señor Waterlow, al explicarme a Satie.

—¿Por qué siempre escuchas música con Waterlow? Es ridículo. Waterlow es ridículo. Todo el mundo lo sabe, incluso él. Seguro que siempre andas oyendo anuncios con Eddie Waterlow, cuando, de hecho, se te ha contratado y se te paga para otras cosas. Y tampoco me gusta Satie. Demonios, no lo soporto. Escucha música en tu departamento. También puedes hacerlo aquí, en esta habitación, si te apetece. Te puse un poco de Holst una vez.

—Desafinaba, señor Brooks.

—¡Me acuerdo de que me lo dijiste! —rugió Sam—. Y por poco no te despedí en aquel momento.

—No será necesario resolver mi contrato... —dijo Annie—. Voy a irme yo.

—¡Así que era eso! Lo que has dicho hasta ahora solo era para llegar a una miserable reclamación por tus horarios. Me consta que estás haciendo más horas de las debidas. Pues resulta que mañana mismo voy a enviar una solicitud para que nos manden cuatro nuevos aprendices.

Ahora que se había puesto a andar, lleno de furia, del escritorio a los tocadiscos, como acostumbraba a hacer, se sintió algo más segura.

—No me voy por las horas de más, señor Brooks. Me voy porque lo amo.

Él se detuvo a medio giro y la miró casi asustado.

—¿Quieres decir que estás enamorada de mí?

—No, no he dicho eso. He dicho que lo amaba.

Tenía tan arraigada la costumbre de exigir y de protestar que no sabía qué hacer con aquel regalo. Pero algo había que hacer, desde luego. Probó:

—Eres muy joven. Por alguna razón, Personal no se molestó en informarme sobre ti cuando te contrataron, pero sé que eres muy joven. Dentro de unos años, encontrarás a alguien de tu edad...

—Eso lo habrá leído usted en algún libro o en un periódico —lo interrumpió Annie—. En este momento no sabría decir en cuál, exactamente, pero tarde o temprano le vendrá a la cabeza.

Él se quitó las gafas. Era la capitulación. Lo había reprobado una silueta delicada y borrosa, una simple forma de muchacha.

—No tenía ni idea —dijo.

—A eso quería llegar. No sabe nada de los demás, y no se da cuenta de lo que les hace sufrir. ¿Se acuerda del anillo con la grosella?

Sam estaba confuso.

—¿No tenías uno? Me parece recordar que tenías uno.

—Usted me lo dio.

—Entonces, ¿lo has guardado?

—Lo habría hecho si no hubiera empezado a deshacerse.

Casi tenía ganas de pedirle que volviera a ponerse las gafas. De otro modo, le sería imposible seguir sin tocarlo.

—Querida Annie —le dijo él—, aquí no te puedo hablar. Quiero llevarte a algún sitio. Ahora solo hay un café abierto, el Demos. Vamos a tomar una copa y a empezar desde el principio.

La felicidad de ella era mayor de lo que podía soportar.

—Eso estará muy bien.

—No estará bien en absoluto —dijo Sam, lleno de remordimiento y de asombro por ello. Annie, por su parte, sabía que, a diferencia de muchos en la Broadcasting House, él no solía sentir la necesidad de tomarse una copa. Sus vidas se estaban cayendo a pedazos—. ¿Qué vamos a hacer, Annie? —preguntó, perplejo.

Ella lo rodeó con los brazos. Adiós, Asra, pensó. Dios sabe lo que va a ser ahora de ti.

La reunión con el subdirector general adjunto no duró mucho, y Jeff sintió

cierta ternura: aquella podía ser la última vez que subiese al exterior. Hacia allí iba cuando se encontró con Willie Sharpe, que llevaba un montón de grabaciones nuevas para Informes de Guerra.

—Ten —le dijo, ofreciéndole unos puros.

—No fumo, señor Haggard.

—Ya lo suponía. Pero pueden venirte bien para los sobornos.

No se le escapó la mirada azul y redonda de Willie, que rechazaba aquella palabra.

—Dime, ¿crees que yo o tu actual jefe de departamento somos buenos candidatos para tu nueva sociedad?

—No como son ahora, quizá —admitió Willie—. Pero una buena sociedad transforma a sus miembros. Por cierto, señor, ¿quería ver al DPG esta tarde?

—Más bien lo contrario. Ni siquiera sé dónde está.

Willie parecía ligeramente agitado.

El DPP pasó junto a Recepción, que aprovechó la ocasión para preguntarle si aquello no le recordaba a Ypres, cruzó unas palabras con los centinelas y se quedó fuera, escrutando lo que apenas alcanzaba a distinguir, las estatuas de Próspero y Ariel en la proa de piedra de la Broadcasting House. Se acordaba muy bien de Eric Gill, subido a lo alto del andamio, trabajando en aquellos ídolos, con el guardapolvo de obrero medieval batido por el viento, para escándalo de los transeúntes. Tanto el escultor como las figuras parecieron entonces escandalosos. Ahora muy pocos se molestaban siquiera en mirarlas, y aquello era *per se* consolador.

A Próspero se lo representaba a punto de enviar a su mensajero a las ondas sonoras del universo. ¿Pero quién era Ariel, a fin de cuentas? Solo había pedido que lo liberasen de sus obligaciones. Y, cuando este espíritu predilecto hubo echado a volar, para libar donde liban las abejas, y Próspero hubo regresado a Italia con sus seguidores, la isla debía haber vuelto al poder de Calibán. Después de todo, había sido suya en un primer momento. Al fin y al cabo, ¿no habría de presidir él la BBC? Ariel, es verdad, había producido música, pero era Calibán el que la escuchaba, incluso en sueños. Y Calibán, que deseaba que a Próspero lo golpease la peste roja por haberle enseñado a hablar un buen inglés, nunca dijo nada que no fuese verdad, supuestamente porque no sabía cómo hacerlo. Ariel, por su parte, era un mentiroso. Decía que el padre de alguien había muerto ahogado a cinco brazas de profundidad,

cuando en realidad estaba sano y salvo. Y todo para que prevaleciera la virtud. La vieja excusa.

Barnett salió a tomar el aire y se quedó un minuto con el DPP, mirando no a la Broadcasting House, sino a las estrellas.

—¿Sabe?, daría lo que fuera por leer el cielo como un mapa, señor Haggard. Será mi *hobby* cuando todo esto acabe.

No sé por qué dejo este puesto, pensó Jeff, ni a esta gente.

Recepción salió justo en ese momento y dijo que reclamaban al DPP al teléfono.

—Es una llamada de fuera; la línea no es muy buena, me temo.

—¿De dónde?

—Me temo que no lo sé, señor.

—Bien, ¿quién es?

—Diría que el DPG, señor.

* * *

—Jeff, he estado intentando localizarte. Escucha, ya sabes cuántas veces he necesitado a alguien en quien confiar, quiero decir, una sola persona entre millones y millones de seres humanos, alguien dispuesto a escuchar cuando yo quisiera hablar y que fuese capaz de comprender no mis problemas, sino los problemas que los demás me causaban. Ya sabes cuántas veces te lo he dicho.

—¿Y bien? —dijo Jeff.

—Y cuántas veces, también, me han decepcionado.

—Sí, también lo sé. Por curiosidad, ¿desde dónde me hablas?

—Te he llamado para decírtelo. Quiero que vengas al Café Demos, el griego de Margaret Street, D-E-M-O-S, Demos.

—Conozco la palabra —dijo Jeff—, solo que no quiero ir.

—Escucha, ahora estoy con una de mis ayudantes de Programas Grabados. Ya te he hablado de ella, creo. Es Annie Asra. Estamos muy felices. Ha pasado algo muy raro: hace poco me ha dicho que estaba enamorada de mí, no, que me amaba. —Sam hacía crepitar violentamente el teléfono—. ¿Me sigues?

—Te sigo, pero no acabo de ver qué tiene que ver conmigo —dijo Jeff.

—Ya te lo he dicho. Quiero que vengas enseguida.

—No, Sam.

—¿Por qué no?

—Porque me voy a casa.

—Tú no tienes casa —replicó Sam—. Tu presencia aquí es esencial.

—Mira —dijo Jeff—. ¿Has dejado a esta chica sola en una mesa todo este tiempo?

—No está sola. El *maître* la está felicitando por haber encontrado a su amor. Se lo hemos explicado todo. Aquí todos son griegos, ¿sabes?

—¿Tienes intención de vivir con esta chica?

—Me la llevaré a Streatham. Tengo una casa allí, ¿sabes? Llena de cosas bonitas —añadió, algo más dubitativo.

—En ese caso, no puedo ayudarte en nada —dijo Jeff—. Lo único que puedo hacer, como el *maître*, es darte la enhorabuena. Besa su blanca mano y su pie blanco, como dice Petrarca.

—Dios, no necesito que Petrarca me lo diga para hacerlo —gritó Sam—. Pero ni siquiera has empezado a entender lo que te digo. Quiero que vengas y que hablemos para que mañana puedas exponerle mi caso al director general adjunto.

Jeff esperó.

—Dejo el Ente, Jeff.

—Sam.

—Esta noche he presentado mi dimisión.

—¿Quieres decir que estás considerando seriamente dejarlo porque te vas a acostar con una de tus ayudantes de Programas Grabados? Todos piensan que ya lo haces.

—Jeff, no quieres entenderme. Pero una cosa tienes que reconocérmela. Haya sido todo como haya sido, de eso siempre me he sentido orgulloso: una actitud correcta con mi personal. El otro día me reprochabas, no recuerdo exactamente cómo salió el tema, que no me acordaba del nombre de una de mis chicas. Bien, como puedes ver, estabas equivocado. Annie y yo nos deseamos, pero eso significa, sin lugar a dudas, que no puedo seguir en el departamento. No puedo quedarme ni una semana más. Si lo hiciera, ¿qué clase de ejemplo daría a mis aprendices?

El silencio duró tanto que Sam empezó a hacer crepitar el teléfono otra

vez. Entre el ruido, Jeff oía el entrechocar de los platos y hasta un montacargas al fondo, y también, pensó, las protestas de la gente que quería utilizar el teléfono.

—¡Tú eres mi más viejo amigo! —rugió Sam.

—No lo soy.

—Quiero hablar contigo.

—No puedes.

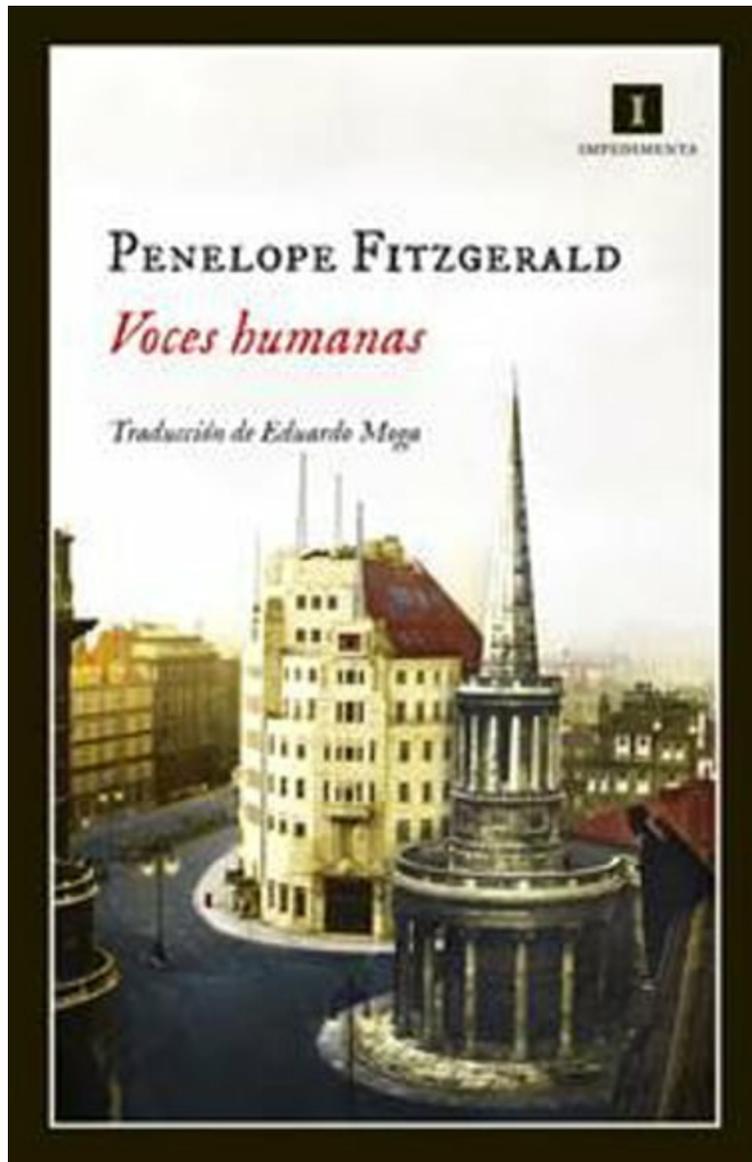
Sin embargo, vaciló.

La BBC nunca tenía tiempo de mantener un archivo formal. No consta un informe preciso de las muertes del general Pinard, o del doctor Josef Vogel, o del DPP. No obstante, todos los que vieron al DPP aquella noche coincidían en que aquel titubeo antes de marcharse de la Broadcasting House no era propio de él.

Las bombas en paracaídas llevaban cayendo, en silencio, algún tiempo, y más tarde se supo que una había quedado sin estallar en un bordillo de Riding House Street. Por forma y tamaño, parecía un taxi; de hecho, algunos viandantes, según sus propias declaraciones, lo habían tomado por un taxi. Era, pues, comprensible que el DPP, que, en cualquier caso, parecía abstraído, rumiando algo, lo confundiera en la oscuridad e intentara abrir lo que podría haber sido, pero no era, una puerta. Le podría haber pasado a cualquiera, pero resultaba trágico que le hubiese sucedido a un veterano, y a pocas yardas de la Broadcasting House.

No obstante, el subdirector general adjunto, al redactar el obituario, dudaba si describir a Jeffrey Haggard como veterano, a pesar de lo mucho que había hecho por el Ente. Incluso después de tantos años, no parecía un veterano. «Sobre todo —escribió por fin—, echaremos mucho de menos su VOZ.»

VOCES HUMANAS



Penelope Fitzgerald vuelve a inspirarse en su propia vida para trazar una inolvidable historia sobre la guerra y la brutalidad con la que afecta a las vidas de las personas. En Londres, en pleno Blitz, un plató de la BBC se trasforma en un gigantesco dormitorio compartido. Decenas de hombres y mujeres se hacinan en un edificio que en cualquier momento podría ser alcanzado por el enemigo. Sam Brooks, un director de programa desesperado,

busca consuelo en los brazos de sus asistentes: Vi Simmons, una mujer práctica y animada; Lise Bernard, una medio francesa embarazada o Della, una gran seductora. Amor, tragedia y aprendizaje. Experiencias humanas que se entrelazan en un opresivo microcosmos, mientras las bombas resuenan en el exterior y cada nueva noticia mantiene en vilo a toda una nación.

Penelope Fitzgerald. Nació en 1916. Publicó su primer libro en 1975, con 58 años. Está considerada una de las figuras más prominentes de la narrativa inglesa de finales del XX. Impedimenta ha publicado hasta ahora su aclamada «La librería» (1978), adaptada por Isabel Coixet al cine, así como «Voces humanas» (1980), «Inocencia» (1986), «El inicio de la primavera» (1988), «La puerta de los ángeles» (1990), «La flor azul» (1995), con el que ganó el National Book Critics Circle Award, y su novela ganadora del Booker Prize «A la deriva» (1979). Penelope Fitzgerald falleció en Londres en 2000.

NOTAS

¹ Juego de palabras con el nombre del personaje, Haliburton, y su apócope, *halibut*, que significa «fletán», pez plano de la familia de los pleuronéctidos, también llamado «hipogloso» o «pez mantequilla». (*N. del T.*)